

CRISTIANDAD

N^{OS} 752-754
Año L
ENERO-MARZO 1994

ADMINISTRACION
Duran i Bas, 9, 2º - Tel. 317 47 33
08002 BARCELONA
Director: Fernando Serrano
Imprime: Gráficas Fomento, S.A.
Peligro, 8. Barcelona
Depósito Legal: B-15860-58

AL REINO DE CRISTO POR LOS CORAZONES DE JESUS Y MARIA

SUMARIO

Editorial

DOS ANIVERSARIOS

J.M.P.S.

EL APOSTOLADO DE LA ORACIÓN,
1844-1994

John L. Vessels, S.I.

ULTRA QUAM SPERAVERINT

Francisco Canals

¿SANTA TERESITA DEL NIÑO JESÚS,
DOCTOR DE LA IGLESIA Y PATRONA
DEL A. DE LA O.?

EL APOSTOLADO DE LA ORACIÓN,
APOSTOLADO DEL CORAZÓN DE JE-
SÚS

Ignacio Azcoaga

SERMON DEL P. ENRIQUE RAMIÈRE

EL OBISPO MORGAGES Y LA PROPAGA-
CIÓN DEL APOSTOLADO DE LA
ORACIÓN

fra Valentí Serra de Manresa, ofm. cap.

EL MAGISTERIO TOMISTA DEL P. OR-
LANDIS, APOSTOL DEL CORAZÓN DE
JESÚS

Eudaldo Forment

VITALIDAD DEL TOMISMO

Fr. Jordi Maria Gil i Costa, O. Carm.

LA PRESENCIA DEL REINO DE DIOS
ENTRE LOS HOMBRES POR LA ORA-
CIÓN

Miguel Subirachs

LA METODOLOGÍA MISIONAL DEL
BEATO DIEGO J. DE CÁDIZ

fr. V.S. de M., cap.

EL SENTIDO PROFUNDO DE LOS CAM-
BIOS ACTUALES (y II)

Fernando Gutiérrez G.

DOS ANIVERSARIOS

Se cumple este año de 1994, un doble aniversario para los redactores y lectores de esta revista. El más propio, y más cercano, es el de los cincuenta años de publicación de nuestra revista, que sucederá con exactitud el mes de abril del año en curso. En efecto, el número primero de CRISTIANDAD apareció en la primera quincena de abril del año de gracia de 1944. En el próximo número celebraremos *in extenso* esta efemérides y trazaremos con algún detalle el panorama de la labor desarrollada en los años transcurridos.

Pero un segundo aniversario merece ser destacado en este número. Se cumplen este año de 1994 los ciento cincuenta años de la fundación del Apostolado de la Oración, obra de iniciativa privada pero que, aprobada y aún asumida por la Santa Sede, ha sido erigida en todas las diócesis por la autoridad de sus prelados. Su animación está confiada, según expreso deseo de los Romanos Pontífices por su íntima relación con la devoción al Sagrado Corazón, a la Compañía de Jesús, en cuyo seno de espiritualidad nació -los ejercicios espirituales ignacianos- y en cuyo espíritu apostólico, cual rebrotes de San Francisco Javier, desplegó su enorme actividad.

Fundada esta magna asociación por el P. Gautrelet S.I. el 3 de diciembre de 1844 en el santuario de Nuestra Señora del Puy, con un grupo de jesuitas que se preparaban en la casa de formación misionera de Vals, tuvo en el P. Enrique Ramière su definitivo configurador, alcanzando bajo su dirección la expansión universal que ha hecho de esta obra la más importante de cuantas asociaciones de apostolado han surgido en la Iglesia.

Para entender algo de esta importancia excepcional recordemos el hecho de que de esta asociación habló Pío XII en su gran encíclica *Mistici Corporis Christi*, donde enseñando a los católicos a pensar en la Iglesia como el Cuerpo Místico de Cristo, aprovechó la oportunidad para decir que «el *Apostolado de la Oración*, como asociación gratísima a Dios, deseamos de corazón recomendar aquí con el mayor encarecimiento» (n. 50). ¿Por qué razón ha sido tan favorecida esta asociación, hasta el hecho insólito de recibir esta recomendación tan distinguida? La respuesta parece clara:

Por la profundidad evangélica de su fundamento, esto es, la necesidad absoluta de la oración, por la universalidad de su acción, esto es, la misma extensión del Reino de Dios, finalmente por la riqueza de su espiritualidad, esto es, la tierna y filial devoción al Corazón dulcísimo y misericordioso de Jesús.

Con ocasión del centenario del escolasticado de Vals, el entonces director del *Apostolado de la Oración* en Francia, P. Parra S.I., glosaba la importancia del A. de la O., en una instructiva conferencia que, entre otras consideraciones valiosas, destacaba dos puntos que queremos también hoy nosotros recordar a propósito de este gran aniversario que vamos a tener el gozo de vivir. «No hay ninguna exageración -decía el P. Parra- en decir que en el establecimiento de la devoción al Sagrado Corazón, en su completa forma actual, en el mundo entero, la parte que corresponde al P. Ramière, por medio del Apostolado de la Oración, es preponderante.» (pag. XXXI de la novena edición del libro del P. Ramière: *L'Apostolat de la prière*, Toulouse, 1929). Si el Apostolado de la Oración no hubiese hecho otra cosa que dar a conocer de modo completo y en todo el mundo la devoción al Corazón de Jesús, habría sido la obra más importante de la Iglesia surgida por iniciativa no episcopal, aunque aceptada y protegida por todos los obispos, de los últimos siglos. En efecto, la vida de la Iglesia entera late al unísono de la práctica de la devoción al Corazón de Jesús. Todo en la Iglesia moderna gira en torno a esta idea-fuerza y todo se alimenta de esta espiritualidad que es a la vez, íntima y misionera, de gran santidad y de gran popularidad.

Destaca también el P. Parra la íntima relación entre la Compañía de Jesús y la devoción al Corazón de Jesús, dada a conocer especialmente en el seno del Apostolado de la Oración. En efecto, el acuerdo de la Congregación veintiséis de la Compañía de Jesús recogía este sentir con estas palabras: «instruidos por la experiencia que el *Apostolado de la Oración* está perfectamente adaptada a la propagación de esta devoción, en el umbral del segundo siglo desde la restauración de la Compañía, confirman de nuevo el muy ardiente voto de la Compañía hacia el Sagrado Corazón de Jesús; a todos los Nuestros, pero sobre todo a los Superiores, han querido recomendar muy insistentemente el favorecer por todos los medios y emplearse en propagar esta piadosa Liga del Sagrado Corazón». (Ibid, pág. XXXIII).

En efecto, esto es el *Apostolado de la Oración*, según el mismo designio del P. Ramière, una «Liga del Corazón de Jesús», porque une a todos los cristianos en el Corazón del Verbo de Dios hecho carne, para que allí sientan como el divino Corazón, amen como El y intercedan como El al Padre por la total salvación de todo el mundo, esto es, para que sea una realidad la Soberanía del Sagrado Corazón de Jesús en todo el mundo, fin último de toda la Iglesia.

J. M. P. S.

EL APOSTOLADO DE LA ORACIÓN, 1844-1994

Ciento cincuenta años de Ejercicios ignacianos catequéticos

John L. Vessels, S.I.

Reproducido de la revista «Jesuitas», 1993. El P. Vessels es Director mundial del Apostolado de la Oración

La Compañía de Jesús, suprimida en 1773, fue restaurada por Pío VII en 1814. El Apostolado de la Oración comenzó a los treinta años en las aldeas vecinas a un escolasticado de la Compañía del sur de Francia. Se difundió rápidamente en Francia, Europa y en el resto del mundo a causa del carácter ignaciano de sus prácticas y la red de revistas fundadas para facilitar la formación continua en las prácticas que proponía.

Antes de la supresión, los jesuitas habían llegado a todos los rincones del globo con colegios e iglesias, cofradías y misiones. Cada jesuita, fuese predicador o enfermero, profesor o misionero, escritor o ranchero, era una imagen de San Ignacio que comunicaba a los demás el fruto de los Ejercicios según los había vivido. De una u otra forma, los jesuitas practicaban los Ejercicios a diario y, directa o indirectamente, enseñaban a otros a hacer otro tanto.

Tanto se había empapado la vida eclesial de la espiritualidad de los Ejercicios que sus raíces se mantuvieron sanas en el corazón de los fieles aun mucho después de haber desaparecido los jesuitas con sus colegios y demás instituciones. Los frutos de los Ejercicios se siguieron cosechando no sólo en los centros urbanos de Europa y América, sino en las misiones cultivadas antes por los jesuitas.

Nada extraño, pues, que conforme las prácticas del Apostolado de la Oración se extendían de país en país poco después de la restauración de la Compañía, todos las reconocieran y aceptaran con entusiasmo, primero los jesuitas y luego otros. Aun cuando llegaban muy más allá del radio de actividad de los jesuitas, estas prácticas produjeron en todas partes un eco interior de los sentimientos y prácticas religiosas del pasado.

Los Ejercicios ignacianos tienen raíces no sólo en la experiencia de oración de la cueva de Manresa, sino aún más en la enseñanza catequética de la calle que tan popular hizo a Ignacio entre los niños, y en las conversaciones espirituales que le granjearon la estima de los enfermos y personas de toda clase en Manresa y las ciudades donde más tarde vivió.

Ignacio practicaba lo que predicaba, y su objetivo era llevar a otros a practicar los mismos ejercicios, tan sencillos: ofrecerse todos los días a la construcción del reino de Dios en su pequeño rincón del mundo; incorporar este ofrecimiento en el de la Eucaristía con frecuencia; mantener sano el sentido del pecado por medio del examen diario y la confesión frecuente; hallar a Dios y su amor en todas las situaciones y devolvérselo por medio del corazón del Hijo; recurrir con frecuencia a María; sentir con la Iglesia y orar y obrar en consonancia.

El programa de prácticas del Apostolado de la Oración fue formándose poco a poco a partir de estas intuiciones ignacianas: el ofrecimiento matutino; la frecuente participación en la Eucaristía; el examen vespertino y la confesión del Primer Viernes; la hora santa y comunión reparadora semanales («¿Qué he hecho por Cristo?»); consagración personal y de la familia al corazón de Cristo para devolver amor por amor; actos de confianza en María; oración diaria por la Iglesia y las misiones.

No sólo aprobaron los Papas desde un principio esta creciente comunión de oración universal, sino que desde 1890 se colocaron en su mismo centro designando personalmente las intenciones mensuales. Estas intenciones, que dirigen la atención a las necesidades urgentes de la familia humana y de la Iglesia al servicio de las mismas, se dan al Apostolado de la Oración para motivarlas y darlas a conocer entre los católicos y otras personas de buena voluntad en todo el mundo. Desde 1926, reconociendo el fuerte interés misionero entre los cristianos, los Papas han añadido una lista aparte de intenciones misionales mensuales.

Naturalmente, la organización del Apostolado de la Oración comenzó a nivel parroquial, cuando los feligreses se reunían para las misas y horas santas de los Primeros Viernes. El párroco explicaba la intención del mes y exhortaba a una ferviente oración. Además, a los feligreses se les sugería usar un folleto mensual con el que enseñar a otro a orar. hasta el presente este servicio de reunir en estas sencillas prácticas de oración a vecinos

y compañeros, amigos y familiares, niños y enfermos, es el que mejor caracteriza al Apostolado de la Oración.

Una fuente de continua renovación en el Apostolado de la Oración ha sido su preocupación por la formación eucarística de niños y jóvenes. Impulsadas por la decisión de San Pío X en 1910, de que los niños participasen plenamente de la Eucaristía, la Cruzada Eucarística primero, y el Movimiento Juvenil Eucarístico después, han sido provechosos instrumentos en parroquias y colegios para formar las vidas de los niños católicos en torno a la Eucaristía.

Al niño se le acompaña a través de la adolescencia hasta la edad adulta, en fidelidad la comunión con Cristo y con el prójimo. No se acentúa tanto el recibir o celebrar la Eucaristía cuanto más bien la gradual maduración de valores y actitudes lograda con la vida eucarística, es decir, vivir el ofrecimiento diario con generosidad y docilidad a la gracia, lo cual da sentido a la celebración y requiere la comunión frecuente.

Son varios los desafíos con que se enfrenta la Iglesia en el mundo de hoy y que orientan al Apostolado de la Oración en su actual esfuerzo de renovación. Los más pertinentes son quizá la vocación del laico a la santidad y una mayor responsabilidad eclesial, un renovado interés en la evangelización, la opción preferencial por los pobres, y la formación de pequeñas comunidades cristinas. El Apostolado de la Oración está maniobrando desde tres sólidas plataformas para utilizar su potencial para responder a estos desafíos: sus publicaciones, su presencia en las parroquias, y sus programas de formación infantil y juvenil.

Para publicar y difundir sus publicaciones, el Apostolado de la Oración cuenta con secretariados nacionales o sus equivalentes en 85 países; hay además en algunos países otros cuarenta y ocho secretariados regionales. Estos secretariados, sus publicaciones y servicios varios están bajo la dirección de jesuitas u otros, nombrados por el Padre General de la Compañía (que es el director general del Apostolado de la Oración) o por los provinciales. Para el cargo se eligen personas que puedan utilizar las revistas y demás servicios dándoles una orientación marcadamente ignaciana.

En muchos países los obispos nombran los directores diocesanos y locales para organizar y dirigir los actos de culto y las otras actividades de los miembros del Apostolado de la Oración a nivel parroquial e interparroquial. Es a este nivel especialmente donde se desarrolla la dimensión apostólica de las prácticas piadosas del Apostolado de la Oración y se lo orienta a los enfermos, niños, marginados, jóvenes, miembros de

grupos de oración, los feligreses en general, el hogar, el taller o la oficina, la clase.

Y es evidentemente a este nivel parroquial donde hay que organizar con eficacia entre los católicos, si han de tomar arraigo y producir frutos duraderos las pequeñas comunidades cristianas, los nuevos métodos de evangelización de puerta en puerta, el interés práctico por las necesidades urgentes de los pobres del vecindario y la ciudad, la reacción vigorosa contra prácticas injustas que explotan a los miembros más débiles de la sociedad.

Las prácticas de oración del Apostolado son sencillas, fáciles de aprender y enseñar, y fácilmente adaptables al ritmo pastoral de una parroquia o iglesia local en plena renovación al servicio de los «pequeños» de Cristo. Esta síntesis de oración práctica y acción social efectiva es responsabilidad de cuantos desempeñan la función pastoral, profética y sacerdotal de Cristo en la Iglesia de hoy.

Estos mismos desafíos están guiando también a los directores de los Mensajeros en su intento de actualizar sus revistas y otras publicaciones para servicio de sus lectores hoy: explicaciones de la liturgia y la palabra; editoriales y artículos de fondo sobre la doctrina social de la Iglesia, aplicada a la región o país; presentación de las intenciones del mes con resonancias de las realidades que viven los lectores; configurar el contenido de cada número de forma que sirva para la discusión en grupo y el discernimiento en comunidad, así como para la lectura y la reflexión personales. Los directores de Mensajeros tienen en cuenta estas y otras normas al planificar cada número con sus colaboradores o cuando se reúnen con otros directores en encuentros internacionales.

Las publicaciones de los Mensajeros tienen la tradición de explorar tres temas clave de interés religioso: la espiritualidad del corazón de Cristo; el puesto central de la Eucaristía en el individuo y en la comunidad cristiana; oración, sobre todo de intercesión por las intenciones mensuales del Santo Padre. Lejos de abandonar estos trascendentales temas por la manía de renovar, directores y escritores los convierten en ganchos que agrupan los temas de cada número. Su objetivo sigue siendo la formación más que la información, una formación que alimenta y es alimentada por una profunda fe en Jesucristo como cabeza y corazón de la Iglesia.

El 3 de diciembre de 1994 la Iglesia recordará el 150 aniversario de la fundación del Apostolado de la Oración, por un grupo de estudiantes y profesores jesuitas, en Vals-près-le-Puy, sur de Francia. Estos jesuitas idearon un conjunto de prácticas de oración que acercaría

a Dios a la gente de los pueblos vecinos haciéndoles más conscientes de su personal valor ante el Padre, por enfermo, viejo, pobre o ignorante que uno sea.

Al hacerlo, aquellos jesuitas restauraron una costumbre que Ignacio había practicado hasta pocos meses antes de su muerte: reunir a los niños en la plaza para enseñarles a ellos, y a los adultos que se les sumaban, las verdades religiosas básicas, unas pocas prácticas sencillas pero sólidas, y para motivar sus voluntades para una respuesta generosa al Amor que les rodeaba por todas partes.

Los siglos pasan pero los absolutos permanecen. Así es como, con plena confianza en su utilidad para el Señor, el Apostolado de la Oración se consagra de nuevo como instrumento de servicio eclesial para todo el tiempo que se digne usarlo, en la viviente tradición ignaciana que hace contemplativos en la acción a cuantos ponen la oración al servicio del reino.

LOS «MENSAJEROS DEL CORAZÓN DE JESÚS»

El primer Mensajero del Corazón de Jesús apareció en Toulouse en junio de 1861. Fue la semilla de lo que se hizo y sigue siendo una red mundial de revistas y publicaciones de la Compañía que imparten una formación permanente en las prácticas del Apostolado de la Oración. Ideadas diecisiete años antes (1844) en un escolasticado del sur de Francia, estas prácticas llevaban al hombre de la calle los Ejercicios iniciados tres siglos antes por Ignacio.

A los diez años había Mensajeros en Colombia, Estados Unidos y en otros siete países europeos. Cuando Henri Ramière, el editor fundador, murió en 1884, dejaba una familia de catorce Mensajeros al servicio de la evangelización en otros tantos países, llegando a los hogares de trece millones de asociados del Apostolado de la Oración, sus familias, vecinos y cofeligreses.

Al estallar la segunda guerra mundial, esta red había llegado a su cima más alta en número e influencia. Antes

de la guerra había 65 Mensajeros: 31 en Europa, 16 en las Américas, 15 en Asia y Oceanía, y 3 en África. Sus editores publicaban otras 28 revistas para niños y jóvenes, 11 para congregaciones marianas, y otras 25 para atender a una vasta variedad de necesidades espirituales y culturales. El número total de suscritos pasaba de seis millones. En la mayoría de los países estas revistas representaban la vanguardia de la prensa católica.

Los lectores más activos del mensajero se llevaban además diez, veinte o más de los once millones de folletos publicados mensualmente para instruir a los no iniciados. Estos folletos eran el catecismo del pobre: cuatro pequeñas páginas que contenían el ofrecimiento de la mañana, una breve explicación de la intención del mes, las lecturas litúrgicas de cada día, y una breve lección de catecismo o un mensaje alentador, amplio material, en la tradición de la forma catequética de los Ejercicios Ignacianos, para que los apóstoles de la oración pudieran ayudar a otros a llevar a la presencia de Dios, en la oración, las realidades de su vida cotidiana y hacerse instrumentos suyos para transformarlas. Unos siete millones de folletos se pasaban cada mes de mano en mano en 1993.

Estas páginas cuentan la historia de los Mensajeros de hoy con las fotografías de algunos de los centenares de personas laicas de todo el mundo que, con sus editores jesuitas, renuevan los Mensajeros para la evangelización del siglo XXI.

El Apostolado de la Oración publica actualmente 55 Mensajeros y revistas juveniles: 28 en Europa, 12 en América, 10 en Asia y 5 en África. La crónica incluye varias publicaciones nuevas con estilos creativos que combinan la nueva liturgia con el interés escriturístico, las exigencias de la fe-justicia con las prácticas tradicionales del Apostolado de la Oración.

Los lectores que deseen tener las direcciones de los Mensajeros pueden dirigirse a:

Apostolado de la Oración
C.P. 6139
00195 Roma, Italia



ULTRA QUAM SPERAVERINT

Francisco Canals Vidal

MUNUS SUAVISSIMUM

«El día de la Visitación, ante el Santísimo Sacramento, mi Soberano se dignó favorecer a su miserable sierva con varias gracias particulares de su amoroso Corazón...»

... volviéndose hacia el buen padre de la Colombière, esta Madre de bondad le dijo: y tú, siervo fiel de mi divino Hijo, tienes gran parte en este precioso tesoro pues... está reservado a los padres de la Compañía hacer ver y conocer su utilidad y valor, a fin de que se aprovechen de él, recibéndolo con el respeto y agradecimiento que se debe a un beneficio tan grande.

Y a medida que le den este gusto, el Divino Corazón, fuente de bendiciones y de gracias, las derramará con tanta abundancia sobre el ejercicio de su ministerio, que producirán frutos superiores a sus trabajos y esperanzas...»

(Carta de Sta. Margarita Maria de Alacoque a la Madre Saumaise, en Julio de 1688.)

Conocida como el «encargo suavísimo», *munus suavissimum* del Sagrado Corazón, las congregaciones generales de la Compañía de Jesús XXIII (16- Septiembre, 23 Octubre 1883) y XXVI (2 Febrero- 18 Marzo 1915), acogieron esta misión de dar a conocer y propagar la devoción al Sagrado Corazón de Jesús.

En la segunda de las citadas congregaciones se relacionó el cumplimiento de este «suavísimo encargo», al que según las palabras de Sta. Maria de Alacoque, están prometidos frutos más allá de los trabajos y esperanzas, al fomento de la asociación del APOSTOLADO DE LA ORACION.

A este «encargo suavísimo» se alude de nuevo en el texto del Epítome del Instituto de la Compañía (num. 851, 1,2,3). Y muchas veces los superiores lo han recordado, y no hace mucho tiempo, al día siguiente de la canonización de Claudio la Colombière, Juan Pablo II lo ratificaba con estas palabras:

«La canonización de Claudio la Colombière me lleva naturalmente a subrayar el «munus suavissimum» que él mismo recibió de parte del Señor: la difusión y la predicación del misterio de su Corazón Sagrado. Es toda la Compañía la que queda encargada de esto, como tuve el gozo de confirmaros en Paray Lemoinal, junto

a la tumba de San Claudio». (Audiencia del Papa a los fieles del A. de la O., en Roma, el día 1 de Junio de 1992)

Juan Pablo II aludía en estas palabras el escrito entregado al Prepósito General de la Compañía de Jesús en 5 de Octubre de 1986, en el que había recordado el encargo que el propio Cristo había dirigido a la Compañía en la persona de Claudio de la Colombière.(1)

ULTRA QUAM SPERAVERINT

«Más allá de sus trabajos y de sus esperanzas». Así hablaba Sta. Margarita, expresando su convicción de que el mismo Cristo le había dado a entender esta promesa. Acabamos de ver que la orden fundada por San Ignacio de Loyola, ha asumido reiteradamente el encargo, y se ha profesado agradecida y convencida en su aceptación.

Al acercarnos a la fecha en que se cumplirán cincuenta años desde la aparición de esta Revista Cristiandad(2), cuyo maestro e inspirador, el P. Ramón Orlandis Despuig S.I. afirmaba haber nacido «del seno maternal del A. de la O. y de Schola Cordis Iesu,» la sección por él fundada, no puedo dejar de pensar en el significado misterioso de las palabras *ultra quam speraverint*.

La duración de esta Revista, que en muchas ocasiones parecía algo más bien poco probable, e incluso imprevisible, y los frutos más o menos manifiestos que por ella han alcanzado a muchos de nosotros, lleva efectivamente a atribuir todo cuanto bien se ha comunicado, desde Schola Cordis Iesu y desde la revista Cristiandad, a la fructificación del carisma apostólico del que fue apóstol

1.- Véase en Cristiandad, num. 667-669; año 43, Octubre-Diciembre de 1986, la carta de Juan Pablo II de 5 de Octubre de 1986. En el mismo número, en especial en el artículo «El encargo suavísimo del Sagrado Corazón a la Compañía de Jesús» del Padre Juan Manuel Iguarta. S.I., se incluyen los documentos aludidos acerca del mencionado «encargo suavísimo».

2.- Véase el núm. conmemorativo del veinticinco aniversario de la aparición de la Revista. Num. 458, año 26, IV, 1969.

3.- Véanse especialmente los números 331, Septiembre de 1958 y 708-709, Abril, Junio de 1990. Véase también: Eudaldo Forment. *El magisterio tomista del P. Orlandis Apóstol del Corazón de Jesús*. Doctor Communis, 47 num. 1 (Enero-Abril 1994. pp. 43 a 71). Primera parte de un trabajo cuya continuación se anuncia.

fervoroso y perseverante del culto al Corazón de Jesús y de la esperanza de su Reinado (3).

La próxima conmemoración me ha sugerido recordar tres aspectos- íntimamente conexos entre sí como centrados en definitiva todos, según la mente e intención del P. Ramón Orlandis en el apostolado del Corazón de Jesús- de su tarea de magisterio y de orientación espiritual. Son éstos : el apostolado mismo de la devoción al Corazón de Jesús; la práctica y el estudio de los Ejercicios espirituales de San Ignacio; el estudio de la doctrina del Doctor Angélico Sto. Tomás de Aquino.

Me parece que, precisamente atendiendo a este triple aspecto de su tarea apostólica, se advierte con la máxima claridad la admirable y misteriosa fructificación de su carisma, «por encima de lo esperado», de la que ha sido vehículo y signo la misma existencia, efecto de trabajos y perseverancias que tienen mucho de sorprendente y misterioso, de esta Revista que alcanza ahora a los cincuenta años.

Del apostolado del Corazón de Jesús y de su Reinado hablan no sólo los artículos, importantes pero no muy numerosos, que el P. Orlandis escribió en la Revista, y su obra como Director del A. de la O. y Promotor diocesano del mismo, sino de alguna manera la totalidad de las tareas realizadas en esta línea por los redactores de Cristiandad.

Era ésta la dimensión esencial y nuclear de su vocación apostólica, y aquélla en que insistía en su magisterio y en su dirección; sin olvidar su convicción de que providencialmente el espíritu de la devoción al Corazón de Jesús tenía su plenitud en el mensaje de infancia espiritual y de entrega al Amor misericordioso de que fue mensajera Sta. Teresita del Niño Jesús. (4)

De la relación entre su magisterio y el espíritu de los Ejercicios de San Ignacio de Loyola escribió el P. Roberto Cayuela S.I.:

«Su gran magisterio de vida espiritual lo ejerció al dirigir Ejercicios, y también al escribir sobre Ejercicios... a nadie he oído hablar con tanta profundidad y con tan altísimos encomios del libro de San Ignacio (5)».

Tampoco podemos olvidar que la decisión colectiva, tomada por los que entonces vivían ya en Schola Cordis Iesu, en el otoño de 1942, de emprender la publicación de Cristiandad, se tomó después de una serie de conferencias espirituales profesadas por el propio P. Orlandis en la línea de los Ejercicios ignacianos.

La tercera dimensión o aspecto, a la que el P. Orlandis dedicó una gran atención, y que entendía siempre ordenada al servicio del Reino del Sagrado Corazón y a la entrega al Amor misericordioso, fue su magisterio metafísico y teológico iluminado por la obra de Sto. Tomás de Aquino.

Los resultados de su magisterio en este punto son hoy conocidos y han sido comentados reiteradamente con elogio por estudiosos y profesores de diversos países e instituciones . Me parece que también en este punto el apostolado del P. Orlandis ha de ser reconocido como habiendo fructificado por encima y más allá de lo que muchos hubieran esperado.

SERVICIO A LA IGLESIA

En otros momentos hemos tenido ocasión de relacionar con agradecimiento todo el bien comunicado por la fructificación del carisma apostólico del P. Ramón Orlandis, a la realización de las promesas del Corazón de Jesús, ligadas al cumplimiento del «encargo suavísimo». Así lo hicimos al ser recibidos por el P. Giuseppe Pittau, en aquel momento en funciones de Prepósito de la Compañía, el día ocho de diciembre de 1989, en la solemnidad de la Inmaculada Concepción de María.

Reflexionando sobre los documentos de la propia Compañía, y de la Santa Sede referidos a ella, acerca del culto al Corazón de Jesús y del cultivo y práctica de los Ejercicios espirituales de San Ignacio, atendiendo también a las directivas pontificias, que confirmaron la designación, que había hecho San Ignacio, de Santo Tomás de Aquino como el Doctor propio de la Compañía de Jesús, (6) he pensado algunas veces que la perseverancia en las tareas que nos fueron inspiradas por el P. Orlandis venía a ser un servicio muy valioso prestado a la propia Compañía.

Recuerdo que el P. Roberto Cayuela S.I., siendo Director del Centro del A. de la O. de la Iglesia del Sagrado Corazón de Barcelona, había afirmado públicamente, en reuniones de la asociación, que la desaparición de la Revista Cristiandad, que entonces se temía, constituiría «una catástrofe» para la Iglesia y la Compañía de Jesús.

También recuerdo que P. Francisco de Paula Solà S.I. respondiendo a preguntas formuladas acerca de estas cuestiones, sostenía que la perseverancia en el estudio y la difusión de las doctrinas enseñadas por el P. Ramón Orlandis Despuig S.I. y en la práctica y difusión de la espiritualidad por él infundida en Schola Cordis Iesu, constituía, con plena certeza y seguridad, un servicio a la Iglesia.

4.- Véase el escrito titulado «Pensamientos y ocurrencias», del P. Ramón Orlandis, incluido en los num. citados en la nota anterior.

5.- Roberto Cayuela S.I.: «Un maestro. III Gran Maestro de vida espiritual.» num. 331 , pag. 20.

6.- Véase *Bertrand de Margerie S.I. Saint Thomas d'Aquin Docteur propre de la Compagnie de Jésus: Centenaire d'un document de Léon XIII.* Doctor Communis 45 (1192) pp. 103-121.

¿SANTA TERESITA DEL NIÑO DE JESÚS

DOCTOR DE LA IGLESIA Y PATRONA DEL APOSTOLADO DE LA ORACIÓN? (y II)

(Editorial del número 479 de CRISTIANDAD del año 1971)

Esta otra iniciativa, que ahora presenta «Cristiandad», le es singularmente peculiar, ya que esta Revista, surgida del seno de «Schola Cordis Iesu», y sostenida por sus animosos socios, está íntimamente vinculada con el Apostolado de la Oración; el cual, en frase de Pío XII, es la mejor manera de dar culto al Sagrado Corazón de Jesús; como este Culto es el gran medio para llegar al Reino de Cristo.

Y también para fundamentar esta segunda idea vamos a acudir a la memorable homilía de Pío XI, en la solemne Misa de Canonización de la Santa Carmelita de Lisieux.

A continuación de sus palabras, antes citadas, sobre la excelsa doctrina de la Santa, añade: «De aquella tan copiosa participación de la divina luz y de la divina gracia, se encendió en Teresa tan grande incendio de caridad, que teniéndola como abstraída continuamente de su cuerpo, al fin llegó a consumirla; y por esto mismo, pudo candorosamente confesar, poco antes de dejar esta terrena vida, que «ella no había dado a Dios otra cosa que amor».

«Nos consta también que por esta fuerza de ardiente caridad, perduró siempre en la joven de Lisieux aquel propósito y empeño de trabajar por el amor de Jesús, para agradecerle solamente a Él, consolar su Corazón Sacratísimo, y promover la eterna salvación de muchas almas, que amasan perpetuamente a Cristo. Y que ésto lo haya seguido deseando desde el cielo, tan pronto como llegó a la celeste Patria, y lo haya realizado y conseguido, se prueba fácilmente por aquella mística lluvia de rosas, que, por don de Dios, así como lo sigue derramando» (A. A. S., ib.).

Oigamos ahora a la misma Santa: «Vine al Carmelo para salvar almas; y sobre todo para rogar por los sacerdotes».

Y sus últimas palabras, poco antes de expirar, el 17 de julio de 1887, fueron éstas: «Presiento que mi misión va a comenzar; la misión de hacer amar a Dios, como yo le amo; la misión de enseñar a los hombres mi camino de confianza y de abandono. Quiero pasar mi cielo haciendo bien en la tierra. Esto no es imposible; pues también los Ángeles velan por nosotros, desde el regazo mismo

de la visión beatífica. ¡No, no podré tener ningún descanso hasta el fin de los siglos! Mas, cuando el Ángel haya dicho: 'Ya no habrá dilatación' (Apoc., 10, 6), entonces descansaré y podré gozar, porque el número de los elegidos estará completo. Todos habrán entrado en la felicidad sin fin. Mi corazón salta de gozo con este pensamiento».

¡Sublimes aspiraciones, y maravillosa fe en la eficacia apostólica de la oración!

A sus 15 años, Teresa no desea otra cosa que salvar almas; y para conseguir su ardiente deseo, su único intento, no halla otro medio mejor que consagrarse a la vida contemplativa, vida de oración, en el Carmelo. Y cuando va a entrar en el cielo, no piensa en otra cosa que en orar desde el cielo, para lograr, con su oración celeste, la salvación de muchas almas.

¿Qué hemos de pensar, y qué hemos de decir los socios del Apostolado de la Oración, ante estas maravillas de una perfectísima vida de oración, de oración eminentemente apostólica, de Santa Teresa del Niño Jesús, en la tierra y en el cielo? ¿Qué Patrona mejor podemos desear tener, que a la gran Santa, que fue y sigue siendo el gran Apóstol de la oración, y por la oración?

Y realmente, si cotejamos ahora las características de la oración que promueve y ejerce el Apostolado de la Oración, con las cualidades que hicieron eficazmente apostólica la oración de Santa Teresita; veremos que son como dos haces de luz divina, que se funden en un mismo haz luminoso, que alumbra las almas, las fecunda y las salva.

La oración del Apostolado de la Oración es, ante todo, oración de fe y de confianza; pues comienza nuestro ofrecimiento diario, por la mañana, con las palabras de invocación: «Señor mío y Dios mío, Jesucristo»; eco de las de Santo Tomás, el día octavo de la Resurrección de Jesús.

Es enseguida oración de consagración al Corazón Sagrado de Jesús, por el Corazón Inmaculado de María, Madre nuestra; y esta consagración es expresamente para unirnos con el mismo Corazón Sacratísimo de Nuestro Redentor, y en unión con Él, ofrecemos a Dios Padre, en

su Santo Sacrificio del Altar. Es, pues, oración de quien se ofrece en sacrificio, como de víctima permanente, en unión con la Víctima divina, en Sacrosanto Misterio de la Eucaristía.

Por lo mismo, es oración de ofrecimiento de todo lo que constituye como el tejido de la vida toda del cristiano: «mi oración y mi trabajo; mis sufrimientos y mis alegrías de hoy». Y así, oblación de la vida entera cotidiana; en sacrificio de oración y en sacrificio de laboriosidad, tanto en los sufrimientos como en las alegrías, según los ejemplos de Cristo.

Es también oración con expreso fin apostólico, para la santificación propia y de los demás; pues lo ofrecemos todo en reparación por nuestros pecados; los de cada uno y los de todos los hombres. Y así, removido el impedimento de la salvación y santificación propia y ajena, que son los pecados; es ya, en definitiva, oración para que venga el Reino de Cristo; es decir, para que nosotros y los demás hombres tengamos tan verdadera y eficientemente a Cristo, por nuestro Divino Rey, que, imitando sus ejemplos, vivamos en sumisa obediencia a Él y a sus Representantes, para que se haga la voluntad de Dios, así en la tierra como en el cielo.

Todavía más; es oración católica; o sea, universal, ecuménica; pues es oración en unión con la oración y las intenciones del Vicario de Cristo en la tierra; para secundar las que él mismo señala como suyas, y las encarga al Apostolado de la Oración, todos los años, y para cada mes del año.

Y por lo mismo que es oración eclesial y católica, es oración misional; pues se hace por la especial intención que el Sumo Pontífice designa para cada mes, por las graves

necesidades y peculiares problemas de las Misiones.

Ahora bien; ¿fue acaso otra la oración apostólica de Santa Teresa del Niño Jesús? Fue esta misma, con las indicadas características y cualidades; pero lo fue ejemplarísimamente, con maravillosa perfección, como de modelo para todos nosotros, los que militamos en el ejército pacífico del Apostolado de la oración.

Bastaría recorrer las páginas, caldeadas por el amor y ungidas por la oración, de la «Historia de un alma», y de sus demás preciosos y celestiales escritos, para verificar todo esto, punto por punto. Y sería fácil y gratísimo hacerlo aquí; pero nos alargaríamos desmesuradamente. Por lo demás, en manos de todos está, o puede estar, la colección, soberanamente hermosa, de sus escritos.

Un solo punto convendrá recordar con especial relieve; y es que Santa Teresita, por su eficazísimo apostolado, con su oración misional, en bien de las Misiones, fue declarada por Pío XI, el 14 de diciembre de 1927, «patrona de todos los Misioneros, hombres y mujeres; y también de todas las Misiones existentes en toda la tierra, igual que San Francisco Javier, con todos los derechos y privilegios que lleva este título».

La conclusión se impone por su evidencia: tiene la Santa de Lisieux los más legítimos títulos y los más preclaros merecimientos, que la hacen acreedora, por su oración apostólica, para ser declarada Patrona del Apostolado de la Oración. Brinda «Cristiandad» esta idea a quien entienda podrá mejor hacerse cargo de ella, para promoverla eficazmente: a la Dirección General del Apostolado de la Oración; con el asesoramiento y cooperación de sus Direcciones Nacionales.

En nombre de «Cristiandad»,
ROBERTO CAYUELA, S. J.



EL APOSTOLADO DE LA ORACIÓN, APOSTOLADO DEL CORAZÓN DE JESÚS

Ignacio Azcoaga

Con motivo del 150 aniversario de la fundación del Apostolado de la Oración por el P. Gautrelet, junto al santuario de Ntra. Sra. del Puy, en Francia, el 3 de diciembre de 1844, vamos a examinar un sermón del P. Ramière, gran apóstol del Apostolado de la Oración, asistente y convencido de la importancia de la celestial intuición del P. Gautrelet, en la Iglesia sobre el Sagrado Corazón en España, por el seráfico hernaniarra P. Agustín de Cardaveraz, el 11 de junio de 1733, en la octava del Corpus Christi (1).

El P. Ramière vino a España el año 1883 posiblemente, no sólo para participar en el triduo organizado para conmemorar aquel primer sermón predicado en España sobre el Sagrado Corazón, sino también para dar un impulso al Apostolado de la Oración, cuyo órgano de difusión, **el Mensajero del Corazón de Jesús**, no estaba en manos de la Compañía, sino de D. José Morgades y Gili (1826-1901), director y propietario que al ser nombrado Obispo de Vich debía encontrarse en dificultades para continuar con su magnífica obra que venía desarrollando desde 1866. El Mensajero pasó a partir de 1883 a ser administrado por la Sra. Isasi y bajo la dirección del P. Cecilio G. Rodeles y debía estar necesitada de un impulso (2).

El P. Ramière definía la devoción al Corazón de Jesús como «un comercio de íntima y generosa amistad entre el Divino Corazón y los de los hombres». La obra **El Apostolado de la Oración** muestra de manera singular la naturaleza completa y perfecta de esta devoción, que no sería considerada en toda su profundidad si sólo se orientara al culto y no a la misma Persona del Verbo en su relación de amistad con los hombres.

La devoción al Corazón de Jesús estaba muy extendida en España y sobre todo en el País Vasco, gracias a las innumerables congregaciones del Corazón de Jesús fundadas por el P. Cardaveraz, Bernardo Hoyos, Mendiburu, Calatayud. El P. Ramière se propuso hacer un sermón de exhortación para que los padres de la Compañía, seguramente sus principales destinatarios, y los asistentes, ya devotos del Corazón de Jesús, se hicieran miembros de **Apostolado de la Oración** y propagaran esta obra apostólica esencialmente vinculada a la comunicación de la redención a los hombres,

por medio de la incorporación a la Iglesia y viviendo en unión con Cristo su inmolación al Padre, para que de esta manera se produzca el triunfo de la Iglesia y la salvación de las almas.

La tesis del sermón es que **el Apostolado de la Oración no es una devoción diversa de la Devoción al Sagrado Corazón**, que no es algo que viene a añadir más oraciones y nuevas prácticas, sino la práctica de la devoción al Sagrado Corazón. Únicamente añadir el ofrecimiento de obras en unión con Cristo en las oraciones de la mañana. Allí, donde hay congregaciones del Corazón de Jesús, les da vida y, donde no las hay, viene a hacer sus veces.

El sermón consta de dos partes: la primera, de la que recibe el sermón su título, demuestra que el Apostolado de la Oración es simplemente el Apostolado de Jesús, de manera que fuerza a los oyentes, ya devotos al Corazón de Jesús, a sacar la conclusión de que si quieren identificarse con el Corazón de Jesús, deben practicar el mismo apostolado que Él, es decir, el apostolado de la oración.

En la segunda parte demuestra que el Apostolado de la Oración es la forma más perfecta y útil de practicar la devoción al Corazón de Jesús porque el fin de esta devoción es establecer una comunidad de amistad entre el Corazón de Cristo y los corazones de todos los hombres.

1. EL APOSTOLADO DE LA ORACIÓN, APOSTOLADO DEL CORAZÓN DE JESÚS

Recuerda el P. Ramière que **apostolado es toda obra**

(1) El sermón está publicado íntegro en el «Mensajero del Corazón de Jesús», también, a modo de Apéndice, en la obra «Podemos cambiar el mundo», reedición realizada por el P. Igartua S.J. de la obra del P. Ramière: «El Apostolado de la Oración, Santa Liga de corazones unidos al Corazón de Jesús, para la salvación de las almas y el triunfo de la Iglesia», en 1861, con motivo del centenario de la publicación de esta obra.

(2) Ver Memorias del P. Luis Martín S.J., P. Eguillor y otros, tomo I, c.20, pág. 666 y ss. Ediciones Mensajero, Bilbao 1988.

que tiene por finalidad la salvación de las almas y así la predicación es apostolado porque la fe, que es el principio de la salvación, se recibe por el oído —«fides ex auditu» y la administración de los sacramentos, así como el gobierno de la Iglesia son obras de apostolado.

Pero argumenta el P. Ramière que no sólo las obras de los ministerios son apostolado porque la Santísima Virgen María no hizo ninguna obra de apostolado de ministerio externo y, sin embargo, le llamamos en verdad **Reina de los Apóstoles**. En efecto, la Virgen María, ni predicó en Palestina, ni administró los sacramentos, ya que no fue consagrada sacerdote, ni ejerció en la Iglesia ninguna labor de gobierno que fue encomendada por el mismo Cristo a San Pedro y a pesar de eso, la Iglesia le ha dado el título de Reina de los Apóstoles, porque el apostolado de los ministerios externos no es el más esencial ni el más eficaz.

También aporta una reflexión aguda y original sobre los apostolados ejercidos por el mismo Cristo, al estilo de los santos. A Santa Teresita, por ejemplo, le solía gustar hacer consideraciones sobre pasajes de hechos y dichos de Jesús en los evangelios y nos ha dejado en sus escritos autobiográficos cantidad de sabrosos y provechosos comentarios en este sentido.

Dice el P. Ramière que el apostolado de la oración fue el primero que realizó Cristo, el que más duró incluso durante su vida pública que comenzó a los treinta años después de haber realizado una vida normal en familia, practicando el apostolado del ejemplo, dice el texto Sagrado: Empezó Jesús a hacer y enseñar —Caepit Jesus facere et docere— y además sólo duró tres años.

2. EL CORAZÓN DE JESÚS EN EL SENO DE MARÍA

El P. Ramière hace una consideración muy profunda en relación con el primer ejercicio por Cristo. Dice el P. Ramière que el primer campo de apostolado de Cristo fue el seno de la Virgen María, allí no hablaba, no predicaba, pero su Corazón tenía toda su inmensa actividad, y la usaba orando por nuestra salvación, ofreciéndose como Víctima a la justicia del Padre, adorando, dándoles gracias, expiando nuestros pecados, implorando las gracias necesarias, ejerciendo perfectamente todos los actos del apostolado de la oración. Con este apostolado daba cumplimiento a la divina misión del Hijo de Dios, antes de que viniesen los demás apostolados.

De manera que podríamos decir que desde el seno de su Madre podía haber sufrido al cielo porque había satisfecho nuestra redención con esa oración realizada

en el seno mismo de la Virgen María.

3. CRISTO CONTINÚA PRACTICANDO EL APOSTOLADO DE LA ORACIÓN

Nos recuerda el insigne jesuita que Cristo, en su vida pública, como dice el Evangelio, pasaba las noches en oración. Además dice que «mientras hablaba a los hombres de Dios, hablaba a Dios de los hombres». Por eso, concluye que no interrumpió su oración ni durante su vida pública, ni mientras predicaba.

Pues bien, el apostolado de la oración no es sólo el primero que practicó Cristo, sino que es el que aún sigue practicando desde el cielo, en donde ruega por todos los hombres. La conclusión del P. Ramière a esta primera parte, a modo de exhortación y en forma de interrogante interpelando a sus oyentes, es que si este apostolado es el practicado por el mismo Corazón de Jesús, ¿cómo no lo van a practicar sus devotos?

4. EL APOSTOLADO DE LA ORACIÓN LA FORMA MÁS PERFECTA DE LA DEVOCIÓN AL CORAZÓN DE JESÚS

La segunda parte del sermón se propone demostrar que el Apostolado de la Oración es la forma más perfecta y útil de practicar la devoción al Corazón de Jesús. Porque el Apostolado de la Oración proporciona a la Devoción al Sagrado Corazón tres ventajas fundamentales: le da su verdadero objeto, le comunica la perfección de su fin y le proporciona la solidez de su organización.

5. EL APOSTOLADO DE LA ORACIÓN PREVIENE DE UNA FALSA DEVOCIÓN AL CORAZÓN DE JESÚS

Dice el P. Ramière que sólo podremos honrar al Sagrado Corazón en espíritu y en verdad, cuando le veamos tal como es, nos penetremos de sus sentimientos y cuando establezcamos con Él las relaciones que Él quiere que establezcamos.

Denuncia que el ocuparse más de la imagen y pensar en Él, más en el pasado que en el presente, es uno de los dañosos obstáculos para la unión de nuestros corazones con el Corazón de Jesús que es la verdadera devoción al Sagrado Corazón. El Apostolado de la Oración remueve este obstáculo porque nos hace ver el Corazón de Jesús, tal y como está actualmente, es decir, orando continuamente por nosotros, suspirando por nuestra felicidad y ofreciéndonos a cada momento la

gracia que nos alcanza por su perpetua súplica.

6. EL APOSTOLADO DE LA ORACIÓN AYUDA A QUE LA DEVOCIÓN AL SAGRADO CORAZÓN ESTABLEZCA AMISTAD ENTRE DIOS Y LOS HOMBRES

La segunda aportación del Apostolado de la Oración a la devoción al Corazón de Jesús es toda la perfección de su fin, es decir, el deseo que expresaba a sus apóstoles cuando les dice: «ya no os llamo mis siervos, sino amigos». El fin principal de la Encarnación, dice el P. Ramière que es «establecer con los hombres una comunicación de verdadera amistad».

La diferencia del amor del amigo del que tiene el mercenario a su señor o el del mendigo al rico es que mientras éstos son interesados, aquél es desinteresado. La esencia de aquél es el desinterés, aunque la esencia de la amistad es el desinterés, dice el P. Ramière, no es incompatible con el gozo de los consuelos y ventajas que los amigos se procuran mutuamente. Pero no se ama al amigo por los beneficios, sino más bien los beneficios por el amigo que los da.

La idea de la verdadera amistad nos la da San Pablo, es más bienaventurado dar que recibir y esta regla es por la que se ha guiado el Señor porque sabía que no podía recibir nada de nosotros, sino persecuciones y agravios. Bajó del cielo, se despojó de su gloria, nos dio todo lo que tenía, se dio a sí mismo todo entero. A nosotros, que éramos sus enemigos, nos dio la prueba mayor de amor que un amigo puede dar, con la sola esperanza de que nosotros para corresponder a su amor, le tratáramos como amigo.

7. EL APOSTOLADO DE LA ORACIÓN NOS PERMITE DARLE A CRISTO SU BIEN MÁS QUERIDO: LAS ALMAS

El Apostolado de la Oración nos permite, dice el P. Ramière, seguir con Dios la misma regla en nuestras relaciones con Él que la que Él ha tenido con nosotros. Practicando el Apostolado de la Oración podemos dar a Dios lo que más desea recibir, lo que tiene más precio a sus ojos: **las almas**.

Él mismo nos dio el poder de darle almas, lo que más desea, al prometernos, dice el P. Ramière, que obtendríamos todo lo que pidiéramos en su nombre, y no hay oraciones que mejor puedan decirse hechas en el nombre del Salvador que las que se hacen por la salvación de las almas.

El asociarnos a su obra más divina, conferimos el

poder de cooperar eficazmente al éxito de su empresa y aumentar en algún modo, no intrínsecamente, pero sí en sus últimos efectos, la fecundidad de su sangre divina, es la muestra más insigne de su amor por nosotros.

Esta virtud del Apostolado de la Oración no pertenece solamente a las oraciones propiamente dichas: vocales y mentales, al igual que el Corazón de Jesús, que no ejercía solamente el Apostolado de la Oración cuando oraba formalmente, sino cuando su cuerpo y mente estaban ocupados en otras cosas. Así a todas nuestras acciones, cuando se hacen con esta intención, les daremos la doble virtud de ser eficaces para la salvación de nuestros hermanos y además meritorias para nosotros.

8. EL APOSTOLADO DE LA ORACIÓN PROPORCIONA A LA DEVOCIÓN AL SAGRADO CORAZÓN LA SOLIDEZ DE SU ORGANIZACIÓN

La tercera aportación del Apostolado de la Oración a la devoción al Corazón de Jesús es la organización que aumenta su fuerza y la hace más duradera y estable. En las obras que dependen de un Director decaen con facilidad, no en cambio en aquellas obras organizadas en las que los miembros activos dan continuo impulso a unos y otros y mantienen así en el cuerpo entero el movimiento vital. El Director actúa con la ayuda de los Celadores.

Por otra parte, dice que donde las Congregaciones del Corazón de Jesús están organizadas, el Apostolado de la Oración las anima en su espíritu, y donde no existen suple su defecto con notable éxito.

Tal es la Santa Alianza del Corazón de Jesús: es un ejército, cuyos jefes son los Prelados de la Iglesia y los pastores de las almas; los oficiales son los Celadores y los soldados son los cristianos que pretenden el glorioso título de **amigos de su divino Salvador**.

Entendedlo, pues, bien, dice el P. Ramière, **crístianos: el Apostolado de la Oración no os pide otra cosa sino que tratéis con vuestro Dios como un verdadero amigo**.

9. LA DEVOCIÓN AL CORAZÓN DE JESÚS NO COMO DE SIERVOS O DE MENDIGOS, SINO COMO DE AMIGOS

Antes, acaso practicabais la devoción a su Sagrado Corazón como siervos, como mendigos; no pensabais más que en recibir los dones de su bondad; acudíais a este benéfico Dueño con la mano siempre tendida; de aquí en adelante no cesaréis de esperar de su infinita

bondad su gracias que está dispuesta a daros con mucha mayor abundancia; pero no os contentaréis con tenderle la mano; estrecharéis la mano que Él mismo os presenta como amigos; y como verdaderos amigos, os interesaréis en todo lo que le interesa.

Según la recomendación de San Pablo, sentiréis todo lo que siente; dividiréis sus gozos y sus tristezas; vuestro corazón será herido por los agravios que reciba; su triunfo será el único objeto de vuestros deseos; pondréis a la disposición de su amor toda vuestra influencia; os

armaréis para defender su causa con todas las armas que estén en vuestro poder y como hay un arma que está al alcance de todos los los cristianos y que en todos pueden manejar en todo tiempo, **el arma de la oración**, todos usaréis en todos los tiempos de esta arma invencible para la defensa de la causa de Dios.

La recompensa que se tiene es poder llamarse **amigo de Dios**. Y con ello sentarse en su Trono y comer a su mesa en el Reino del Padre.



P. Enrique Ramière S.I.

SERMÓN DEL P. ENRIQUE RAMIERE

EL APOSTOLADO DE LA ORACIÓN, APOSTOLADO DEL SAGRADO CORAZÓN

PRESENTACIÓN

El P. Enrique Ramière, divulgador y organizador genial, profundo y al mismo tiempo práctico, que supo mirar la historia a través de la ciencia Sagrada y, profundizando en las causas de aquella, hallar la disposición divina aun en los sucesos más adversos, fue uno de aquellos jóvenes estudiantes de filosofía, que escucharon de labios del P. Javier de Gautrelet, la famosa plática de 3 de diciembre de 1844, que ha merecido un centenario y ha sido el principio del Apostolado de la Oración.

Su amor a la Iglesia, al Sagrado Corazón y las almas, no le dejaron reposar.

Hubiera querido unir a todos los hombres en la única verdadera Iglesia y obligarlos a entrar por la llaga del costado de Cristo hasta tropezar con su Sagrado Corazón, para que estableciesen allí su morada; y que recorriesen el camino de mano de la Stma. Virgen.

El espectáculo del mundo católico desunido y del mundo incrédulo y enemigo de la Iglesia, empeñado en un esfuerzo gigantesco y solidario para destruir a ésta, conmovían las fibras más íntimas del alma del P. Ramière.

En el Apostolado de la Oración, halló el vínculo que aunara los esfuerzos de todos para conseguir un fin común: el establecimiento del Reino de Dios.

Encontró además en él un medio omnipresente: la oración; el máximo sentimiento: la oración al Sagrado Corazón Eucarístico de Jesús por medio de María; la norma de vida más perfecta y el compendio de toda la religión: la devoción al Sagrado Corazón; el dinamismo necesario para la lucha: la entrega activa de todo el hombre a los intereses de la Iglesia.

Quiso Dios que el P. Enrique Ramière fuera nombrado Director General del Apostolado de la Oración en 1861 y puso manos a la obra.

De los frutos recogidos nos habla elocuentemente la historia del Apostolado de la Oración, y en especial la consagración universal de la Iglesia en 1875 al Sagrado Corazón, que fue debida a la labor del P.

Ramière.

Este hombre extraordinario, conocía perfectamente nuestra lengua castellana, porque parte de sus estudios los había hecho en España a causa de las difíciles circunstancias político-religiosas por las que atravesaba entonces su país. Otros muchos religiosos que abordaron con el mismo fin a España terminaron sus estudios y entraron en Francia, sin conocer el castellano. El P. Ramière, por el contrario, llegó a dominarlo.

Hacia el final de su vida, por el año 1883, celebraba la villa de Bilbao los 150 años del primer sermón que se había predicado en España sobre el Sagrado Corazón, y que había sido pronunciado por el P. Agustín Cardaveraz, en la misma villa, en la parroquia de San Antonio Abad.

Entre los actos de conmemoración figuraba un triduo y de uno de los sermones de este triduo, se hizo cargo el P. Ramière.

No sabía él que aquél sermón sería de los últimos de su vida, pues murió en 1884, y desde luego la última conferencia en castellano.

Las palabras, recomendaciones y resumen del sentir encerradas en el sermón de un gran pensador que va a morir, es lo que el lector encontrará impreso en estas páginas.

Recibamos la lección última de un hombre santo para no sólo aprenderla sino cumplirla.

EL APOSTOLADO DE LA ORACIÓN, PRÁCTICA LA MÁS EXCELENTE Y ÚTIL DE LA DEVOCIÓN AL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS

MOTIVO Y CIRCUNSTANCIAS DE LA CONFERENCIA

Es para mí un consuelo grande, hermanos míos muy amados, poder celebrar las alabanzas del Corazón de Jesús en la misma Villa en que, por la primera vez en España, ciento cincuenta años ha, se predicó la devoción

a este amabilísimo Corazón; en la misma iglesia donde tantas veces el seráfico P. Agustín Cardaveraz fue favorecido con sus milagrosas comunicaciones (1); delante de los dignos descendientes de los fervorosos cristianos, que correspondieron con tanta fidelidad al evangélico celo del apóstol del Corazón de Jesús, P. Pedro Calatayud.

Estos recuerdos tan dulces para un hijo de San Ignacio, me dan ánimo para anunciaros, aunque en lengua muy imperfectamente conocida, el mensaje del que me ha encargado el Sagrado Corazón de Jesús.

Debo añadir que la paternal bondad con que vuestro ilustrísimo y piadosísimo Prelado ha recibido este mensaje, y lo ha sancionado con su autoridad, me es un augurio cierto de la buena acogida que puedo esperar de vosotros.

INVITACIÓN A FORMAR PARTE DEL APOSTOLADO DE LA ORACIÓN. SU FIN Y VENTAJAS

¿Y cuál es este mensaje? ¿Qué es lo que he de proponeros, amados hermanos míos, de parte del Corazón de Jesús? Os voy a invitar de su parte a que os hagáis sus soldados y sus apóstoles, echando mano, para defender su causa, de la más poderosa de todas las armas; y, para propagar su gloria, del más eficaz de todos los instrumentos del Apostolado: a que seáis sus auxiliares en la más divina de sus obras, cooperando con Él a la salvación de las almas; a que hagáis contribuir, para este fin tan excelente, todas vuestras oraciones, todos vuestros padecimientos voluntarios e involuntarios, todas vuestras acciones, aun las más indiferentes en sí mismas: haciendo esto, al mismo tiempo que será vuestra vida muy fructuosa para vuestros hermanos, lograréis que sea también muy meritoria para vosotros mismos.

Este es el fin y algunas de las ventajas que obtendréis ingresando en la Alianza del Corazón de Jesús, que se llama **Apostolado de la Oración**.

EL APOSTOLADO DE LA ORACIÓN ES UNA DE LAS PRÁCTICAS MÁS PERFECTAS DE LA DEVOCIÓN AL SAGRADO CORAZÓN

Y para gozar de estas ventajas ¿qué tendréis que hacer? ¿Será preciso añadir más oraciones y nuevas prácticas a las que ya habéis adoptado? No, hermanos míos; sino que entre todas, practiquéis con mayor esmero la más saludable de todas las devociones, la devoción

al Sagrado Corazón de Jesús.

Esto es lo que hoy deseo y espero haceros entender bien. El Apostolado de la Oración no es una devoción diversa de la devoción al Sagrado Corazón de Jesús; pero es una de las prácticas más perfectas y más útiles, por no decir la más útil y perfecta, de esta saludable devoción.

No tendréis acerca de esto ninguna duda si os puedo demostrar que el Apostolado de la Oración es eminentemente el Apostolado del Corazón de Jesús; y que los verdaderos amigos de este divino Corazón no pueden manifestarle mejor su amor y su celo, que uniéndose a Él en el ejercicio de aquel Apostolado.

I

EL APOSTOLADO DE LA ORACIÓN ES EL APOSTOLADO DEL SAGRADO CORAZÓN

QUÉ SE ENTIENDE POR APOSTOLADO

Para convencersos de que el Apostolado de la Oración es eminentemente el Apostolado del Corazón de Jesús, basta entender qué es el Apostolado.

Este nombre conviene a toda obra cuyo fin y efecto es la salvación de las almas. Hay, pues, tantas especies de Apostolado cuyos medios han de trabajar eficazmente en la salvación de los redimidos. La predicación es un apostolado, porque siendo la fe el principio de la salvación y entrando generalmente en el alma por los oídos, *fides ex auditu*, los que se consagran a este ministerio son instrumentos eficaces de la divina gracia y cooperan verdaderamente a que ésta se comunique a los hombres. Por la misma razón, la administración de los Sacramentos por los ministros de Cristo, el gobierno de la grey del Señor por sus pastores, son obras apostólicas.

NO SÓLO LA PREDICACIÓN Y LAS OBRAS APOSTÓLICAS SON APOSTOLADO. EL APOSTOLADO DE LA ORACIÓN ES EL APOSTOLADO PROPIO DEL SAGRADO CORAZÓN

Pero estos ministerios exteriores no son los solos verdaderos apostolados, como muchos se lo persuaden;

(1) Este sermón del P. Ramière, fue pronunciado en la que es hoy Parroquia de los Santos Juanes y antaño fue iglesia del Colegio de la Compañía de Jesús.

y a los que están en esta persuasión, les bastaría, para desengañarse, entender lo que dicen cuando dan a la Santísima Virgen el título de Reina de los Apóstoles. No es éste ciertamente un vano título: María Santísima contribuyó mucho más que todos los Apóstoles juntos a la salvación de los hombres. Y sin embargo no predicó jamás: no administró ningún Sacramento, ni ejerció obra alguna exterior propia del ministerio apostólico.

Otra prueba más concluyente nos suministra el mismo divino Salvador. Nadie puede dudar que todas sus obras fueron apostólicas, y sin embargo le vemos dedicar la mayor parte de su vida a obras que no parece tener por sí mismas ninguna relación con la salvación de las almas.

El Apostolado de la palabra no empezó a ejercerlo hasta la edad de 30 años; pero mucha antes había procurado nuestra salvación por el apostolado del ejemplo: *Caepit Jesus facere et docere*, nos dice el Sagrado texto: Empezó Jesús a hacer y enseñar. Naciendo en Belén, desde su cuna, predicaba más elocuentemente con su pobreza y sus lágrimas que los predicadores con sus más elocuentes discursos. ¿Y acaso fue este el principio de su apostolado? ¿No había empezado antes de nacer a trabajar muy eficazmente en nuestra salvación? ¡Sí, por cierto! el primer teatro de su apostolado fue el seno de su Madre Santísima; y allí trabajó tan fructuosamente, que antes de nacer hubiera podido subir al cielo, sin que nada faltase al mérito infinito de nuestra redención. ¿Y por qué medio habría alcanzado tan poderosamente su fin? Sus labios estaban cerrados, su cuerpo estaba sin movimiento, no podía hacer ninguna acción visible. Pero su Corazón tenía ya toda su inmensa actividad, y la usaba orando por nuestra salvación, ofreciéndose como víctima a la Justicia de su Padre, adorando su divina majestad, dándole gracias por sus beneficios, expiando nuestros pecados, implorando las gracias que necesitamos, ejerciendo perfectamente todos los actos del apostolado de la oración.

Veis, amadísimos hermanos, con cuánta verdad he podido decir que aquel apostolado es el apostolado propio del Corazón de Jesús. Y ahora puedo añadir, entre todos los apostolados a éste pertenece el primado, bajo más de un concepto.

FUE EL PRIMERO EN CUANTO AL TIEMPO

Fue el primero en *cuanto al tiempo*: pues como hemos demostrado, precedió a todos los otros, cumpliendo la divina misión del Hijo de Dios antes que interviniesen los otros apostolados. Ya por él sólo, la divina majestad fue dignamente adorada; ya por él habían sido

dadas a la divina bondad gracias iguales a sus beneficios; ya nuestros pecados estaban expiados y nuestras almas redimidas, antes que los otros apostolados hubiesen contribuido a alcanzar estos fines de la encarnación del Hijo de Dios.

EL MÁS CONTINUO

El Apostolado de la Oración fue el *más continuo* de los apostolados del Hijo de Dios. Aún después de haber empezado su predicación no podía ejercer continuamente este misterio. Es verdad que no se contentaba con predicar en las sinagogas y en las ciudades; pues cada vez que se veía rodeado de gente dispuesta a oírle, en los caminos, en los mismos desiertos, no se cansaba de anunciar los misterios del reino de su Padre. Pero por incansable que fuese su celo, por la noche al menos interrumpía su predicación: en cuanto a su apostolado de oración ni aun la noche lo interrumpía: *Erat pernoctans in oratione Dei*. Pasaba las noches en oración, y al mismo tiempo que su boca hablaba de Dios a los hombres, su corazón hablaba de los hombres a Dios, e intercedía por su salvación. De modo que, desde el primer momento de la existencia de este divino Corazón hasta el momento presente, su apostolado de oración no ha sido interrumpido ni un solo instante.

EL MÁS DURADERO

Este apostolado, en efecto, no duró solamente, como los otros, todo el tiempo de la vida mortal del Salvador: como había sido el primero y el más continuo fue también el de **mayor duración**. Llegó un tiempo en que el Hijo de Dios no pudo ya ni hacerse oír de los hombres, ni trabajar visiblemente por su salvación, porque su eterno Padre le llamaba para gozar en el cielo de la gloria que había conquistado con sus trabajos; y entonces abdicó sus otros apostolados en las manos de sus ministros. Continúa siempre instruyéndose e iluminando nuestras mentes; pero lo hace por la boca de los predicadores: Él es quien da la gracia contenida en los Sacramentos; pero lo da por mano de los sacerdotes. Él es quien gobierna la Iglesia; pero la gobierna por la autoridad de su Vicario y de los otros Prelados.

EL QUE EJERCE ACTUALMENTE

Un solo apostolado se ha reservado; y aunque nos llama a ejercerle con él, quiere ejercerle por sí mismo y lo ejercerá hasta el fin de los siglos: el Apostolado de la Oración: *Semper vivens ad interpellandum pro*

nobis. Vive siempre, dice San Pablo, para interceder por nosotros.

Esta es su ocupación presente, su función nunca interrumpida; este es su estado actual. Si queremos hablarle donde él mismo está, ver lo que hace, unirnos actualmente con él, allí le debemos buscar, debemos considerar su incesante súplica.

Este misterio es el que ha sucedido a todos los misterios de su vida, pasión y muerte; el que los cumple todos y nos trasmite el fruto de todos; y cuando los otros han durado un tiempo relativamente breve, este durará hasta el fin de los siglos.

II

ES LA FORMA MÁS PERFECTA DE LA DEVOCIÓN AL SAGRADO CORAZÓN

Lo que he dicho hasta aquí bastaría para probar no solamente que el Apostolado de la Oración es el apostolado propio del Corazón de Jesús, sino que debe ser también el apostolado de todos los verdaderos amigos de este amabilísimo Corazón. Ahora no debe parecernos exagerado lo que antes no me atrevía a afirmar: que es la forma más perfecta de la devoción al Sagrado Corazón de Jesús, a la cual da al mismo tiempo toda la verdad de su objeto, toda la perfección de su fin y toda la solidez de su organización.

Pocas palabras bastarán para probarlo.

¿Cuánto podremos lisonjearnos de honrar al Sagrado Corazón *in spiritu et veritate*, con el verdadero espíritu de esta tan excelente devoción?

HACE VER AL SAGRADO CORAZÓN COMO REALMENTE ESTÁ

Cuando le veamos como verdaderamente está; cuando nos penetremos en sus sentimientos; cuando entremos con Él en las relaciones que desea tener con nosotros. Esto es lo que no saben hacer muchos cristianos, aun entre los que pretenden ser devotos del Corazón de Jesús. Su devoción se ocupa más de la imagen de este divino Corazón que del Corazón mismo. Cuando piensan en Él, lo consideran mucho más en lo pasado que en lo presente. Se acuerdan de lo que hizo por ellos diecinueve siglos ha; pero no saben persuadirse bastante que este divino Corazón ahora mismo está pensando en ellos, deseando su felicidad, ocupándose en sus intereses. Lo consideran como si estuviera ausente, y no sienten que está presente, cuando nos está más presente

que las personas con quienes estamos más unidos. esto es ciertamente uno de los dañosos obstáculos a la unión de nuestros corazones con el Corazón de Jesús. El Apostolado de la Oración remueve este obstáculo; nos hace ver el Corazón de Jesús como es realmente ahora mismo; nos lo muestra orando continuamente por nosotros, suspirando por nuestra felicidad y ofreciéndonos, a cada momento, la gracia que nos alcanza por su perpetua súplica.

BUSCA LA AMISTAD DEL HOMBRE CON DIOS

Con la perfecta verdad de su objeto la devoción al Sagrado Corazón de Jesús, practicada de este modo, adquiere el poder de conseguir cumplidamente su fin.

¿Cuál es éste? Me parece que no se puede definir mejor que valiéndonos de las palabras del mismo Salvador, diciendo que está destinado a satisfacer plenamente el deseo que expresaba a sus apóstoles cuando les decía: *iam non dicam vos servos... vos autem dixi amicos*: no quiero llamaros mis siervos, el nombre de mis amigos es el solo que os quiero dar. Establecer con los hombres una comunicación de verdadera amistad, era el fin principal que el Hijo de Dios se proponía cuando bajó del cielo; y a la devoción a su Sagrado Corazón se debe ayudar a conseguirlo.

EN QUÉ CONSISTE LA AMISTAD

¿Y en qué consiste la amistad? ¿En qué difiere del amor que el mercenario debe a su señor, o del que tiene el mendigo al rico, de quien espera una abundante limosna? Difiere en esto: que estos últimos amores son interesados, cuando la esencia de la amistad consiste en ser desinteresada; no porque la amistad sea incompatible con el gozo de los consuelos y ventajas que los amigos se procuran mutuamente por su unión; sino porque estas ventajas no son el motivo de la amistad. No se ama al amigo por sus beneficios, antes bien se aman los beneficios principalmente a causa del amigo que los da.

La idea de la verdadera amistad nos la da San Pablo cuando refiere lo que llama palabra del Señor Jesús, *verbi Domini Jesu*, palabra que aunque omitida por los Evangelistas, ella sola resume y explica todo el Evangelio. ¿Cuál es esta palabra?: que más bienaventurado es dar que recibir. *Beatus est magis dare quam accipere*.

Esta ha sido la regla que ha dirigido al Señor en su modo de haberse con nosotros. Si se hubiera movido por sus propios intereses nunca hubiera bajado del cielo: porque sabía muy bien que no podía recibir nada de nosotros, sino persecuciones y agravios. Nunca hubiera instituido el Sacramento que, reteniéndole en medio de

los hombres, le expone de nuevo a su malicia y a su ingratitud.

CÓMO LA REALIZA EL SAGRADO CORAZÓN

Todo esto lo preveía; pero sabía que si no podía recibir nada de nosotros, podía darnos mucho; y como para su Corazón infinitamente generoso «más bienaventurado es dar que recibir», bajó del cielo, se despojó de su gloria, nos dio todo lo que poseía, se dio a sí mismo todo entero, se entregó en nuestras manos: a nosotros que éramos sus enemigos nos dio la prueba mayor de amor que un amigo puede dar; y todo esto con la sola esperanza de que nosotros, para corresponder a un amor, le tratáramos como amigo.

Decidme, amadísimos hermanos: ¿podemos negarnos a satisfacer un deseo tan justo? ¿Quiénes son entre nosotros los que no quieren ser amigos del divino Redentor, que dio su sangre por comprar nuestra amistad? Estoy cierto que no habrá uno solo entre vosotros. Todos vosotros me preguntáis lo que debéis hacer para mostraros verdaderos amigos de vuestro Dios.

EL APOSTOLADO DE LA ORACIÓN DA AL HOMBRE EL MEDIO DE IMITAR A DIOS EN SU AMISTAD

El Apostolado de la Oración responde a esta pregunta; pues os da el medio de seguir, en vuestras relaciones con Dios, la misma regla que él ha seguido en sus relaciones con vosotros. No os impide pedir a su divino Corazón las gracias que necesitáis y que él solo puede daros; pero si sois sus verdaderos amigos, no podréis contentaros con recibir los dones de su bondad. ¿Queréis darle algo en retorno, gozar con él de esa bienaventuranza que consiste en dar, más que en recibir? ¿Y qué le podéis dar? Practicando el Apostolado de la Oración le podéis dar lo que él más desea recibir, lo que tiene más precio a sus ojos: podéis darle almas, esas almas, por las cuales trabajó y padeció tanto.

ES UN DON DEL MISMO SAGRADO CORAZÓN

Él mismo nos dio este poder al prometernos que obtendríamos todo lo que pidiéramos en su nombre. Ciertamente no exceptuó de esta promesa las oraciones que haríamos por la salvación de nuestros hermanos; esas, por el contrario, son a las que se refiere más directamente la promesa de nuestro Señor; pues no hay oraciones que mejor puedan decirse hechas en el nombre del Salvador,

que las que se hacen por la feliz realización de su obra, por la salvación de las almas.

LA PROMESA NOS ASEGURA EL FRUTO

Diciéndonos pues esta promesa, nos asegura que ciertas gracias, merecidas por sus oraciones y por su muerte, serán concedidas en mayor o menor abundancia según que unamos con mayor o menor fervor nuestras oraciones a las suyas. A cada oración, con este fin hecha, responderá una gracia concedida a alguna alma. No podemos estar seguros de la última eficacia de estas gracias, porque depende en parte de la libre cooperación del hombre; pero ¿cómo podemos dudar de que si todos los días hacemos llover con abundancia las gracias de salvación sobre las malas, algunas de estas gracias producirán su efecto, y llevarán al cielo almas que sin ellas se hubieran condenado para siempre?

SUPONE GLORIA PARA NOSOTROS Y AMOR POR PARTE DE DIOS

¡Y si alcanzamos esto; qué gloria para nosotros! ¡qué seguridad de nuestra propia salvación! ¿qué don más precioso podíamos dar en retorno al que todo nos lo dio?

¿No es esta, hermanos míos, la muestra más insigne que ha podido darnos de su amor? ¿Asociarnos a su obra más divina, conferirnos a todos el poder de cooperar eficazmente al éxito de su empresa, y aumentar en algún modo, no intrínsecamente, pero sí en sus últimos efectos, la fecundidad de su sangre divina?

LA VIDA CONVERTIDA EN ORACIÓN

Y notad que esta maravillosa virtud del Apostolado de la Oración no pertenece solamente a las oraciones propiamente dichas, vocales o mentales. Hemos visto que el Corazón de Jesús no ejercía únicamente aquel apostolado cuando formalmente oraba, sino también cuando su cuerpo y su mente estaban ocupados en otras cosas, por la intención con que animaba todas sus obras. Lo mismo podemos hacer también nosotros. Animando todas las acciones del día con esta misma intención, las haremos apostólicas, y les daremos la doble virtud de ser muy eficaces para la salvación de nuestros hermanos, al mismo tiempo que serán mucho más meritorios para nosotros mismos, que si hubieran sido animadas del solo deseo de nuestra propia salvación.

He podido, pues, deciros con toda verdad, que entrando en el Apostolado de la Oración no tendréis que añadir otras oraciones y nuevas prácticas a las que ya habéis adoptado. El solo propósito que deberéis hacer será añadir en la

oración de la mañana el ofrecimiento de las oraciones, obras y trabajos del día a las intenciones del Corazón de Jesús. Este ofrecimiento que puede hacerse en un instante, bastará, si se hace bien, para obtener todas las preciosas ventajas que hemos dicho y otras muchas que sería largo referir.

LA ORGANIZACIÓN

He añadido que practicando, según la forma del Apostolado de la Oración, la devoción al Corazón de Jesús adquiere una organización que aumenta mucho su fuerza, y la hace más duradera y estable.

Entre una obra organizada y otra que no lo está, hay la diferencia de un ejército a una multitud que va en tropel y en desorden. El ejército debe su fuerza mucho más a la solidez de su organización que al número de soldados. Así sucede también con las obras: las que no tienen otro vínculo que la inscripción de sus miembros en un registro, y su reunión en ciertos días, pueden florecer algún tiempo bajo la influencia de un Director celoso; pero fácilmente decaen: muy de otra manera sucede en las obras organizadas, en las cuales, como en el cuerpo humano, los miembros más activos dan continuo impulso a los otros, y mantienen en el cuerpo entero el movimiento vital. Allí el celo del Director no obra sólo secundado por la actividad de los Celadores, puede sin fatigarse tanto obtener mucho más fruto; y si falta, su ausencia momentánea se halla suplida por la acción de sus auxiliares, y no se expone la obra al inminente peligro de decaer.

Este es el tercer género de servicio que el Apostolado de la Oración hace a la devoción del Sagrado Corazón de Jesús. Donde las Congregaciones de este divino Corazón están organizadas, se contenta con animarlas de su espíritu; y donde no existen, suple a su defecto por alguno de los medios usados con notable fruto en donde el Apostolado ha sido establecido.

CÓMO ES EL APOSTOLADO

En todas partes esta Santa Alianza del Corazón de Jesús llama a sí a los Cristianos, animados del verdadero celo de la gloria de su Señor y de ardiente deseo de glorificarle y promover sus divinos intereses. Los reúne en Juntas de Celadores y por esta misma unión centuplica las fuerzas,

que el aislamiento hubiera paralizado. Guiados por la autoridad del clero, y sostenidos por su eficaz apoyo, aquellos auxiliares aumentan a su vez su influencia y lo ayudan eficazmente a hacer lo que abandonado a sí mismo nunca hubiera hecho.

Tal es la Santa Alianza del Corazón de Jesús: es un ejército, cuyos jefes son los Prelados de la Iglesia y los pastores de las almas; los oficiales son los Celadores, y los soldados son los cristinos que pretenden el glorioso título de amigos de su divino Salvador.

EL PREMIO

Entendedlo bien, cristianos: el Apostolado de la Oración no os pide otra cosa sino que tratéis con vuestro Dios como un verdadero amigo. Antes, acaso practicabais la devoción a su Sagrado Corazón como siervos y como mendigos; no pensabais más que en recibir los dones de su bondad; acudíais a este benéfico Dueño con la mano siempre tendida: de aquí en adelante no cesaréis de esperar de su infinita bondad sus gracias que está dispuesto a daros con mucha mayor abundancia; pero no os contentaréis con tenderle la mano; estrecharéis la mano que Él mismo os presenta como a amigos; y, como verdaderos amigos, os interesaréis en todo lo que interesa. Según la recomendación de San Pablo, sentiréis todo lo que siente; dividiréis sus gozos y sus tristezas; vuestro corazón será herido por los agravios que reciba; su triunfo será el único objeto de vuestros deseos; pondréis a la disposición de su amor toda vuestra influencia; os armaréis para defender su causa con todas las armas que estén en vuestro poder; y como hay una arma que está en el poder de todos los cristianos aun de los más débiles, una arma que todos pueden manejar en todos los tiempos, la arma de la oración, todos usaréis en todos los tiempos de esta arma invencible para la defensa de la causa de Dios.

¿Y qué remuneración podremos esperar, por nuestros servicios, de aquel jefe tan generoso? La primera, que ya bastaría para recompensar superabundantemente todos nuestros trabajos, es el honor y consuelo de poder llamarnos amigos de nuestro Dios. Pero esto no basta a su generosidad: a los que hayan combatido y vencido con él, promete hacerlos sentar en su propio trono, y comer a su mesa en el reino de su Padre. Así sea.

EL OBISPO MORGADES Y LA PROPAGACIÓN DEL APOSTOLADO DE LA ORACIÓN

fra Valentí Serra de Manresa, ofm cap.

No es la primera vez que la revista CRISTIANDAD se ocupa de la figura del obispo Morgades y su celo propagandístico a favor de la propagación de la devoción al Sagrado Corazón de Jesús, y de la fundación y consolidación del APOSTOLADO DE LA ORACIÓN en los territorios hispanos (1). La riqueza del tema y la oportunidad del 150 aniversario de la fundación, cerca del Santuario de Ntra. Sra. del Puy, en Francia, el día 3 de diciembre de 1844 (fiesta de San Francisco Javier) del Apostolado de la Oración, nos brinda la posibilidad de retomar tan sugestivo tema, y analizar la gran importancia del esfuerzo del Dr. Morgades por canalizar, a través de la difusión del Apostolado de la Oración, la devoción popular al Sagrado Corazón, que ya en el siglo XVIII, había tenido una gran acogida en Cataluña (2). Morgades consagró todos los esfuerzos de su celo pastoral para propagar la devoción y culto al Sagrado Corazón a través del Apostolado de la Oración; institución que pudo conocer muy de cerca durante su larga estancia en los territorios del Sur de Francia, en aquellos años difíciles de persecución y anticlericalismo suscitados por los acontecimientos revolucionarios de la «septembrina», cuando se proclamó la I República española. Durante este exilio, Morgades fue testigo de excepción de la fecundidad del ministerio que realizaba el P. Ramière, a través del «Apostolado de la Oración», como antídoto eficaz a las desviaciones originadas por la Revolución Francesa. Retornado a Barcelona, José Morgades se apresuró a preparar la traducción de la cuarta edición francesa del libro *El Apostolado de la Oración*, escrito por el P. Ramière (3), edición que iba precedida por el breve de aprobación del Papa Pío IX (del 26 de febrero de 1861), y de la recomendación de muchos obispos y superiores generales de diversas congregaciones religiosas. Morgades, consciente de la gran verdad contenida en una carta del obispo de Tarbes (Lourdes) a propósito de la eficacia del Apostolado de la Oración, en la cual afirmaba que, «*por muy enfermas que estén las naciones, el Señor las declara curables; ningún medio más eficaz que la difusión de la plegaria, tal como indica la excelente obra que da a conocer el libro del P. Ramière*» (4), se decidió Morgades a pedir,

con urgencia, los permisos necesarios a Mons. Pantaleón Montserrat, entonces obispo de Barcelona, para poder fundar en la diócesis barcelonesa las asociaciones del Apostolado de la Oración. Así se expresaba el Dr. Morgades en carta del 20 de mayo de 1865 a su obispo:

«el desbordamiento cada día mayor del error y la mentira amenazan seriamente el orden religioso, y por lo mismo social. No nos queda más recurso que la oración para alcanzar que el Santo Nombre de Dios sea glorificado. En esta necesidad de la oración estriba el APOSTOLADO de su mismo nombre que tengo el honor de

(1) El Dr. J. Bonet i Baltà, en ocasión de la celebración, en Barcelona, del «I Congreso Internacional sobre el Sagrado Corazón de Jesús» publicó en esta misma revista un sabroso artículo sobre el Dr. Morgades y la fundación del Apostolado de la Oración en Barcelona, el año 1865. Vg. *Cristiandad* núm. 369, vol. XVIII (Barcelona, nov. 1961), pp. 216-221 que, algunos años más tarde, desarrolló en el Cap. VI de su voluminoso estudio: *L'Església catalana, de la Il·lustració a la Renaixença* (Montserrat 1984), pp. 641-658.

(2) Lo prueba, por ej., una serie de sermonarios manuscritos inéditos sobre el Sagrado Corazón, predicados por religiosos capuchinos durante el siglo XVIII, que se conservan en la sección «Predicación» de l'Arxiu Provincial dels Caputxins de Catalunya y, también, lo prueba el prólogo del devocionario titulado: *Pràctica de la devoció al Santíssim Cor de Jesús* (Barcelona, 1847), en el cual, el anónimo jesuita, explicita que: «*la suavíssima y piadossísima devoció al Sacratíssim Cor de Jesús, se ha introduhit ja per la divina misericòrdia en aquest Principat de Cathalunya, de modo que, ja desde lo any 1736, en que's comensá ab la solemne festa que cada any celebra lo il·lustríssim Senyor Arquebisbe de Tarragona, apenas queda avui vila ò població en que no se celebre la festivitats del Santíssim Cor de Jesús*» (Vg. o.c., p. III).

(3) Vg. E. RAMIÈRE, *El Apostolado de la Oración. Santa liga de los corazones cristianos unidos al Corazón de Jesús para obtener el triunfo de la Iglesia y la salvación de las almas. Cuarta edición francesa. [...] Traducida por primera vez en España* [por el Dr. José Morgades y Gili], con permiso del autor, y con aprobación y licencia del Exmo. é Ilmo. Sr. Obispo de Barcelona. Barcelona, Imp. Magriñá & Subirana, 1865, LI + 455 pp.

(4) Vg. Carta de Mons. Beltran Severo, obispo de Tarbes, del 11 de junio de 1862. (Publicada por J. Morgades a *El Apostolado de la Oración*, Barcelona 1865, p. XLIII).

proponer a V.E.I., ofreciéndole y dedicándole traducidos al español, de la última edición francesa, del libro titulado Apostolado de la Oración, compuesto por el R.P. E. Ramière, de la Compañía de Jesús; pidiéndole permiso para publicarlo, como también todos los meses el Mensajero (sic) que se publica en Francia, pero aplicado a las costumbres y necesidades de España, y por último, la autorización para hacer conocer esta santa obra y difundirla [ya que] su organización, muy diferente a la común de una Congregación o Cofradía, no puede ser más sencilla, ni puede ser más fácil el cumplimiento de las condiciones del socio: basta una simple unión de intenciones, unir una o muchas veces al día nuestras intenciones a las intenciones del Corazón de Jesús» (5).

La respuesta del obispo no se hizo esperar y, complacido, autorizaba a José Morgades, con estos términos, la erección de las asociaciones del Apostolado de la Oración en las parroquias del obispado:

«comprendiendo toda la importancia que encierra el APOSTOLADO DE LA ORACIÓN, siendo muy conformes a las máximas fundamentales de la Religión Cristiana, y fáciles en su ejecución, aprobamos dicha asociación, y la tomamos bajo nuestra protección y solicitud pastoral. Autorizamos al Dr. José Morgades y Gili, Canónigo Penitenciario de Nuestra Santa Iglesia, para que pueda planearla en la capital y parroquias del obispado» (6).

A partir de esta estimulante aprobación del prelado diocesano, Morgades se convertiría, no solamente en el fundador del Apostolado de la Oración en los territorios hispanos, sino en el más entusiasmado «mensajero» del Corazón de Jesús en nuestras tierras predicando, a gran diversidad de parroquias, las excelencias de la devoción al Sagrado Corazón de Jesús, con la finalidad de promover el progreso espiritual de los fieles y, también solucionar eficazmente la difícil configuración que tomaba la sociedad europea que, con obstinación, se decantaba hacia el materialismo y a la incredulidad. La versión que Morgades hizo de la obra del P. Ramière tuvo una gran aceptación popular, y cuajó admirablemente en la mentalidad de los catalanes de finales de siglo y primeras décadas del presente quienes, dotados de gran pragmatismo, encontraron muy bien estructurada el contenido de la obra publicada en tres

partes muy bien armonizadas:

I. *Naturaleza y eficacia del Apostolado de la Oración. Fuentes de dónde saca su eficacia* (la Oración, la asociación, la unión al Corazón de Jesús, especialmente, a través de la Sagrada Comunión como medio de renovar la vida de Jesucristo en nosotros, y de unir más íntimamente nuestras oraciones a las suyas).

II. *Oportunidad del Apostolado de la Oración* (y ventajas sociales del mismo).

III. *Organización del Apostolado de la Oración.*

Los frutos suscitados por esta triple estructuración a nivel interior de los asociados, pronto tuvieron una dimensión social y externa y, en este sentido, el año 1883, un año después de ser nombrado José Morgades obispo de Vic, el nuevo prelado vicense bendecía la primera piedra del Santuario Expiatorio de Puig-Agut, el primero de la Península Ibérica, inaugurado solemnemente tres años después, el 18 de febrero de 1886, con los deseos de inflamar la diócesis con el fuego de amor que brota del Corazón de Cristo, el único capaz de regenerar aquella sociedad.

Otro momento histórico de gran trascendencia sociorreligiosa y espiritual, fue la magna concentración de los miembros del Apostolado de la Oración en Montserrat, en octubre de 1896, para inaugurar uno de los Misterios monumentales del Santo Rosario ubicados en Montserrat; en dicho acto asistieron los prelados de las diócesis catalanas, y más de doce mil romeros que, bajo unos idénticos ideales de fe y patria, aglutinaba personalidades tan significativas en la configuración de Cataluña, como Puig i Cadafalch (que elaboró el proyecto del monumento); Amadeu Vives (que hizo la composición musical del *Himne a l'Apostolat de l'Oració*, estrenado en aquella circunstancia); el escultor Josep Llimona (que modeló la imagen del Crucificado), y la brillante participación del Orfeó Català que pidió que fuera bendecido su nuevo estandarte mientras se cantaba el *Cant de la Senyera*, con letra de Joan Maragall i música de Lluís Millet (7). El éxito de los actos del

(5) Carta de D. José Morgades al obispo Pantaleón Montserrat. Barcelona, 20 de mayo de 1865.

(6) Carta del Obispo Pantaleón Montserrat al Dr. Morgades, Barcelona 7 de junio de 1865.

(7) Una extensa crónica de estos actos lo hallamos en la revista que dirigía Félix Sardá y Salvany: *Revista Popular*, n. 1349 (Barcelona, 26 oct. 1896) pp. 239-254.

Apostolado de la Oración en Montserrat el año 1896 confirmaban que, Morgades, no se había equivocado en sus intuiciones, y que, con creces, se había conseguido su propósito: «en esta Santa Cruzada, destinada a hacer triunfar la causa de Dios en el mundo», se pudiese consolidar la «Renaixença» catalana en la solidez de la

fe cristiana, «les arrels cristianes de Catalunya». La ilustración que acompaña el texto es la reproducción de la primera edición dels «Goigs» de Puig-Agut que, por mandato del Dr. Morgades, se publicaron a inicios de 1897, en la «Tipografía Católica» de Barcelona, con letra de Ramón Madirolas y música del Maestro Candi.

COBLAS DESCRIPTIVAS

DEL PRIMER TEMPLE DEFIATORI EN ESPANYA DEDICAT AL SACRAT COR DE JESU.

EN LO CIM DE PUIG-AGÜT,

Terme y Parroquia de Manlleu, Torelló y Sant Martí Sas cortó,

BISHAT DE VICH.

<p style="text-align: center;"><i>Font de la vida, niu del amor,</i></p> <p style="text-align: center;">I.</p> <p>Tagamanent, Munts y Cabrera te aquí en creuhera l' Omnipotent; y ja en Creu alta al cim, Bellmunt, per lema esmalta d' inni lo punt.</p> <p style="text-align: center;">II.</p> <p>Dèu ha volgut per claus, hermitas respectius fitas dret Puig-agüt: com cers que guia volt son Imant, p' el Nort, Mitjdia, Ponent, Llevant.</p>	<p style="text-align: center;"><i>per la ferida volqueu'ns al Cor.</i></p> <p style="text-align: center;">III.</p> <p>Si aixís se han vist eixas Capellas, des de aquí á n' ellas lo Cor del Crist Torelló abrassa, Sascorts, Manlleu y Espanya en massa de mans en creu.</p> <p style="text-align: center;">IV.</p> <p>Aquí en visual d' enginy la argucia, veu santa Lluçia passá est Pla oval. Medalla en terra per l' Infinit, de dreta á esquerra de amor ferit.</p>	<p style="text-align: center;">V.</p> <p>Lo Cor divt entre anclas finas toixit de espinas fa escala aquí, com nau formada per Jocabed, á est Nil anclada p' el cel de dret.</p> <p style="text-align: center;">VI.</p> <p>Si ab est joyell al mon se acosta, del Ter la costa se ha prés l' anell: així en la serra de Puig-agut los cels y terra junts s' han volgut.</p>
---	---	--



Madrid, 26 de enero de 1994

Estimado Padre:

He recibido su atenta carta del pasado día 20 de los corrientes, en la que me daba noticia de la presentación del libro "Carisma de Teresa de Lissieux", así como también los folios de firmas, solicitando del Santo Padre la declaración de la Santa como Doctora de la Iglesia.

Puedo asegurarle que, como me sugería, me he apresurado en transmitir al Santo Padre los pliegos de firmas.

Reciba con todo afecto mi más cordial saludo.


Mario Tagliaterra
Nuncio Apostólico

Rvdo. Padre Pedro Suñer S.J.
Fundación Balmesiana
c/ Durán y Bas, 9
08002 B A R C E L O N A

EL MAGISTERIO TOMISTA DEL P. ORLANDIS, S.I., APÓSTOL DEL CORAZÓN DE JESÚS (I)

De la revista «*Doctor Communis*», de la Pontificia Academia Romana de Santo Tomás, enero-abril 1994)

Eudaldo Forment

Miembro de la Pontificia Academia de Santo Tomás.
Catedrático de Metafísica de la Universidad de Barcelona

1. Genuina devoción al Corazón de Jesús

En el número de setiembre de 1958 de la revista *Cristiandad*, publicado a la memoria de Ramón Orlandis Despuig, S.O. (Palma de Mallorca, 1873-Sant Cugat, Barcelona, 1958), su conocido discípulo Francisco Canals Vidal, declara, en el escrito titulado «Continuador del Padre Ramière», el P. Orlandis: «era enemigo de 'especialismos' y ponía siempre en guardia contra el peligro de 'cerrarse', así en lo intelectual como en lo afectivo y vital. Y por esto era enemigo de la dispersión y de la pluralidad. Se interesaba por muchas cosas, o por mejor decir por 'todas'; pero insistió en el lema *plura ut unum*, en un esfuerzo constante hacia lo 'uno'» (1). En esta búsqueda de la unidad, logró «concebir la grandiosa visión del mundo, que fundamentada en la verdad revelada, recogía en síntesis unitaria las enseñanzas de San Ignacio y de Santo Tomás de Aquino, del P. Ramière y de Santa Teresita del Niño Jesús» (2).

Además, el P. Orlandis fundó en 1925 la Sección del Apostolado de la Oración, que denominó *Schola Cordis Iesu*, constituida por la Dirección Nacional del Apostolado de la Oración de España a nivel general español (3). La unidad en el pensamiento, que consiguió, se advierte claramente en un escrito titulado *pensamientos y ocurrencias*, que se ha considerado como un resumen sintético de todas sus enseñanzas. Como se indica, en su primera publicación, en 1955, lo escribió en 1934, pero lo había concebido en 1924, por ello, representa el escrito fundamental de «*Schola Cordis Iesu*». De ahí que comience confesando que: «Se me fue presentando al pensamiento un como esbozo de agrupación, así de varones como de mujeres». Añade que se imaginaba que tal asociación tenía que ser: «aquella legión de almas pequeñas, instrumento y víctimas del Amor Misericordioso de Dios, objeto de los deseos y de las esperanzas de Santa Teresita del Niño Jesús».

Seguidamente, precisa que sus miembros poseerían

cuatro características esenciales. Primera: «Por la luz que del cielo recibirían, tendrían una comprensión íntima de la devoción genuina al Corazón de Jesús y de los designios que ha tenido Jesús al pedirla». La segunda es que estos hombres: «arderían en celo de la gloria de Dios y de la salvación de las almas». Tercera, también podrían definirse como almas «conocedoras de la realidad». Cuarta: como consecuencia: «Profundamente desengañadas de sus propias fuerzas y valer y también de la eficacia de los medios semihumanos y ordinarios, que nuestra pobre razón puede excogitar para hacer frente a las circunstancias y dificultades extraordinarias de nuestros tiempos, pondrían para su apostolado toda la confianza en el medio que el mismo Divino Redentor nos ha puesto para vencerlas: la práctica y difusión de una sincera devoción al Sagrado Corazón de Jesús».

Para la verdadera comprensión de la devoción al Corazón de Jesús, que debían tener y practicar los integrantes de la agrupación, explica, a continuación, el desarrollo histórico que ha tenido esta devoción. El P. Orlandis considera que se han dado tres etapas, u «ocurrencias», en la misma. «la primera la marcan las revelaciones de Paray-le-Monial; la segunda los escritos y las obras del P. Enrique Ramière; la tercera la difusión de los escritos y la propagación de la devoción de Santa Teresita del Niño Jesús».

En la primera se encuentran cuatro elementos esenciales e íntimamente conexiones, porque toda la revelación

(1) F. Canals Vidal, «Continuador del P. Ramière», en *Cristiandad* (Barcelona), 331/XV (1958), pp. 38-44, p. 38.

(2) *Ibid.*, 43.

(3) «*Schola Cordis Iesu*. Sección Nacional del Apostolado de la Oración», en *Cristiandad* (Barcelona), 602-603/XXXVIII (1981), pp. 90-94. Cf. J.M. Petit Sullá, «*Schola Cordis Iesu* y la revista 'Cristiandad'», en *Cristiandad* (Barcelona), 588-589/XXXVI (190), pp. 99-102.

a Santa Margarita María es «la manifestación al mundo del Sagrado Corazón (...) es la petición de parte de Jesús en un especial culto y devoción (...) es un quejarse Jesús amorosa, pero acerbamente de la ingratitude y ceguera de los hombres (...) pero además es una verdadera profecía de que Él reinará en el mundo a pesar de sus enemigos» (4).

En los escritos de la Santa, como muy bien advierte el P. Orlandis, el amor de Jesucristo queda situado en «un fondo de austeridad y aparente dureza». Lo que se explica, porque: «es una revelación de Dios en su *Santidad de Amor* y en su *Santidad de Justicia*». Dado lo que se ha denominado «flojedad» de nuestra época (5), o en un momento que todo es «débil», como afirman los posmodernos (6), es muy cierto que esta revelación de Paray: «mal entendida puede dar ocasión a que las almas débiles y enfermizas de nuestros días se arredren y queden dudosas y perplejas» (7).

La segunda «ocurrencia» fueron las obras y las empresas del P. Enrique Ramière (1821-1884), segundo fundador y organizador del Apostolado de la Oración, autor, entre otros libros, de *La Soberanía social de Jesucristo*, *Las esperanzas de la Iglesia*, *El corazón de Jesús y la divinización del cristiano* y *El Apostolado de la Oración* (8). Según el P. Orlandis: «Todos los escritores y todas las obras del P. Ramière no son sino un desarrollo de lo que ya en germen se contenía en los escritos de Santa Margarita María» (9).

En este jesuita francés, que quiso continuar el P. Orlandis (10), se daban cuatro rasgos, que le permitieron crear: «todo un sistema de ciencia espiritual y de sociología sobrenatural». Primero, era «conocedor de las dificultades y peligros de nuestros tiempos». Segundo, estaba «lleno (...) de celo y de caridad verdadera». Tercero, también, «del sentimiento de la impotencia de los esfuerzos humanos». Cuarto, estaba: «pertrechado con una buena provisión de ciencia teológica y social». Además y principalmente, estaba «sin duda dirigido y llevado del Espíritu de Dios».

El sistema del P. Ramière representa un progreso en la devoción, puesto que: «Este sistema puede reducirse a pocas verdades fundamentales y aún cifrarse en dos principios, que son: el primero, el Corazón de Jesús es el centro de toda vida cristiana y espiritual, por ser fuente y origen de todas las gracias y dones que Dios hace al hombre (...); el segundo: El Corazón de Jesús es principio único y divinamente eficaz de toda restauración y renovación social en el reinado de su Amor» (11).

Se explica así que la finalidad de toda su obra apostólica no fuera otra que: «acercar a los hombres a Cristo y a su Corazón sagrado»; que los medios que proponía fueran: «la oración humilde y fervorosa» y la «consagración o

entrega sincera, consciente y amorosa de sí y de sus cosas»; y que ello «lo hagan no sólo como individuos, sino también como miembros de la familia y de la sociedad a que pertenezcan, para que en ellas reine Cristo».

Considera que este fin, estos medios y estos sujetos son necesarios, porque: «El P. Ramière, profundo sociólogo, ve al mundo abocado a una catástrofe que tiene humanamente inevitable; pero cree firmemente que Dios la puede evitar y aun para el caso que Dios la permitiera, estima como prenda segura de una subsiguiente espléndida restauración, la devoción al Sagrado Corazón y las promesas a ella vinculadas» (12).

Después de esta exposición sintética, pero esencial, de la doctrina ramierista, que el P. Orlandis desarrolló en el orden teológico (13), escribe: «Nótese que en la doctrina del P. Ramière es substancial la relación íntima que describe entre la devoción al Corazón de Jesús, tesoro y manantial de todas las gracias, y la devoción a la Persona Divina del Espíritu Santo, Gracia increada, como dicen los teólogos, Don primordial e infinito de Dios, que recibimos en la justificación y en la santificación. Esta relación que abiertamente hace resaltar el P. Ramière, la vemos ya insinuada en las relaciones de Paray».

Una segunda advertencia, también muy importante,

(4) R. Orlandis, «Pensamientos y ocurrencias», en *Cristiandad* (Barcelona), 269 (1955), pp. 200-202, p. 200.

(5) J. Torras y Bages, «La confessió de la fe. Contra la vanitat dels que's diuen intel·lectuals», en *Obres Completes*, Ed. Ibérica, 1913-1927, 10 vols., v. II, pp. 132-166, p. 157.

(6) Cf. *Conclusioni e voti del IX Congresso Tomistico Internazionale*, en «Atti dell'VIII Congresso Tomistico Internazionale», Città del Vaticano, Libreria Editrice Vaticana, Pontificia Accademia di S. Tommaso, 1991, pp. 349-351, p. 350.

(7) R. Orlandis, «Pensamientos y ocurrencias», op. cit., p. 200.

(8) Véase: J.M. Petit, «El P. Enrique Ramière profeta en el mundo contemporáneo», en *Cristiandad* (Barcelona), 693-694 (1984), pp. 359-361; J. Bofill, «Obra y 'éxito' de un gran Apóstol: El Padre Enrique Ramière, S.I.», en *Cristiandad* (Barcelona), 185 (1951), pp. 497-498.

(9) R. Orlandis, «Pensamientos y ocurrencias», op. cit., p. 201.

(10) Cf. F. Canals Vidal, «Continuador del P. Ramière», op. cit., pp. 38-44.

(11) R. Orlandis, «Pensamientos y ocurrencias», op. cit., p. 201. Indica Canals Vidal que: «A estos dos principios se refieren las dos actitudes fundamentales que el P. Orlandis inspiró a su obra: *Sobrenaturalismo*, *Antiliberalismo*. Imitando el modo de ser generoso y constructivo del P. Ramière y a la vez su intransigente 'odio al error', síntoma inseparable para él de una vida de fe en estado de salud» (F. Canals Vidal, «Continuador del Padre Ramière», op. cit., p. 40).

(12) R. Orlandis, «Pensamientos y ocurrencias», op. cit., p. 201.

(13) El P. Orlandis tenía «una mentalidad y formación teológica más profunda y elaborada» (F. Canals Vidal, «Continuador del Padre Ramière», op. cit., p. 40).

respecto a las ideas del P. Ramière, es «la intervención que atribuye en la obra de la santificación de las almas y en la realización de los planes salvadores de Jesús a su Madre y Madre nuestra María Santísima. La presenta de una manera precisa como medianera entre Dios y los hombres en la dispensación de la gracia».

A pesar de este evidente progreso en la devoción al Sagrado Corazón de Jesús, si se hubiese detenido en esta etapa hubiese encontrado dos dificultades en el mundo de hoy. La primera, ya señalada al principio de este escrito, es porque, en Santa Margarita María, tanto en la forma de presentarla como, incluso, en el mismo estilo con que la propone: «Hay un no sé qué de heroísmo y austeridad, que bien podría ser que arredrara a no pocas almas enfermizas y pusilánimes de nuestros días». La segunda, es porque: «En los libros del P. Ramière se encierra una tal luz y profundidad de doctrina, que bien pudiera no estar al alcance de no pocas inteligencias débiles, de no pocos espíritus anémicos y apocados» (14).

No obstante, estos dos inconvenientes actuales han quedado disipados, con la tercera etapa en el desarrollo de la devoción al Corazón de Cristo, que se debe a Santa Teresita del Niño Jesús. De manera que, añade: «A estas almas pobres y débiles, miopes y enfermizas quiere que llegue también a su llamamiento misericordioso el bondadoso Corazón de Jesús (...). Como mensajera de sus misericordias inefables con estas almas débiles y pequeñas envía el misericordioso Jesús a Santa Teresita, para que reciban aliento, luz y confianza los pobres enfermos de espíritu tal vez menospreciados o desahuciados de sus maestros y médicos» (15).

No obstante, la obra de Santa Teresita no supone la abolición de nada de lo que había en la devoción del Corazón de Jesús, ni alteración alguna. «Todo el fondo de santa austeridad y severidad de Santa Margarita María, toda la elevación y profundidad de doctrina, de anhelos, de esperanzas del P. Enrique Ramière, podrá descubrir en los breves y fragmentarios escritos de la Santita de Lisieux quien lea una y otra vez sus palabras, humilde y amorosamente». Lo nuevo es, por un lado, que: «reparte ella sus enseñanzas y exhortaciones como envueltas y emPapadas en su sonrisa angelical, que es de tal sencillez y agrado, que parece un reflejo viviente y sensible de la ternura del Corazón de Jesús para con los pequeñuelos. Por otra parte, sus enseñanzas van propuestas con tan sencilla llaneza y claridad transparente, que no hay espíritu, por poca cosa que sea, que no pueda hallar allí su alimento acomodado, luz que le guíe y no le ciegue».

Gracias a todo ello, añade el P. Orlandis: «son incontables las almas (...) (que) han cobrado alientos increíbles para subir por el *ascensor* de la humilde y suave confianza

hasta la más elevada cumbre del amor de sacrificio; desde el humilde y sencillo sentimiento de su nada y de su impotencia, por el camino de la *infancia espiritual*, sembrado de *rosas con espinas*, hasta la entrega eficaz, perfecta y absoluta de sí al Amor Misericordioso de Dios».

Puede parecer extraño el que en su obra: «Santa Teresita no sermonea incesantemente sobre la utilidad y necesidad de la devoción al Corazón de Jesús»; y el que: «tampoco teoriza sobre los principios dogmáticos y espirituales en que tal devoción se funda». Sin embargo, como repara el P. Orlandis. «de la lectura de sus escritos nace espontáneamente en el alma, tan santa, dulce y salvadora devoción, porque el espíritu verdadero de la misma unge y embalsama sus palabras y en ellas el alma que antes no conocía al Amor, lo siente, lo ve y lo gusta».

Es preciso, sin embargo, tener en cuenta esta importante observación del P. Orlandis: «Las *almas tibias* y *sutilmente sensuales* cogerán quizás de las enseñanzas de la Santa sólo las flores, con que las cubre y así distarán mucho de su espíritu, pensando que lo conocen y poseen; pero las almas *débiles* y *humilladas*, no; éstas encontrarán en las palabras de la Santa lo que antes tal vez buscaban en balde, el remedio de sus males: el Amor Misericordioso del Corazón de Jesús» (16).

También estas almas débiles y humildes, en la obra de Santa Teresita, añade: «conocerán con nueva luz a María, Madre de Gracia y de misericordia; allí de una

(14) R. Orlandis, «Pensamientos y ocurrencias», op. cit., p. 201.

(15) *Ibid.*, pp. 201-202.

(16) *Ibid.*, p. 202. Como ha puesto de relieve el profesor Canals, el P. Orlandis sostiene que: «Santa Teresita del Niño Jesús, con su anuncio del amor misericordioso de Dios y su llamamiento a las 'almas pequeñas' a gozarse desde su pequeñez en la omnipotencia del amor paterno de Dios, sintiéndose niños con la infancia evangélica, tuvo la misión de llevar a *plenitud* en nuestro siglo el designio del Corazón de Jesús revelado a Santa Margarita y admirablemente difundido por el P. Enrique Ramière S.J. y el Apostolado de la Oración».

Añade que: «Lo que el P. Orlandis subraya era precisamente la congruencia del modo 'sencillo' e 'infantil' en que Santa Teresita anuncia la misericordia de Dios hacia las almas pequeñas, para una fructificación en la 'humilde y suave confianza', camino único hacia la plenitud de nuestra correspondencia amorosa hacia la caridad divina. Porque, en cuanto a la claridad inequívoca de la exigencia divina del reconocimiento de nuestra nada y miseria, y del único poder salvífico de Dios, Santa Margarita no había sido menos explícita (...) Santa Teresita del Niño Jesús, y en esto está tal vez la más profunda razón por la que el P. Orlandis la veía como *definitivo apóstol de la devoción al Corazón de Jesús*, nos exhorta al gozo, a la alegre esperanza en nuestra pequeñez, como camino y lugar en el que podemos sentir, en la forma más plena e íntima, la bondad salvífica y el amor misericordioso de Dios» (F. Canals, «Al servicio del Reinado del Sagrado Corazón», en *Cristiandad* (Barcelona), 702-703/XLV (1989), pp. 2-3, p. 3.

manera singular al Espíritu de Dios, al Espíritu de Amor, como suele hablar la Santa, en el cual llamamos a Dios, Padre. De esta manera el alma se embeberá en estas devociones que son fondo y complemento de la devoción al Corazón de Jesús».

Gracias a esta explicación de como debe entenderse la auténtica devoción al Sagrado Corazón de Jesús, el P. Orlandis, en este artículo programático, concreta los rasgos del espíritu de la agrupación, que había pensado, con estas tres descripciones de sus peculiaridades esenciales, que, por tanto, deberían tenerse en cuenta en la formación de sus miembros. Éstos, en primer lugar: «Penetrados íntimamente del valor espiritual y social de las revelaciones de Paray, no vacilarían un punto en aceptar como principal medio su propia santificación y también de su apostolado el *cumplimiento* interno y externo, fervoroso y exacto, de los *encargos* y *peticiones* que en ellas hace el Sagrado Corazón ni en esforzarse en vivir del espíritu que las anima ni en poner siempre ante los ojos el ideal sublime que las impulsa y dirige».

En segundo lugar, los miembros de esta «legión» de almas pequeñas: «Encariñados con las gracias y luces que Dios ha derramado en Santa Teresita y en sus escritos, y amaestrados por la experiencia de la virtud espiritual que en ellos se encierra, *imitarían* su manera de *practicar* y *propagar* el espíritu verdadero de la Devoción y de alentarse y esforzarse con sus promesas».

También, en tercer lugar, estos auténticos devotos del Corazón de Jesús: «Procurarían *comprender* humilde y amorosamente con el P. Ramière, por qué el Corazón de Jesús es el *centro* del dogma cristiano y de la vida espiritual y por qué su devoción ha de ser la *tabla de salvación* en el diluvio de males que nos amenaza y ahoga. Sabrían que no es algo accidental, sino en absoluto esencial en nuestros días el invocar y rendir homenaje a Cristo como Rey de las almas y de los pueblos; la *trabazón íntima* e indestructible entre la devoción a Cristo Rey y la devoción al Sagrado Corazón», así como otras enseñanzas del P. Ramière, expuestas en sus obras. Y termina este profundo escrito con esta última advertencia: «Estos conocimientos y convicciones más o menos íntimas y profundas, según la capacidad de cada persona y la luz que el Señor le comunicare, determinarán sus miras e impulsarían su acción» (17).

2. Reinado del Corazón de Jesús

Uno de los frutos de la amplia, variada y profunda formación, que impartía el P. Orlandis a los miembros de *Schola Cordis Iesu*, fue la fundación de la revista *Cristiandad* en 1944. Respecto a su origen, él mismo explica,

pocos años después, que, aunque había aparecido en una de sus secciones: «Cristiandad no es órgano, ni oficial ni oficioso, del Apostolado de la Oración»; sin embargo, añade: «ha nacido del espíritu de este Apostolado concretado en la idea del P. Enrique Ramière: al *Reinado de Cristo por la devoción al Sagrado Corazón de Jesús*» (18).

La finalidad de la revista, que va ya a cumplir su medio siglo de existencia, es proyectar la idea de este reinado. De ahí que en su primera editorial se dijese que *Cristiandad* no sería «una revista de carácter piadoso o eclesiástico propiamente dicho, ni menos una revista política. Será, en cambio, una revista ‘social’ en su sentido más amplio, porque se interesará por todos los problemas de la sociedad civil, aunque desde el punto de vista cristiano; y también una revista ‘religiosa’, porque se interesará por los temas religiosos, aunque desde el punto de vista social» (19).

En un artículo de la revista, escribía el P. Orlandis: «Jesucristo enseñó al mundo su doctrina religioso-moral, que era complemento de la doctrina revelada en el Antiguo Testamento, y que, llevada a su última perfección por la comunicación directa del Espíritu Santo a los Apóstoles, había de constituir el tesoro de verdad confiado a la custodia vigilante y a la interpretación infalible de la Iglesia, hasta la consumación de los siglos». Todo este cuerpo de doctrina verdadera tiene una importancia decisiva para el hombre, tanto en el orden teórico como el práctico. «El género humano hace veinte siglos que está experimentando que su bien verdadero está en esta sujeción y adaptación de su inteligencia y de su conducta a esta enseñanza bajada del cielo; y ahora que haya ensayado la insensata tentativa de emanciparse de ella, vive en angustias de agonía. Su único remedio es volver a sujetar y adaptar su inteligencia y su conducta a la doctrina que le dio vida» (20).

Cristiandad quiere cooperar a que el mundo realice este giro necesario: «el de reconocer a Cristo como redentor y salvador, como el único maestro y, rindiéndole homenaje, admitir sin discusión ni mutilación su doctrina y su verdad (...) (ésta) fue la sapientísima táctica del Maestro de los

(17) *Ibid.*, p. 202.

(18) E. Orlandis, «El sentido de cruzada en Iñigo de Loyola», I. Una idea sugestiva», en *Cristiandad* (Barcelona), 145/VII (1950), pp. 156-158, p. 156.

(19) «Editorial», en *Cristiandad* (Barcelona), marzo (1944), n. de prueba, p. 1. Véase: M^a Asunción López Suñé, «Hace cuarenta años», en *Cristiandad* (Barcelona), 632-639 (1984), pp. 357-358; F. Serrano, «Decíamos ayer», en *Cristiandad* (Barcelona), 331/XV (1958), p. 2; y Minoves-García Dfe, «El nacimiento de *Cristiandad*», *ibid.*, *ibid.*, pp. 34-35.

(20) R. Orlandis, «El sentido de cruzada en Iñigo de Loyola», «III. La cruzada en los Ejercicios», en *Cristiandad* (Barcelona), 149/VII (1950), pp. 258-262, p. 260.

maestros al predicar su Evangelio y la seguida por los Apóstoles y por la Iglesia docente: el homenaje rendido a la soberanía doctrinal de la Verdad divina, el camino de la fe. Por la Persona del Maestro, a la aceptación de la doctrina; por la persona del Rey, a la aceptación de su Ley. El acatamiento, el homenaje, el respeto a la Persona del Maestro, es actitud necesaria al mundo que debe salvarse» (21).

No obstante, podría presentarse la siguiente dificultad, que señala el mismo P. Orlandis, en otro lugar: «¿Por qué presentarle como Rey, como Soberano, para mover a los hombres al amor perfecto de Jesús?». Parece que: «este título y aspecto siempre tendrá más eficacia para mover a la reverencia que al amor». Por consiguiente: «¿Por qué no valerse de otro título y presentar a Jesús como hermano primogénito, que ha llegado en su amor hasta el sacrificio de su vida; o como amante y como esposo de las almas —que a sus puertas cubierto de rocío— pasa las noches del invierno oscuras?» (22).

A esta aporía o «desazón desconcertante, que es efecto de una duda no esperada», que afecta a la finalidad de la revista *Cristiandad*, le responde así: «Un soberano amante del pueblo es digno de amor. Su persona es tanto más atractiva cuanto más aúna la bondad de corazón con la elevación de su majestad. Es verdad que Jesús amigo, Jesús hermano, Jesús esposo atrae más fácilmente el corazón y lo mueve a ternura. Pero considerado el plan de Dios cifrado en aquella fórmula al Reino de Cristo por la devoción y el amor al Corazón de Jesús, es más conducente a este plan hacerle amar de los hombres como Rey soberano, mucho más siendo como es, según dice León XIII, Rey que reina por la verdad, por la justicia, por el amor» (23).

En una de las cuatro únicas editoriales de la revista, que escribió el P. Orlandis, hacía notar que no era su director, ni siquiera «quien tuvo la iniciativa de su aparición», sino «el inspirador de la Revista» y su «curador espiritual en la menor edad» (24). Desde esta función de «cuidador espiritual» les había advertido, según consta en unas notas inéditas de 1942 y 1943, de tres obstáculos para cumplir esta finalidad, asumida por sus redactores: «La pereza, bajo capa de ocupaciones; el respeto humano, bajo la de prudencia; la ambición, aún disfrazada». Les explicaba, seguidamente, mostrando con ello un profundo conocimiento de la psicología del hombre concreto: «La pereza es un mal general que nos hace inertes (veamos cómo luchamos en cambio y aprovechamos ocasiones para lo que nos tiene interés): Por el respeto humano hacemos lo que un cazador, que se pasara la vida apuntando en espera de un momento, que nunca encontrar'. Y en cuanto a la ambición recordemos que de Dios siempre viene la paz y, por consiguiente, cuanto signifique preocupaciones no

procede de Él; un excesivo cuidado por las cosas de la vida es en el fondo falta de confianza y esto le desagrada en nosotros».

La revista tenía que ser «una comunicación seria, pero no magistral, de nuestros anhelos y esperanzas en el Reinado de Jesucristo» (25). Lo cual: «Es obra que requiere descarsarse — no acobardándose, como es frecuente entre los católicos en la actualidad, por nada ni por nadie (...) Y con verdadera humildad — que reconoce los dones recibidos de Dios para agradecerse los — pedirle que bendiga y haga suya esta Obra; que, a pesar de todas nuestras faltas, nos dé fuerza para sentir más esta vocación a las que ya la sentimos (sentir no quiere decir ser más perfecto, pus son cosas diferentes). Tengamos la absoluta confianza que Dios nos atenderá si basamos nuestra oración en la sinceridad, pues costamos demasiado a Jesucristo para que nos abandone» (26).

En otra editorial determinaba sus características, declarando que: «*Cristiandad* no quiere ser (...) una revista de *actualidades*; no que por sistema tenga en menos las publicaciones que honesta y prudentemente informan al público de los acontecimientos del día». Observaba al respecto que: «El hombre moderno siente de esto una manera de necesidad; y ésta se satisface con el conoci-

(21) *Ibid.*, pp. 261-262.

(22) *Idem*, «El arco iris de la 'Pax Romana'», en *Cristiandad* (Barcelona), 54/III (1946), pp. 231-235, p. 232.

(23) *Ibid.*, p. 235.

(24) *Idem*, «Advertencia previa», en *Cristiandad* (Barcelona), 27/II (1945), pp. 193-195, p. 193.

(25) Sostenía también que: «no es ella técnica ni especializada, sino de divulgación, no de vulgarización que no es lo mismo» (R. Orlandis, «El sentido de cruzada en Iñigo de Loyola», «III. La cruzada en los Ejercicios», op. cit., p. 258).

(26) Cf. Minoves-García Díe, «El nacimiento de 'Cristiandad'», op. cit., p. 35. Además de reproducir parte de estos textos inéditos, se dice, en este escrito, que, al dar estas normas, el P. Orlandis recomendaba la mediación del siguiente pasaje del capítulo IX de *Historia de un alma* de Santa Teresita del Niño Jesús: «La *caridad* me dio la clave de mi *vocación*. Comprendí que si la Iglesia tenía un cuerpo compuesto de diferentes miembros, no le faltaría el más necesario, el más noble de todos. Comprendí que la Iglesia tenía un corazón, y que este corazón estaba ardiendo de *amor*. Comprendí que sólo el amor era el que ponía en movimiento a los miembros de la Iglesia; que si el amor llegara a apagarse los apóstoles no anunciarían ya el Evangelio, los mártires se negarían a derramar su sangre... Comprendí que el amor encerraba todas las vocaciones, que el amor lo era todo, que el amor abarcaba todos los tiempos y todos los lugares... en una palabra, ¡que el Amor es eterno... Entonces, en el exceso de mi alegría delirante, exclamé: ¡Oh, Jesús, amor mío!... Por fin, he hallado mi vocación, ¡mi vocación es el Amor! Sí, he hallado mi puesto en la Iglesia, y ese puesto, ¡oh, Dios mío!, vos mismo me lo habéis dado...: en el corazón de la Iglesia, mi Madre, yo seré el *amor*!... ¡¡¡Así lo seré todo..., así mi sueño se verá realizado!!!...» (Teresa de Lisieux, *Obras completas*, Burgos, Editorial Monte Carmelo, 1980, pp. 229-230).

miento de lo *exterior* de los sucesos, con lo 'cortical' de los sucesos (...) ora tenta esta necesidad su origen en el mero instinto de curiosidad innata en el hombre, ora esté acuciada por simpatías o antipatías, por filias y por fobias, por intereses más o menos limitados». El problema está en que: «Esta necesidad crea la tendencia a la unidad, conténtase con lo *múltiple*, conténtase con la noticia del suceso, poco se preocupa por las causas, por las relaciones, por los resultados del suceso, si para conocerlo es necesario pensar» (27).

En cambio, *Cristiandad*, confiesa el P. Orlandis: «presume de amar la seriedad»; y a pesar de sus limitados medios: «no sabe contentarse con lo *cortical*, y trabaja porfiadamente por llegar a penetrar hasta el fondo de las actualidades. «Ellas aparecen a simple vista inconexas, en un mero sincronismo o en una sucesión casual o carente de sentido, y al pretender explicarlas motivarlas, en la mayoría de los casos la miopía presuntuosa de un vidente, en amistosa alianza con la frivolidad petulante, se jacta de su perspicacia, cuando en realidad no ha penetrado más allá de lo *cortical*» (28). La revista intenta: «llegar a vislumbrar o a rastrear lo que se denomina el sentido de la historia; la razón formal, eficiente y final de las vicisitudes vitales del género humano, complicadas y multiplicadas, podemos decir, hasta lo infinito» (29). En este sentido es una «revista de actualidad». *Cristiandad* se propone: «Buscar la *actualidad* en las *actualidades* múltiples e inconexas». Lo que supone: «no contentarse con las noticias, y con las explicaciones que de ellas se den, en una palabra, con lo *cortical*, sino procurar llegar al fondo para descubrir su razón de ser y consiguientemente su unidad, que es donde halla descanso la inteligencia» (30).

Así, por ejemplo, explica que sus redactores han intentado: «formarse concepto propio y definitivo de lo que en realidad de verdad fue la Revolución francesa, de su mentalidad auténtica, de su espíritu genuino», porque: «están saturados nuestros tiempos de la influencia de la Revolución; su mentalidad y su espíritu se imbuyen clandestinamente aun en los medios que le profesan mayor animadversión. La Revolución ha conseguido prolongarse en los tiempos que la siguieron y el ciclo de estos tiempos todavía no se ha cerrado» (31).

Sin embargo, *Cristiandad*, con su «ideal de seriedad», no se limita a esta actualidad de carácter filosófico. La «*actualidad* cuyo conocimiento aprecia en grado sumo, que desde el primer número declaró querer confesar y propagar como ideal, es la suprema actualidad de la Realeza de Cristo». La índole de esta actualidad es totalmente distinta de la que impera en el mundo moderno, y que es la de la Revolución francesa. Por ella, se explica que, sin duda: «La característica de los tiempos actuales es la

rebelión contra la Realeza de Cristo, el intento porfiado de las naciones de emanciparse de Cristo». Su concepción de libertad expresa esta rebeldía. «La libertad proclamada y propagada por la Revolución francesa es la negación más o menos hipócrita de la fe de Cristo, porque encadena la razón; de la obediencia a la Iglesia de Cristo, porque es contraria a la dignidad del hombre e impide su desarrollo perfecto» (32).

Esta mentalidad moderna, que constituye el «laicismo», o el *secularismo*, como se le denomina últimamente, no acepta la realeza de Cristo. «Con Jesucristo en abstracto tal vez se transigiría, pero con Jesucristo, que confió al Papa el mandato exclusivo de representarle en su autoridad divina ante el género humano, con la afirmación de que la Iglesia católica es la única Iglesia de Jesucristo, no hay transacción posible. Que abdique el Papa su autoridad exclusiva, es decir, que deje de ser Papa y el mundo nacido de la Revolución francesa le reconocerá como Jefe de una de las religiones legítimas, más aún, como el *primus inter pares*».

El mundo actual puede dejar de ser *arreligioso* y *antirreligioso*, siempre: «Que Jesucristo destruya su obra, que renuncie a su soberanía, o la delegue en la Humanidad, que otorgue una constitución democrática, que la asamblea de la Humanidad tenga potestad para modificar y abrogar leyes divinas y naturales a su talento y el problema religioso planteado por la Revolución quedará resuelto automáticamente».

De ahí que la actualidad suprema de la que habla el P. Orlandis: «Consiste precisamente en que la Soberanía de Cristo, su acatamiento por los pueblos y naciones, por el género humano, es el único remedio del mundo actual, el antídoto contra el veneno de rebelión inoculado por la Revolución. Sujétese el mundo a este divino régimen y recobrará la salud, y alcanzará la verdadera paz». Tal actualidad de la realeza de Cristo, termina diciendo: «no tan sólo es *actualidad* de remedio, es además *actualidad*

(27) R. Orlandis, «La actualidad a que aspiramos», en *Cristiandad* (Barcelona), 63/III (1946), pp. 373-375, p. 373.

(28) *Ibid.*, pp. 373-374.

(29) *Ibid.*, p. 374.

(30) *Ibid.*, p. 375.

(31) *Ibid.*, p. 374.

(32) *Ibid.*, p. 375. En el número de propaganda de *Cristiandad* se decía que: «Naturalismo y liberalismo son (...) los principales enemigos del ideal de *Cristiandad* (...) El naturalismo y el liberalismo tienen en este momento, una gravedad especial: empapan hasta tal extremo nuestro ambiente, nos son tan connaturales, que escapan constantemente a nuestra observación, por lo que a veces es casi imposible reaccionar contra ellos» («El porqué de esta revista», en *Cristiandad* (Barcelona), n. de prueba (1944).

de esperanza» (33).

3. Optimismo y esperanza

En la cuarta editorial de *Cristiandad*, titulada «¿Somos pesimistas?», el P. Orlandis, para aclarar los juicios de la revista sobre el mundo moderno, tachados por algunos de pesimistas, precisa el contenido de la esperanza de que hablada en la editorial anterior. Afirma que en *Cristiandad* se encuentra: «la reiteración de una esperanza: la idea de la Realeza de Cristo, la realización del Reinado de Cristo sobre la tierra con una perfección mayor que la que ha alcanzado hasta ahora. Esta idea y esta esperanza estructuradas, o por mejor decir, organizadas, vitalizadas, constituyen un ideal: ideal es éste de luz y de fuerza, ideal de vigoroso optimismo cristiano. Ideal que en lo que tiene de nuclear y esencial no es sino la herencia recibida por la Iglesia, de Cristo y de sus Apóstoles, que encierra el impulso de expansión vital de la verdad evangélica hasta conseguir la adecuación del reino de Cristo de hecho con el de derecho, o lo que es lo mismo, la aceptación plena del encargo de Jesucristo *docete omnes gentes*: haced que todas las naciones acepten y acaten vuestro magisterio, admitan la buena nueva de que sois mensajeros, disfruten de los bienes que en esta buena nueva se les ofrecen».

Lo que declara a continuación el P. Orlandis, a los tres años de la fundación de la revista, podría decirse, en la actualidad, a los cuarenta y nueve. «Todos los números de *Cristiandad* son una profesión de fe y de esperanza en este ideal, y si en ellos a las veces transpira la indignación contra los malminoristas, por ejemplo, contra los católicos liberales, no es porque *Cristiandad* ignore u olvide que en ciertas ocasiones, en sobradas ocasiones, por desgracia, es necesario y lícito contentarse y aun acogerse al *mal menor*, sino porque los católicos liberales de ayer y no menos los de hoy, prácticamente por lo menos, hacen de la hipótesis tesis».

Según el P. Orlandis, los que afirman que, siempre y necesariamente, y, por tanto, como una tesis, el cristianismo tiene que presentarse como una hipótesis, como una suposición que tiene un cierto grado de probabilidad, o como una especie de opción entre otras posibles: «alaban y encarecen el bienestar de la Iglesia en las naciones en que se vive en la hipótesis, menosprecian como visionarios a los que aun hoy en día osan hablar del ideal y no pocas veces achacan a la intransigencia de estos, para ellos visionarios, a su falta de cultura, de comprensión y de caridad, casi todos los males del mundo y de la Iglesia». Además, añade que sorprendentemente: «la severidad y la dureza de trato la guardan para los intransigentes, mientras que la amabilidad y aun la melosidad untosa la

reservan para los que hacen necesaria la hipótesis. A los intransigentes a duras penas les otorgan la opinión de buena fe, que prodigan a manos llenas a los incrédulos, a los herejes, a los cismáticos. De la condescendencia con éstos parecen esperar todo el bien, por lo menos el escaso bien con que se contentan».

En realidad, lo que puede que se consiga con este procedimiento táctico es «el oscurecerse en la mente de los cristianos sencillos la convicción cristiana, que debe rechazar con dignidad todo error en la fe, toda mutilación en la verdad cristiana». Además, puede llevar a que: «se debilite el espíritu sobrenatural, la esperanza en los medios eficacísimos, en realidad los únicos, que son patrimonio exclusiva de la Iglesia».

Ante esta deformación del ideal cristiano, declara P. Orlandis que: «cuanto más dista el mundo de la plena realización de este ideal, cuanto mayores son las exigencias malaventuradas de la hipótesis, más necesario es conservar puro y vivo en la mente y en el corazón este ideal, y profesarlo públicamente». Es preciso proclamar, por tanto, los derechos de Cristo.

Este ideal no conduce al pesimismo, sino al «optimismo (...) nuclear substancial»; y añade que de este optimismo esencial, que incluye como tal el optimismo de *Cristiandad*, que es así más amplio: «habrían de participar todos los cristianos, porque no es sino la flor de las virtudes teologales, la flor fructífera del cielo por la gloria de Dios, la exaltación de la Iglesia y el bien del género humano» (34).

Cristiandad no sólo participa de este optimismo de la realeza de Cristo, sino también del que se trasluce en las obras del P. Ramière, que: «pasó su vida inculcando en los lectores de sus libros la confianza en un triunfo de la Iglesia en este mundo, triunfo de que las luchas actuales de la Iglesia no le hacían dudas, antes al contrario le aseguraban en su convicción». esta esperanza del P. Ramière, explica el P. Orlandis, fue considerada, por algunos, como una doctrina semejante al milenarismo. No obstante, confiesa que: «Antes de haber leído ninguna obra de dicho autor, ya me había

(33) Ibid. Ante el naturalismo y el liberalismo actuales se afirma, en el primer artículo de la revista, que. «*Cristiandad*, sin dejar de combatirlos directamente, va a emplear un método indirecto de eficacia positiva: contra el naturalismo, la propagación de la devoción al Sagrado Corazón de Jesús, fuente de la vida sobrenatural; contra el Liberalismo, la proclamación de la Soberanía social de Jesucristo, como único remedio para salvar a la sociedad» («El porqué de esta revista», op. cit.).

(34) Idem, «¿Somos pesimistas?», en *Cristiandad* (Barcelona), 73/IV (1947), pp. 145-148, p. 146.

formado mi sistema, en lo substancial idéntico al suyo» (35). Pero esta esperanza, que engendra un optimismo, por lo menos accidental, continúa declarando: «Ante todo era preciso purificar dicha esperanza de toda ilusoria imaginación. Lejos de nosotros las esperanzas claramente heterodoxas condenadas por la Iglesia, de una era paradisiaca, sin pecado original ni concupiscencia. Lejos de nosotros fantasear una era de una santidad dulzona, sin cruz ni mortificación. Fuera de nosotros la idea de un cambio en la organización de la Iglesia, ni la de un enriquecimiento esencial de la misma».

Debe tenerse en cuenta que: «La Iglesia que posee la sangre de Cristo y el don Espíritu no puede ser más rica, porque su riqueza es infinita. Mas de estas riquezas de la Iglesia no participan todos los hombres llamados a ser miembros de ella, y aun los que de ellas participan, podrían adquirirlas y poseerlas en grado superior a aquél en que las poseen». Puede esperarse, por tanto, para la Iglesia «su posible perfeccionamiento extensivo e intensivo».

En definitiva, manifiesta el P. Orlandis: «Los que tenemos la discutible esperanza de que hablamos, no esperamos (por lo menos puedo asegurarlo de mí) sino aquello de lo cual Pío XI nos dice que es anticipo la institución de la fiesta de Cristo Rey: la aceptación voluntaria por las naciones de la Soberanía Social de Jesucristo, de todas las naciones por lo menos con una totalidad moral» (36).

No es extraño que en la revista *Cristiandad* se mantenga este optimismo, porque, como explica el P. Orlandis: «Formados, los que constituyen el núcleo de la Redacción, en *Schola Cordis Iesu*, y, por ende en el seno del Apostolado de la Oración, cuyo lema se expresa en aquella petición *Adveniat Regnum tuum*, es obvio que concibieran vivos deseos de entender a fondo la idea contenida en la fórmula universalmente admitida *El Reinado social de Jesucristo*. Natural fue que para ello acudieran a las obras del P. Ramière» (37). También lo fue que estudiaran Teología de la Historia, en la que el P. Orlandis era una gran maestro. Él mismo confiesa que: «los miembros de *Schola Cordis Iesu* se aficionaron a esta ciencia y se esforzaron en adquirirla con ecuaníme seriedad. De aquí tuvo origen una serie de conferencias o lecciones dadas por mí con libertad de espíritu, porque tenía bien conocida la capacidad, la prudencia de mis oyentes y su inquebrantable y humilde adhesión a la autoridad y a las enseñanzas de la Santa Madre Iglesia. En estas lecciones hubimos de tratar de todo: de historia, de filosofía, de sociología, de política, de teología, de escritura» (38).

En otro artículo, titulado «Sobre la actualidad de la fiesta de Cristo Rey», publicado en 1945, el P. Orlandis también expone la doctrina del Reino de Cristo. Sintetiza

en el mismo la encíclica por la que se instituyó la fiesta de Cristo Rey, la *Quas primas* (11 dic. 1925), y la encíclica *Miserentissimus Redemptor* (8 may. 1928), con estos cuatro enunciados: 1º Sólo en el Reinado de Cristo puede haber paz verdadera y estable. En él, fuera de él, no. Y la paz que se promete no es sólo la espiritual de las almas, sino la social y la internacional (*Ubi arcano, Quas primas*). 2º El Reinado que trae consigo las promesas es el aceptado libremente por los hombres: no el Reinado de mero hecho, ni el Reinado del mero poder (*Passim*). 3º Por consiguiente, entonces reina Cristo en la sociedad, cuando constituía ésta rectamente, la Iglesia cumpliendo el divino encargo, defiende y tutele los derechos de Dios, ora sobre los hombres en particular, ora sobre la sociedad entera (*Ubi arcano*). 4º La realización de este ideal no tan sólo se ha de desear y procurar, sino también se ha de esperar, en cuanto correspondamos al plan divino (*Ubi arcano, Quas primas, Miserentissimus Redemptor*)» (39).

Además, precisa estas cuatro proposiciones sintéticas, indicando que: «La idea de Cristo Rey no es algo nuevo en la Iglesia; no es una nueva emergencia en la conciencia cristiana (...) El contenido de la idea «Cristo Rey, Reino de Cristo» y por ende el de la fórmula verbal que la expresa es, ha sido y será siempre el mismo» (40). Es, por tanto,

(35) *Ibid.*, p. 147.

(36) *Ibid.*, p. 148. Por ello, en otro artículo, dice, dirigiéndose al lector: «Tienes mucha razón cuando pides que *Cristiandad* no sea pesimista y que no amargue la vida haciendo contemplar casi únicamente cuadros tétricos. En la historia del mundo, aun en las épocas peores, no faltan los sucesos alentadores y aun risueños. También en nuestros días hay no poco bueno que anunciar. Pero te pregunto, ¿quieres que *Cristiandad* dé pábulo a tu optimismo anunciándote la nueva salvación del mundo por el discurso de Truman o por un triunfo electoral de los cristianos demócratas? ¿Quieres que *Cristiandad* se dedique a profetizarte la nueva edad de oro, la jauja del liberalismo? La moraleja del artículo la deducirá tu buen sentido» (R. Orlandis, «El optimismo en León XIII», en *Cristiandad* (Barcelona), 76/IV (1947), pp. 218-227, p. 227).

(37) *Ibid.*, p. 147.

(38) *Ibid.*, pp. 147-148. Explica, a continuación, que: «Cuando se me preguntaba que me proponía en estas conferencias, solía yo contestar: mi intento no es otro sino el de formar celadores del Apostolado de la Oración, y ante la extrañeza de quien preguntaba, respondía yo que el Apostolado, la idea del P. Ramière, sobre todo entre los varones, no tenía tanta aceptación como merecía, porque se miraba por muchos así como una beatería, lo cual era absoluta perversión de la concepción del P. Ramière y suponía una incompreensión lamentable de la devoción al Corazón de Jesús, de las revelaciones de Paray-le-Monial y de su fin providencial, todo lo cual constaba con toda certeza por los documentos pontificios» (*Ibid.*, p. 148).

(39) R. Orlandis, «Sobre la actualidad de la fiesta de Cristo Rey», en *Cristiandad* (Barcelona), 39/2 (1945), pp. 465-468, p. 465.

(40) *Ibid.*, pp. 466-467.

inmutable. «Más el contenido de una idea, de una fórmula verbal, sin varias en sí mismo, puede ser conocido con más o menos claridad, con más o menos precisión, con más o menos determinación (...) Y en esto precisamente consiste el desenvolvimiento legítimo y ortodoxo de las ideas reveladas y de las fórmulas en que se expresan. Tal ha sucedido y sucede por ejemplo con la idea del Cuerpo Místico de Jesucristo. Tal ha sucedido también con la idea de Cristo Rey, del Reinado de Jesucristo».

El desarrollo de estas «ideas-fuerza» tiene una explicación, porque: «Lo más frecuente y normal será siempre que el desenvolvimiento de una de estas ideas pletóricas de sentido, cual es la del Reino de Cristo, no llegue a su plenitud, si no es al rozar con ideas afines, más aún, al chocar con *ideas contrarias*. Sólo cuando pueblos y gobiernos, práctica y teóricamente, directa y expresamente, rechazaron y negaron la soberanía de Cristo, ésta apareció fulgurante, fecunda y necesaria, en toda su plenitud y en toda su precisión, en sí misma y en sus relaciones» (41).

Por otra parte, advierte, tal como se señala en estos documentos, que: «Los males de nuestro mundo son gravísimos. Sólo la aceptación voluntaria del Reinado de Cristo puede remediarlos. Por esto es tan necesario que el mundo inficionado por la peste de los errores contrarios a la soberanía de Cristo, sea instruido, según su capacidad, en la doctrina salvadora, que sepa en que consiste la soberanía de Cristo, su justicia y su valor» (42).

La idea-fuerza de Cristo Rey, del reino de Cristo, es la que con su difusión puede *salvar* al mundo actual de todos sus males progresivos, pues: «En el seno del mundo moderno ha logrado su madurez, su perfecto desarrollo y en su seno la lleva el mundo, y así, por más que se aturda y por más coces que tire contra el aguijón, no podrá jamás librarse de las angustias de su conciencia social, cuyo imperativo cristiano pesa sobre él como una losa. Y cuantas más soluciones busque para su problema de vida o muerte fuera de la que le ofrece Cristo Rey más sentirá angustias de agonía, más desesperantes serán sus engaños».

La idea del Reinado de Jesucristo tiene además *actualidad psicológica*, pues: «no es verdad que el hombre moderno no pueda entender tal programa, que la doctrina religioso-político-social, que se basa en la soberanía de Cristo sobrepuje la capacidad intelectual del hombre de nuestro tiempo; tan lejos nos parece esto de la verdad que a nuestro humilde entender jamás en ninguna época del mundo han estado los hombres en su generalidad tan preparados como hoy en día para entender la doctrina religioso-político-social, programa del Reino de Cristo». Programa basado en la soberanía de su caridad o de su amor.

Jesucristo, Rey de reyes, «vive en el cielo y gobierna

y quiere gobernar a los hombres para darles la felicidad verdadera y para unirlos en la paz, en la justicia, en el amor» (43). Escribe, por ello, seguidamente: «Contemplan pobres y ricos, nobles y plebeyos, sabios e ignorantes, a Cristo presente en su Reino, viviente en su Iglesia, *hermoso y gracioso*, como dice San Ignacio, entre los hijos de los hombres, y no les arredrará su verdadera doctrina, antes bien les atraerá. Contemplan a Cristo presente en su Iglesia, no con aquella presencia corporal y visible que soñaron los milenarios, pero sí con la presencia de gobierno, con la presencia de providencia amorosa, con la presencia de Cabeza mística que influye en sus miembros, en los que acatan y aman su soberanía, su vida, su verdad, su amor».

Esta soberanía de Cristo, Rey y Señor, trae la vida sobrenatural y: «ésta es la que implora sin darse cuenta la indigencia de nuestro tiempo, ésta es la que reclama el alma de nuestra sociedad». Añade que: «esta es la *necesidad* más urgente de nuestro tiempo: sobrenaturalizarlo todo, incluso el Romano Pontífice». No sólo la idea del Reinado de Jesucristo tiene una actualidad psicológica, que, por sí misma, sería insuficiente para mantener la esperanza, sino también otra decisiva, que denomina *actualidad providencial*, porque está basada en la divina Providencia. Concretamente en «las promesas de Parayle-Monial: ¡Reinaré a pesar de mis enemigos!». Comenta el P. Orlandis: «Estas palabras resonaban de continuo en el oído de Santa Margarita. ¿Cómo las entendía la santa? No lo sabemos de cierto (...) Tal vez los primeros devotos del Corazón de Jesús no atendieron lo bastante a estas significativas palabras. Extendióse, muerta la santa, la Devoción al Divino Corazón pedida en las revelaciones, pero la idea del Reino más bien parece esfumarse».

Más cercana a nuestra época, a mediados del siglo pasado, continúa explicando: «Al choque de la antítesis impía y liberal, la idea del Reino de Cristo cobra vigencia, claridad y precisión (...) Y se inicia la corriente, que es cada día más crecida, de consagraciones al Corazón de Jesús. En ella se unen indisolublemente la devoción al Corazón de Jesús y la devoción a Cristo Rey. Y de esta unión indisoluble brotan dos fórmulas ya usuales: *por la devoción al Corazón de Jesús al Reinado social de Cristo*; y aquella otra en que parecen ya identificarse las dos devociones: *el Reino del Corazón de Jesús*. Y esta devoción y esperanza de los fieles estriba principalmente en las promesas de Paray» (44).

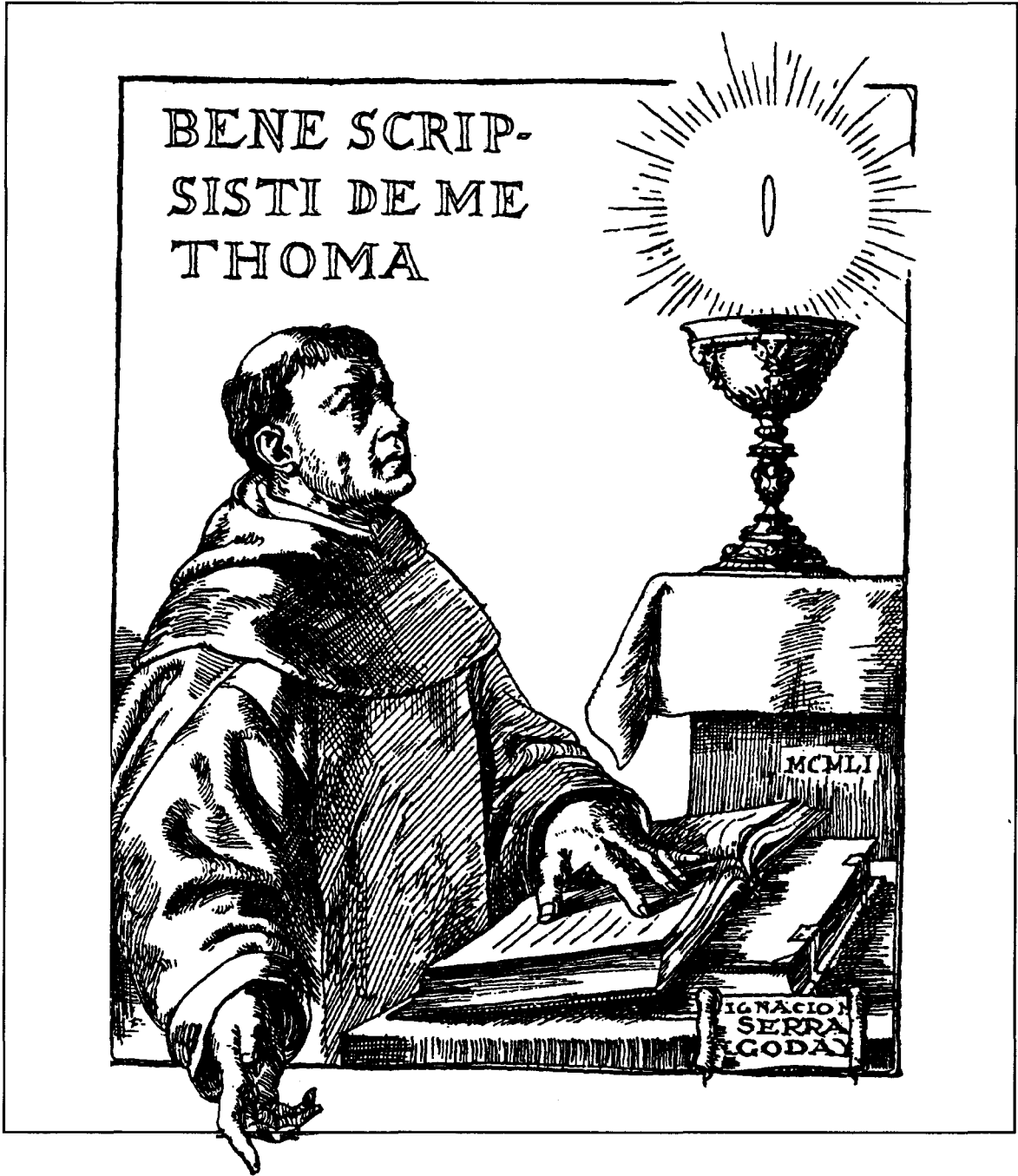
(41) Ibid., p. 467.

(42) Ibid., p. 466.

(43) Ibid., p. 467.

(44) Ibid., p. 467.

(Continuará)



VITALIDAD DEL TOMISMO

Fr. Jordi Maria Gil i Costa, O. Carm.

En los días 10 y 14 de marzo de 1963, o sea, hace 30 años, S. E. Mons. Dino Staffa, Secretario de la entonces Sagrada Congregación de Seminarios y Universidades, pronunció sendos discursos en las Universidades Pontificias, Lateranense y Santo Tomás de Aquino de Roma. En la primera con ocasión de la inauguración oficial de la Cátedra de Santo Tomás de Aquino, y en la segunda, con motivo de la proclamación de Universidad del que hasta entonces era Pontificio Ateneo Angelicum.

El primer discurso versó sobre el Retorno al Tomismo y el segundo sobre la Vitalidad del Tomismo.

Fruto de ambos importantísimos parlamentos fue la publicación del folleto que tiene por título «Vitalidad del Tomismo» el cual se publicó en Roma el mismo 1963 y en la que hay también la versión española.

En el discurso Retorno al Tomismo hay una pregunta de importancia capital: ¿Por qué los Sumos Pontífices han impuesto la enseñanza del tomismo solamente a partir del siglo XIX?

La respuesta constituye la motivación principal del discurso pronunciado en la Lateranense.

En su sabia argumentación dice que «mientras surgían herejías, aunque fueran gravísimas, o errores filosóficos que no afectaban tan directamente a la razón humana, la Iglesia se limitaba a llamar con frecuencia la atención y a recomendar simplemente la filosofía tomista.

Pero, en el siglo XIX, la filosofía moderna pone en duda o destruye totalmente el poder de la razón, negando su compatibilidad con la fe y pervirtiendo al mismo tiempo el orden moral, familiar y social. El asalto atacaba a todas las verdades de la fe, pero partía del plano enteramente filosófico, y por entero desde este nivel debía ser rechazado. Puesto que la duda, el error y la negación eran totales, la elección se había hecho por lo mismo inevitable, mas también simplificada: o la irracionalidad pura, o el realismo integral según el sentido de Santo Tomás».

En la Encíclica «Aeterni Patris» encontramos estas fundamentales palabras: «El Doctor Angélico indagó las conclusiones filosóficas en las esencias y principios de las cosas, que se extienden con la mayor amplitud y parecen encerrar en su seno las semillas de verdades casi infinitas que oportunamente habían de ser descubiertas

con fruto abundantísimo por los maestros posteriores. Habiendo empleado también este método de filosofar para refutar los errores, consiguió el Santo Doctor no sólo vencer por sí solo todos los errores de los tiempos pasados, sino también suministrar armas invencibles para refutar los errores que se habían de suceder en los tiempos venideros. Además, distinguiendo muy bien la razón de la fe, como es justo, pero asociándolas amigablemente, conservó los derechos de una y otra, proveyó a su dignidad de tal suerte que la razón, elevada a la mayor altura en alas de Tomás, ya casi no puede levantarse a regiones más sublimes, ni la fe casi no puede esperar de la razón más y más poderosos auxilios que los ya logrados por medio de Tomás».

Desde el siglo XVI, abandonando el surco tradicional, se multiplicaron los sistemas de pensamiento y los consiguientes contrastes, incluso sobre los principios fundamentales de los conocimientos humanos.

Gregorio XVI condenó el tradicionalismo y a Hermes.

Pío IX lo hizo con Günther y Frohschammer.

Todos ellos trataron de compaginar directamente el racionalismo con la Revelación.

Con la «Pascendi» de San Pío X se condena el Modernismo; y con la «Humani Generis» de Pío XII se repite la condenación.

En la Pascendi nos dice el gran papa santo del siglo XX: «no hay otro indicio más claro que uno empieza a favorecer la doctrina del modernismo, que el comenzar a rechazar el método de la escolástica».

Llama el Papa Santo al modernismo «síntesis de todas las herejías».

Pío XI dice que «a ningún Doctor de la Iglesia temen tanto los modernistas como al Aquinatense».

Mons. Staffa da la siguiente acertadísima opinión. «El tomismo no es de derechas ni de izquierdas; está, como la verdad, por encima de todos los egoísmos y de todas las divisiones».

Manifiesta la importancia de que se hubieran podido evitar muchas lamentaciones en la desviación de la verdad si se hubiera escuchado la llamada de los Sumos Pontífices, «y en vez de considerar el tomismo como una especie de reliquia histórica que sólo se debe estudiar en actitud de historiador, hubiesen hecho de él un punto de partida y al mismo tiempo un instrumento para las

más variadas exploraciones; si se hubiesen realizado fiel y puntualmente el programa de la Iglesia, que no es el de favorecer a una parte u otra en una empresa humana, sino servir siempre a la verdad para el bien de las almas y del mundo; si hubiesen superado la división de las diversas escuelas que hace fragmentaria y estéril y a veces desorientadora su actividad, la metafísica tomista, nuestra metafísica, en estos años habría podido iluminar e iluminarse plenamente con los progresos de las ciencias positivas, que han sido aprovechados en cambio por filosofías erróneas, y habría podido presidir más eficaz y decididamente la elaboración del nuevo orden social que la situación presente del mundo reclama con tanta urgencia».

Maritain en la fase más luminosa de su pensamiento dijo: «Vae mihi, si non thomistizavero».

Pasando al segundo discurso que tiene por título el mismo del presente artículo, con ocasión de la erección de la Universidad de Santo Tomás de Aquino de la urbe, presentó Mons. Staffa en él tres interrogantes, 3 cuestiones.

Filosofía y autoridad. Primera cuestión: ¿Cómo puede la Iglesia imponer una determinada filosofía sin violar los derechos de la razón a la búsqueda de la verdad, en que consiste la filosofía?

Inspirado en el discurso que el P. Lacordaire dio en Toulouse el 18 de julio de 1852 responde que el hombre, ni siquiera Dios crean la verdad. Dios la contempla en sí y la comunica. El hombre la busca y conquista con su razón.

Aspiración propia y deber de la razón y de la filosofía son el anhelo y el descubrimiento de la verdad, es decir, del ser.

Cuando la verdad descubierta sea nueva, tendremos progreso. Pero cuando lo nuevo está dissociado de la verdad no habrá adelantos en el conocimiento del ser y de la verdad, con lo que no se da, en tal caso, una conquista de la razón, sino un simple fruto de la imaginación.

Las novedades que se apartan de la verdad y no obstante, se presentan como verdades, en realidad constituyen un obstáculo para el progreso del pensamiento; peor aún: son un engaño.

Cuando estas novedades atacan a los principios en que se apoya la fe, nadie puede negar a la Iglesia, su depositaria y guardiana, el derecho de tomar las medidas convenientes para defenderla. Ella está capacitada e incluso puede tener el deber de juzgar qué sistema de pensamiento humano coincide del modo más adecuado y perfecto con la Revelación divina.

«La filosofía tomista, por estar escrita por la Iglesia,

no deja de ser filosofía, es decir, tarea exclusiva de la razón. La autoridad que la impone no pretende sustituirse a la demostración y a la evidencia intrínseca de sus conclusiones. La aceptación de los principios del tomismo no altera su naturaleza de conquista filosófica para convertirse en acto de mera obediencia a un principio extrínseco a la razón, sino que continúa siendo esencial y directamente un asentimiento de ésta, debido a la eficacia intrínseca de sus pruebas.

La prescripción de la Iglesia es, pues, una garantía, una confirmación, un argumento extrínseco, pero de un valor inconcuso y soberano, puesto que esta filosofía, y sólo esta, es la que el Cuerpo Místico de Cristo usa y admite en su vida intelectual y doctrinal. De este modo, la seguridad que la razón humana había alcanzado con sus conclusiones plenamente demostradas, y por tanto definitivas, recibe una confirmación indirecta, pero absolutamente cierta. Lejos, pues, de impedir o de estorbar la investigación de la mente humana, la Iglesia establece el punto de partida para ulteriores investigaciones, con vistas a un verdadero progreso filosófico en un nivel más alto, es decir, más allá de las certezas ya alcanzadas e indestructibles.

Efectivamente, así como no significa un progreso la novedad que disiente de la verdad, así tampoco es progreso el esfuerzo que ignora o reniega de la verdad ya descubierta y demostrada. De otro modo, la filosofía se convertiría en el absurdo de una investigación incesante e inútil, sin posibilidad, presente o futura, de hallar jamás el objeto de la investigación. De igual manera deberíamos también concluir que todo magisterio, enseñanza o guía en el camino del pensamiento, sobre todo cualquier cátedra de filosofía, sería una limitación y una ofensa. Por el contrario, el pensamiento filosófico se ha desarrollado siempre, desde sus comienzos, bajo la guía de los grandes maestros, y quienes hoy rechazan al magisterio de la Iglesia, avalado por una experiencia milenaria, empiezan con un acto de fe ciega en las presuntas conquistas de Kant, de Hegel o de Feuerbach; y no creo ser yo el único que piense que si Heidegger, Bergson y el mismo Kant sobre todo este último, hubiesen conocido bien a Santo Tomás, no se habrían fatigado inútilmente en buscar lejos lo que con un poco de esfuerzo, habrían encontrado más cerca».

Santo Tomás no es un límite de la cultura, ni siquiera un punto de parada. es una piedra miliar, una guía, o —si se prefiere— un faro orientador.

El Tomismo y los demás sistemas. Segunda cuestión: Si la Iglesia ha hecho suya la doctrina de Santo Tomás, y si sólo él es el Doctor Común, es decir, universal de la Iglesia los demás Doctores que la Iglesia ha igual-

mente ensalzado ¿han de ser dejados al margen? Y han de ser también desechados los esfuerzos y las conquistas del pensamiento moderno?

Ninguna otra doctrina, excepto la tomista, la ha hecho suya la Iglesia, ninguna otra ha sido prescrita, como aquélla, con ley universal: Santo Tomás ocupa en la Iglesia un puesto único, él es el filósofo y el teólogo del Pontificado Romano.

La Iglesia no pretende ligar al presente lo que pertenece irremediabilmente al pasado, sino conservar para el presente y para el futuro lo que tiene la actualidad de lo eterno, por eso hay que hablar de tomismo, y no de neo-tomismo.

La parte perenne e inmutable, por ser absolutamente cierta, está constituida por los principios, es decir, por los fundamentos de la doctrina, por los elementos constitutivos del sistema, y con inevitable consecuencia, por las conclusiones que por necesidad lógica derivan de aquellos principios, pues de otra forma serían principios de nada.

No se trata de una doctrina que extrae sus conclusiones de los experimentos y de los instrumentos científicos, que pueden perfeccionarse cada día; sino de una doctrina que toma sus principios de la experiencia común y de ésta deduce, guiada por la recta razón, las otras verdades metafísicas, que son inmutables porque se fundan en la naturaleza misma de las cosas.

Lo que se ha andado fuera de camino no puede ser considerado como un progreso y que los esfuerzos ingentes de los últimos siglos no han contribuido en la proporción en que hubieran debido y podido, es decir, en la medida del esfuerzo empleado, a la construcción del templo de la verdad, que había sido también el de la bondad y de la paz.

Si toda la realidad se funda en el pensamiento y el pensamiento es un acto del sujeto humano, ninguna realidad existe fuera del hombre, y así no hay lugar para Dios.

Ahora bien, si el progreso del pensamiento se realiza por la integración de la verdad anteriormente descubierta con la verdad descubierta posteriormente, el progreso del tomismo y en el tomismo consiste en integrar a la base granítica, puesta por Santo Tomás, todo lo verdadero, lo realmente bueno y realmente bello, descubierto después de él; en animar, salvar y unificar las conquistas, las penetraciones y perfeccionamientos adquiridos en tiempos posteriores: rechazando el materialismo y positivismo, pero estimando debidamente las experiencias; condenando el idealismo, pero destacando, como es justo, la actividad constructiva, aunque subordinada, del espíritu humano en la justa jerarquía de los valores

reales y especulativos; no confundiendo la verdad con el error, aunque aquélla sea antigua y éste moderno, sino informando con los principios imperecederos los elementos, tan palpitantes de vida y humanidad, como un volcán, va arrojando, sin cesar, desordenada y peligrosamente.

La Iglesia, en efecto, no entiende la doctrina del Angélico en sentido estático, sino dinámico, de tal manera, que, en conformidad con sus principios sean interpretados, coordinados, iluminados todos los valores y conclusiones aceptables de la gnoseología, la psicología, la cosmología, la metafísica, la ética, la estética, el derecho, la política, la sociología, la economía, las ciencias positivas, y, con mayor razón, los resultados de las ciencias teológicas. A propósito de las cuales, podrían ser todavía útil la advertencia de Lacordaire, de que la teología tomista, puede llegar a una especie de compilación de textos, en que la tradición se encuentra presente por la memoria, pero que no se ofrece como coherencia de pensamiento, o por lo menos no constituye lo que en un edificio es su basamento, su grandeza y su profundidad».

Ninguna de las maravillosas conquistas de la ciencia moderna, sobre todo de la física, son inconciliables con la doctrina tomista, sino que más bien la integran y la iluminan. Podemos leer en la «Aeterni Patris»: «Las mismas ciencias físicas tan apreciadas hoy y que por tan admirables inventos conquistan por doquier singular estima, lejos de recibir daño alguno de la restauración de la antigua filosofía, más bien recibirán grande ayuda».

El Tomismo es universal. Tercera cuestión: ¿Cómo puede el tomismo, expresión propia de la cultura occidental, ser aceptado por los pueblos lejanos, especialmente del Medio y del Extremo Oriente, que tienen su cultura propia, su propia filosofía, su propia y antigua civilización?

Ante todo se puede y se debe discutir si la filosofía tomista es occidental. Para valorar la solidez de un sistema filosófico importa poco el lugar donde haya surgido y en que inicialmente se haya propagado. Lo único que importa es saber si es verdad o no. La verdad no cambia con el tiempo, porque es eterna; y ni siquiera se modifica al cambiar de lugar, puesto que se funda, se define y se mide por la naturaleza del ser, y, por lo tanto es universal.

Dice San Basilio que «...del mismo modo que lo esencial del árbol es producir frutos a su debido tiempo, y, sin embargo, las hojas que ondean en las ramas le dan también cierto adorno; así el fruto esencial para el alma es la verdad, pero no debe despreciarse la vestidura de la doctrina profana que se asemeja a aquellas hojas

que dan al fruto sombra y agradable aspecto».

La verdad, cualquier verdad, aun permaneciendo sustancialmente inmutable, incluso en la terminología que puede tener valor sustancial, puede y debe ser propuesta de forma que responde mejor a la idiosincrasia y a la cultura de aquellos a los que va dirigida, y revestirse incluso de la doctrina profana que la haga más agradable, más fácil, más apreciada, de los individuos y de los pueblos.

Lejos de ser un elemento de división entre Oriente y Occidente, la doctrina del Doctor Común constituye la base universal necesaria e insustituible para todos los que aman la verdad.

Se postula, ante el pensamiento occidental, que ya ha llegado al término de su carrera, después de haber realizado el proceso de autodestrucción debida al desarrollo del error inicial, que el reconstructor intelectual del Oriente y el Occidente será Santo Tomás de Aquino.

Como conclusión cito las magníficas del conferenciante cuando dice: «Nosotros con la Iglesia agradecemos a través de los siglos a Santo Tomás haber sacrificado su existencia, su genio, su tranquilidad externa a la unidad en la verdad, en los momentos agitados y decisivos de una época turbulenta en la que una ciencia y una filosofía de inspiración pagana se oponían a la

teología y a la Revelación, amenazando con una ruptura abierta y fatal. Santo Tomás construyó, demostró y fortaleció para siempre la unidad total, esencial y orgánica del pensamiento cristiano».

Si la teología quiere hoy abrirse nuevos caminos y enfrentarse con problemas no solventados, ha de hacerlo desde la rampa del pensamiento de los grandes teólogos y pensadores de tiempos pasados. Al menos, es así como la Iglesia proyecta la teología de las nuevas generaciones, pues el mismo Concilio Vaticano II amonesta a los estudiantes «a aprender e ilustrar los misterios de la salvación y a penetrarlos profundamente mediante la especulación, conducidos por el magisterio de Sto. Tomás» (Decreto *Optatum totius* 16). Y el reciente Código del Derecho Canónico reitera que los estudiantes de teología deben adentrarse en el estudio de la verdad revelada «teniendo especialmente como maestro a Sto. Tomás» (c. 252 §3).

Tomando el Índice de textos (pág. 676) del catecismo de la Iglesia Católica, en su edición castellana, llama la atención la gran cantidad de citas del Doctor Común, Santo Tomás de Aquino.

La vitalidad del tomismo indudablemente queda bien corroborada con estos pronunciamientos de importancia capital en este momento eclesial tan esperanzador.



EL ESPÍRITU SANTO, ALMA DEL REINO DE DIOS

LA PRESENCIA DEL REINO DE DIOS ENTRE LOS HOMBRES POR LA ORACIÓN (III)

Miguel Subirachs Torné

INTRODUCCIÓN

«El esplendor de la verdad brilla en todas las obras del Creador y, de modo particular, en el hombre, creado a imagen y semejanza de Dios» (Encíclica Veritatis splendor, párrafo de presentación).

«El reino de Dios es justicia y paz y gozo en el Espíritu Santo (Rm 14, 17). Los últimos tiempos en los que estamos son los de la efusión del Espíritu Santo» (Nuevo Catecismo núm. 2819).

Es doctrina admitida que en las Sagradas Escrituras se atribuye siempre al Espíritu Santo la misma función: la de santificar las almas. De la misma manera que Cristo ha sido enviado por el Padre para salvar el mundo, así, una vez finalizada su misión, envía el Espíritu para completarla; consolará a los discípulos tristes por la partida del Maestro, les instruirá acerca de todo, les recordará y hará entender toda su enseñanza. Llenos del Espíritu Santo en Pentecostés, santificados ellos, inmediatamente ejercen el poder de santificar a los demás hombres. (El corazón de Jesús y la divinización del cristiano. E. Ramière)

EL ESPÍRITU SANTO, EL GRAN DESCONOCIDO, ALMA DEL REINO DE DIOS

No sabemos del Espíritu Santo sino lo que la revelación nos enseña. La fe aprecia en Dios la unidad de la naturaleza y la distinción de tres personas. En la donación del amor mutuo e infinito entre el Padre y el Hijo, existe una persona distinta subsistente, el Espíritu Santo, nombre con el que nos lo ofrece y denomina la sagrada revelación.

El Espíritu Santo es el amor substancial del Padre y del Hijo. En el lenguaje humano, el corazón es la expresión del amor, por lo que sería una analogía natural llamar

al Espíritu Santo el corazón de la divinidad (EL corazón de Jesús y la divinización del cristiano. E. Ramière).

Solo cuando se disipen las oscuridades de esta vida mortal podremos contemplar y entender este inefable misterio que, por otra parte, tan cerca tenemos en el interior del alma.

En efecto, la Iglesia, verdadero pueblo de Dios, reconoce y atribuye al Espíritu Santo la propiedad de conferir a las almas la vida sobrenatural. De la divina acción del Paráclito depende la vida sobrenatural y es el principio fundamental de y para el apostolado de los miembros del pueblo de Dios.

A su vez, la práctica que se deriva de este principio constituye el punto de partida del progreso espiritual y de la marcha progresiva desde la vida cristiana inicial común hasta las formas más elevadas de la santidad a la que están llamados todos los cristianos. Tanto individual como colectivamente: «Sed perfectos como perfecto es mi Padre».

De ahí que en la palabra «vivificante» esté encerrada, como en germen, toda la teología de la gracia santificante. Por ello, sin un adecuado conocimiento y una específica consideración traducida en culto, la semilla de vida cristiana infundido junto con El en el bautismo, se encuentra como paralizada, adormecida, inhibida y frenada en su posterior desarrollo.

Por ello el alma, que aspira y está llamada a más altas cimas de progreso espiritual, sufre, vegeta y se debilita en sus más íntimas expectativas de acercamiento a Dios que, como miembro del cuerpo místico de Cristo al pertenecer al pueblo de Dios, espera alcanzar con verdadera ansia.

Este mundo superior para el cual ha sido creado el hombre, que es el objeto de sus máximas aspiraciones,

en el que está llamado a vivir, es como si no existiese para él.

Por lo que, creado el hombre para las alturas del cielo y llevando en su interior la fuerza necesaria para ello, pero paralizada, no llega a apreciar más que lo terreno y lo sensible, de manera que su vida queda reducida a una vida puramente horizontal.

El medio de animarla a alcanzar las aspiraciones superiores es llevarla a conocer, invocar, amar, y vivir la unión íntima y entrañable con el Señor y dador de vida, el Espíritu Santo.

El nuevo Catecismo, en sus párrafos 733 al 741, establece la naturaleza del Espíritu Santo como Don de Dios que se hace presente en la Iglesia que es su Templo constituido por los miembros del Pueblo de Dios.

Dios es Amor y este Amor el mismo «Dios lo ha derramado en los corazones de los hombres por el Espíritu Santo que nos ha sido dado» (Rm 5, 5). Por lo que su presencia en las almas de los bautizados les confiere la aptitud para la plenitud en el actuar de la vida cristiana.

El Espíritu Santo es, por tanto, la luz y el fuego situados en el alma, necesarios para que este actuar esté provisto de la eficacia prometida por Cristo a sus discípulos de todos los tiempos para hacer presente el Reino de Dios entre los hombres de toda raza y condición. Protagoniza el papel del alma de la humanidad comprometida a realizar la civilización del amor.

EL ESPÍRITU SANTO Y EL ALMA PROTAGONISTAS DEL REINO DE DIOS

El santuario del alma bautizada es el lugar donde inhabita y se manifiesta el Espíritu Santo al estar en gracia de Dios: «Preguntado por los fariseos acerca de cuándo llegaría el Reino de Dios, respondiéndoles y dijo: No viene el Reino de Dios ostensiblemente. Ni podrá decirse: Heo aquí o allí, porque el Reino de Dios está dentro de vosotros» (Lc 17, 20-21).

Es en la eficacia de las tareas de la vida cristiana donde se manifiesta el Espíritu Santo al hacer presente, cada vez con más frecuencia, la necesidad e importancia de hacer todas las cosas por amor de Dios si se quieren recorrer todos los caminos de la perfección cristiana. El es el inspirador que hace realidad el que «todo cuanto hacéis de palabra o de obra, hacedlo todo en nombre

del Señor Jesús, dando gracias a Dios Padre por El (Col 3, 17).

Hoy día se defiende la interpretación de que no se trata de una presencia interior del Reino, sino del hecho de que el Reino de Dios se ha iniciado ya en Israel a través de la acción y ministerio de Jesús. Parece razonable, sin embargo, pensar que es precisamente en mérito a la Redención la razón por la cual Cristo inaugura el Reino y es El mismo la Buena Nueva para las gentes.

Esta perspectiva reafirma la realidad de la presencia interior del Reino de Dios en la medida que el Espíritu Santo es el alma del Reino. (El Corazón de Jesús y la divinización del cristiano. E. Ramière).

La Comunión con el Espíritu Santo es la que, en el seno de la Iglesia, como miembros del Cuerpo Místico de Cristo, devuelve a los bautizados la semejanza divina perdida por el pecado mediante el recurso a las fuentes inagotables de la misericordia divina traducidas en los sacramentos que administra la Iglesia para la salvación de las almas.

La gracia santificante, don sobrenatural y gratuito de Dios, es la base y fundamento de la inhabitación del Espíritu Santo y de toda la Trinidad Beatísima en el alma justificada: «Así, por la gracia, el Espíritu Santo está en nosotros para unírseles, dársenos y santificarnos» (*El Corazón de Jesús y la divinización del Cristiano*, E. Ramière).

Por la infidelidad, la indiferencia, la deslealtad y el pecado, en ejercicio de la libertad del hombre, el Espíritu Santo queda como sepultado en lo más profundo del santuario del alma bautizada, como bajo una pesada y gruesa losa representativa del lastre que significa el ser del mundo, tener la espalda vuelta a Dios y estar esclavizado por el imperio del maligno, el enemigo opuesto a Dios y al establecimiento de su reino. Aunque esta situación ha de ser temporal, en razón a la llamada permanente de la misericordia divina a la conversión.

Pero esta presencia real del Espíritu Santo en las almas es causa próxima de su divinización y del actuar en la plenitud de hijos de Dios. Y va aumentando como la planta que al principio no es más que germen y que posteriormente crece florece y da fruto: crecer en Dios y hacer crecer Dios en ella. Y con ella el Reino de Dios.

El sentir común de la Iglesia, desde los Santos Padres,

es que no se trata tan solo de que el alma en gracia posee los dones del Espíritu Santo, sino también su misma Persona, pues el mismo Cristo prometió el don real de su Espíritu en términos de absoluta claridad: «al que cree en mí, ríos de agua viva manaran de sus entrañas. Esto dijo del Espíritu que habían de recibir los que creyeran en El» (Jn 7 38, 39) .

Como las promesas del Salvador no se dirigen solamente a sus apóstoles, sino a todos los cristianos, San Pablo renueva lo dicho con la expresión de que: «vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo, que está en vosotros» (1 Co 7 19).

Para San Pablo, la posesión del Espíritu Santo por el alma constituye la realidad de su vida, como el cuerpo está vivo cuando el alma está presente en él; y las almas en las que no habita el Espíritu están muertas. Aunque existe en ello una gradación en la medida que el Espíritu Santo no se da a todos en la misma proporción, si bien para todas las almas esta unión es el principio de la vida y es, por consiguiente, tan real como la vida misma.

En la dimensión comunitaria y social del Pueblo de Dios, este principio de unión para poseer y disfrutar de la plenitud de la vida, obedece a un planteamiento semejante, por cuanto el Espíritu Santo es el alma del Reino de Dios y conforma la actividad de sus miembros.

El protagonismo de ambos en hacer realidad en el tiempo presente el Reino de Dios entre los hombres es, pues, la raíz y la prueba de su existencia ya ahora y en todo tiempo y circunstancia .

LA DIVINA MISERICORDIA DEFINE EL REINO DE DIOS MEDIANTE LA CIVILIZACIÓN DEL AMOR

La divina misericordia no cesa de mostrarse en cada persona para restablecer en ella la situación inicial de la gracia, como paso previo e indispensable para hacer realidad en todo tiempo y circunstancia el Reino de Dios.

El Corazón de Cristo es la manifestación de la divina misericordia al expresar el amor de Dios con el corazón de hombre. La presencia del Reino se realiza en la propia persona de Cristo, siendo el Corazón de Jesús santuario del Espíritu Santo (La divinización del cristiano. E. Ramière)

Cristo es en persona «la buena nueva», como él mismo

afirma al comienzo de su misión en la sinagoga de Nazaret (Lc 4, 18-22), aplicándose las palabras de Isaías referidas al Ungido: «El Espíritu del Señor, Yavé, está sobre mí, pues Yavé me ha unguido, me ha enviado a predicar la buena nueva a los abatidos y sanar a los de quebrantado corazón, para anunciar la libertad de los cautivos y la liberación a los encarcelados. Para publicar el año de gracia de Yavé» (Is 61, 1-2).

Al ser El en persona «la buena nueva», existe en Cristo la plena identidad entre mensaje y mensajero, entre el decir, el actuar y el ser. Es la razón de ser camino, verdad y vida. Es el principio y el fin de toda acción. Su fuerza, el secreto de la eficacia de su acción, consiste en la identificación total con el mensaje que anuncia. Proclama la «buena nueva» no sólo con lo que dice o hace, sino también con lo que es. El hombre es invitado a convertirse y creer en el amor misericordioso de Dios por él, «porque Dios es amor» (1 Jn 4, 8).

El Reino de Dios se realizará en la medida en que cada hombre, en primer lugar, aprenda a dirigirse a Dios como un Padre en la intimidad de la oración: «Cuando oréis, decid: Padre, santificado sea tu nombre, venga tu Reino, danos cada día el pan cotidiano, perdónanos nuestras deudas, porque también nosotros perdonamos a todos nuestros deudores y no nos pongas en tentación» (Lc 11, 2-4).

Y, en segundo lugar, se esfuerce en cumplir su voluntad: «No todo el que dice ;Señor, Señor!, entrará en el Reino, sino el que hace la voluntad de mi Padre» (Mt 7, 21).(Núm.13 Encíclica Redemptoris missio).

La civilización del amor pedida insistentemente para remediar los fallos en la convivencia entre los hombres ha de ser el entorno y el escenario en el que se haga presente el Reino de Dios, llevando a sus relaciones las características asociadas a la acción del Espíritu Santo en las almas.

EL ALMA HA DE ORAR EN EL CORAZÓN DE CRISTO PARA HACER PRESENTE EL REINO DE DIOS

El alma es el lugar de encuentro de la iniciativa de Dios cerca de cada hombre mediante la oración. La parábola de Cristo referida al juez incuo, «¿Y Dios no hará justicia a sus elegidos, que claman a El día y noche, aún cuando los haga esperar?»(Lc 18 1-8), es la encargada de mostrarnos que es preciso orar en todo tiempo y no desfallecer en la insistencia .

La devoción al Corazón de Jesús está destinada a regenerar en el amor a la sociedad, pero no lo conseguirá si no llega a todos el conocimiento interno de la gran dignidad y vivencia de lo divino que significa poseer realmente la presencia del Espíritu Santo en las almas y actuar en consecuencia.

Si se quiere que esta devoción produzca todos sus frutos; si se desea cooperar a la realización de las promesas del mismo Cristo que han acompañado su revelación, cabe considerarla siempre bajo esta premisa, popularizándola en este sentido (El corazón de Jesús y la divinización de cristiano. E. Ramière).

Al orientar la práctica de la devoción al Corazón de Jesús hacia la divinización del alma, es el medio seguro de la realización entre los hombres del Reino de Dios. En primer lugar, ya pertenecen al Reino por la Redención y por el bautismo, pero su naturaleza caída les aleja de él; y en segundo lugar, las promesas del mismo Señor contribuyen a potenciar la riqueza en auxilios que se ofrecen para recuperar la condición inicial y mantenerla en la vida diaria.

Todo ello hace de esta manifestación particular de la oración una verdadera base de partida para hacer realidad el Reino de Dios.

EL APOSTOLADO FUNDAMENTAL DE LA ORACIÓN

Juan Pablo II otorga a la oración el carácter de apos-

tolado fundamental. No en vano Santa Teresa del Niño Jesús, en su discreta presencia y actividad de religiosa de clausura, es maestra de espiritualidad en la oración y está a las puertas de ser declarada doctora de la Iglesia.

Y ello en mérito a saber expresar en toda su profundidad y en plenitud de sabiduría, por un lado, la importancia fundamental de la oración en la vida cristiana, y, por otro, el implícito abandono a la voluntad y acción de Dios, que es el verdadero protagonista y quien realmente actúa, en la inspiración de la misma oración y, también, en obrar aquello que nos conviene.

La confianza en Dios, en los términos expuestos en sus escritos por San Claudio de la Colombière, es motor espiritual para la realización del Reino de Dios en nuestros tiempos, pues sitúa en su verdadera dimensión la siempre fiel iniciativa de Dios hacia el obrar de los hombres y deja en sus manos misericordiosas el actuar en el alma para hacer realidad la luz y el fuego con que el Espíritu Santo ha de protagonizar la pertenencia al Reino de cada hombre, de cada familia y de cada pueblo.

Con la confianza en María que es, también, madre de misericordia porque Jesús le confía su Iglesia y toda la humanidad (Encíclica *Veritatis splendor*. núm. 120).

Contribuyendo a instaurar, con ella, la civilización del amor en el umbral del tercer milenio de la cristiandad que pronto se va a iniciar.

Bibliografía

1. *El Espíritu Santo y sus dones*. Antonio Royo Marín. BAC.
2. *Fundamento Bíblico de la teología del Corazón de Cristo*. Ignace de la Pottarie, S.I. Instituto Internacional del Corazón de Jesús. Congreso de Toulouse. 1981.
3. *La misión del Redentor*. Carta Encíclica de S.S. Juan Pablo II.
4. *El esplendor de la verdad*. Carta Encíclica de S.S. Juan Pablo II.
5. *El Corazón de Jesús y la divinización del cristiano*. E. Ramière, S.I. El Mensajero del Corazón de Jesús.

LA METODOLOGÍA MISIONAL DEL BEATO DIEGO J. DE CÁDIZ, A TRAVÉS DE SUS ESCRITOS

fr. V.S. de M., capuchino

En el año 1894, en ocasión de la solemne beatificación del Padre Cádiz, el Dr. Luis Jiménez de la Llave publicó en el Boletín de la Academia de la Historia (Tom. XXIV, pp. 438-442), un interesantísimo texto epistolar de Diego-José de Cádiz, dirigido al entonces Arzobispo de Toledo Don Francisco-Antonio de Lorenzana, después cardenal de la Santa Iglesia Romana.

Este documento, en el que el Beato Diego trazó los rasgos más significativos de su peculiar método misional, ha pasado muy inadvertido por los biógrafos del capuchino andaluz. El documento fue transcrito del original manuscrito que se conserva en el Archivo Municipal de Talavera de la Reina y, en ocasión del bicentenario del nacimiento del P. Cádiz, se reeditó en la imprenta de D. José de León, en Cádiz. Ahora, en la oportunidad del primer centenario de la beatificación del famoso predicador capuchino, de tanta incidencia en la sociedad hispana, ofrecemos de nuevo el texto, como modesta contribución al más exacto conocimiento de su fecunda labor apostólica, y como incentivo para la promoción de la urgente predicación de las MISIONES POPULARES, en nuestros barrios y comarcas, pueblos y ciudades, como respuesta pastoral a la necesidad de la NUEVA EVANGELIZACIÓN, solicitada por SS. Juan-Pablo II, buscando nuevos métodos, y aprovechando la fecunda experiencia de aquellos que nos precedieron y nos legaron su fe.



J. M. y J.
Excmo. Sr.:

SEÑOR:

Con el mayor aprecio recibo los títulos que para confesar, y predicar en su Arzobispado me remite V.E., favoreciéndome en ello sobre mi mérito: yo doy a V.E. las más rendidas gracias por ello, y quisiera saber significarle mi reconocimiento y mi deseo de acreditárselo con obras. Mas Dios nuestro Señor suplirá con su larga remuneración lo que por mi inutilidad no alcanzo, como

lo espero y se lo pido.

Las sabias y procedentes Instrucciones que V.E. ha tenido a bien de darme son tan acomodadas a mi modo de pensar, que parece leía V.E. mi corazón cuando las escribía: yo las he apreciado tanto como si el mismo Dios me las hubiese visiblemente comunicado y espero que en el Señor tengan su logro en mucha parte los intentos de V.E. A estos apetezco eficazmente contribuir, y para ello quiero que V.E. cuente con este pobre religioso y sus facultades todas, disponiendo de mí lo que y como guste en orden al fin ya expresado.

Mi método en las Misiones es publicarla con una simple procesión, al modo de un rosario, en que va delante la imagen de la divina Pastora, y al fin el Santo Crucifijo; se va cantando por dos eclesiásticos en tono de rogativa la Letanía de los Santos y yo exhortando al pueblo, y convidándolo a oír la voz de su Dios que le llama a penitencia; se termina en la Iglesia o en una plaza, si el concurso no cabe en aquella; y hago una plática, según me parece la requiere el pueblo. La mañana siguiente convojo para que asistan todos a una Iglesia capaz a hora competente, y allí hacemos pública rogativa, al modo que en el triduo antes de la Ascensión de Nuestro Señor, cantando la Letanía de los Santos y sus preces; después (si el día lo permite) se canta la Misa votiva *Pro remissione peccatorum* y concluída, suelo hacer una plática devota, en que exhorto a que pidamos al Señor por el fruto de la Santa Misión. Sigo después por las tardes el orden de ésta, reduciéndola a manifestar la obligación de un cristiano a vivir según la profesión que hizo en el Bautismo, arreglado a las leyes del Santo Evangelio y conforme a su ejemplar, Jesucristo mi Señor, insistiendo mucho en que cada uno atienda a las obligaciones de su respectivo estado, oficio y empleo.

Los ejercicios de cada tarde se reducen primeramente a un tercio de rosario, que sirve para enseñar esta santa devoción a todos, y conseguir la intercesión de la Virgen Santísima Nuestra Señora. A éste sigue (si es en la Iglesia), un breve rato de oración mental, que prácticamente hago desde el púlpito; concluída, explico un punto de doctrina

cristiana, y después el sermón. En todo esto suele gastarse el tiempo de dos horas, poco más o menos.

El penúltimo día por la tarde saco la procesión de penitencia en los mismos términos que la publicación, y sin cosa alguna de exterior mortificación, ni traje extraño de túnicas, etc. En la mañana de este día o de otro que sea conveniente se hace un aniversario de Vigilia, Misa, Sermón y responso por los fieles difuntos, para excitar a todos a su devoción y socorro.

Si se predica reservadamente al clero secular y regular, o es pueblo crecido que se le hayan de dar ejercicios, procuro manifestar nuestras graves obligaciones, contenidas y compendiadas en estos tres capítulos: 1^a La obligación de un eclesiástico en orden a Dios, por la necesidad de vocación, modo y deuda sobre el oficio divino, devoción y exactitud en el Santo Sacrificio de la Misa. 2^a En orden a los prójimos, proponiéndola como constitutivo esencial parcial de nuestro sacerdocio, por los medios del púlpito, o confesonario u otro alguno, según el talento, vocación, o gracia que Dios hubiere dado. 3^a En orden a sí propio, sobre la obligación de caminar a la perfección del estado, por medio de la observancia de los sagrados cánones, subordinación al propio Pastor u Obispo, y uso de otros medios que los Santos Padres nos señalan. Para la asistencia a estos ejercicios, o pláticas, encargo y suplico a los Señores Ilustrísimos, que en ninguna manera obliguen, precisen, ni manden a los eclesiásticos, sino que dejándolos en su plena libertad y a su devoción o arbitrio, sea un acto espontáneo y no violento, para que así oigan mejor, y con mayor fruto las delicadas, graves y estrechas leyes de nuestro sacerdocio; y la repetida experiencia que de esto tengo me ha hecho ver ser este medio más útil que el de precisarlos a la tarea de oír la Misión.

A las religiosas propongo el beneficio de su vocación y la obligación de corresponder a ella, según el fin para que fueron llamadas, que es la puntual guarda de su regla y constituciones, y para que fueron instituídas las Religiones, que es la unión y la caridad fraterna, y la vida común que observaban los primeros cristianos, cuyo fervor debe atenderse como hereditario en nosotros.

Cuando los Ayuntamientos de las ciudades piden pláticas reservadas, reduzco el asunto de éstas a proponerles la obligación de un Juez, Regidor, Abogado, Escribano, Procurador, etc., y manifestarles lo difícil de su salvación si o las ignoran o las quebrantan. Que son padres del pueblo y de cada uno de sus vecinos, espada de la Santa Iglesia, para como hijos, defenderla, auxiliando al Pastor, y sometiéndose a sus determinaciones para contribuir de todos modos a su celo y vigilancia por que no queden impunes los pecados, y sin remedio los escándalos; y por último, que como celadores de la Ley Santa de Dios, de

la Iglesia y del Reyno, deben ser los primeros en su cumplimiento, para poder con libertad corregir al delincuente.

En las cárceles suelo hacer una, o dos pláticas para enseñar a los pobres presos el modo de confesar bien y comulgar con fruto, para ganar el Jubileo de la Misión; para cuyo efecto se destina competente número de confesores el día antes de la comunión.

En la secuela de opiniones morales siempre me inclino a aquella que en el caso ocurrente juzgo ser más a propósito para el remedio de aquella alma y que menos le exaspere. Soy inclinadísimo a suavizar lo angosto, áspero y difícil camino del Cielo, y sin dispensar cosa alguna de la ley, facilitar su cumplimiento y atemperarla al genio, capacidad y disposición de cada uno. Estoy persuadido que el agrado, dulzura y afabilidad en el modo de explicar y proponer lo que Dios nos manda puede más aun con los más perdidos que el rigor y la aspereza; y que de este modo admiten mejor la doctrina, y se rinden a ella. La fuerza procuro ponerla en las razones y la claridad de su explicación, según el Señor me da, o es servido. Huyo de todo artificio en mi ministerio; porque me lleva toda la atención la sinceridad y lisura con quiere Dios propongamos a todos su divina palabra, y que tiene a su cargo darle la virtud que nosotros no podemos de modo alguno.

Los autores morales que más tengo en uso, son: el Ilmo. Genneto, el P. Bescombes, Golet ilustrador de Pontas, el Ilmo. Ligorio, el P. Bancel, Morales Divi Thomae. Algo del P. Concina, y los demás que V.E. en su apreciable instrucción señala.

Este es, Excmo. Sr., el método que sigo en mis Misiones: he molestado con su relación a V.E. para que si merece su aprobación lo siga, y si tiene algo que variar para su Arzobispado me lo prevenga, pues quiero ir en todo conforme a su modo de pensar, como un coadjutor suyo, que es lo que mi P. San Francisco nos aconseja, y el nombre que nos da, o título que señala a los Misioneros.

Este rumbo he seguido en las Andalucías, y con la gracia del Señor he cogido copiosos frutos: me persuado que siendo los castellanos más dóciles, y no de genios tan fuertes, no será en ellos inferior el aprovechamiento,

El Señor contribuya a los santos fines de V.E. como se lo pido; y me guarde su vida muchos años en su amor y gracia, para bien de la Santa Iglesia. Málaga 15 de Junio de 1781.

Excmo. Sr.

B.L.M. de V.E. su menor Capellán,
afectísimo y humilde siervo en el Señor,
FR. DIEGO JOSEPH DE CÁDIZ

Excmo. Sr. Arzobispo de Toledo mi Señor.

EL SENTIDO PROFUNDO DE LOS CAMBIOS ACTUALES (y II)

Fernando Gutiérrez G.

María y nuestra historia

Desde aquel «fiat» decisivo María es la Madre. Y con nosotros, con la Iglesia, se comportará siempre como la Madre solícita en este nuestro trayecto intra-histórico hacia la plenitud escatológica de los designios divinos. Porque su aceptación no fue «un simple consentimiento para el nacimiento de Jesús, sino la aceptación responsable de participar en la obra de salvación que Él venía a realizar» (34).

Al pronunciar su «fiat», María no se convierte sólo en Madre de Cristo histórico, «su gesto la convierte — afirma Juan Pablo II— en Madre del Cristo total, ‘Madre de la Iglesia’», título que le ha reconocido el Concilio Vaticano II. Porque, recuerda el Papa, como afirma San Anselmo, «desde el momento del ‘fiat’ María comenzó a llevarnos a todos en su seno» y, «el nacimiento de la cabeza es también el nacimiento del cuerpo», como proclama San León Magno. «Efectivamente, desde el momento en que la Virgen se convierte en Madre del Verbo encarnado, la Iglesia se encuentra constituida de manera secreta pero germinalmente perfecta, en su esencia de cuerpo místico: en efecto, están presentes el Redentor y la primera de los redimidos» (35).

El ‘fiat’ de María, que así respondió a la gracia, es la raíz de todos sus títulos y privilegios desde el punto de vista humano. Y «en el sentido de este ‘sí’ de María deberá centrarse toda la teología de la cooperación de María a la obra de la salvación» (36).

Por eso, todos los momentos de la Iglesia y del mundo se encuentran bajo «el sello» de María, de «la Mujer» que está al principio, en el Génesis (3, 15) y al final, en el Apocalipsis (12, 1). Su maternidad sobre nosotros, los hombres, encaja en la historia, en la historia personal de cada una y en la historia de todos los bautizados, extendiéndose incluso a todos aquéllos que aún no reciben la Buena Nueva.

Las palabras que Jesús pronuncia desde lo alto de la Cruz significan precisamente que la Maternidad de su Madre encuentra una «nueva continuación» en la Iglesia y a través de la Iglesia, simbolizada y representada por Juan (37). Por eso, desde su vida en la tierra

al lado del Redentor, y después, al inicio de la Iglesia en Pentecostés, Ella, «de modo discreto pero directo y eficaz, hacía presente a los hombres el misterio de Cristo. Y sigue haciéndolo todavía» (38). Y, «presente en la Iglesia como Madre del Redentor, participa maternalmente en aquella dura batalla contra el poder de las tinieblas» (39).

Esta presencia y solicitud maternal de María en la vida de las personas y de los pueblos ha sido constantemente subrayada por la Iglesia y, últimamente el Papa, al visitar con ocasión de sus múltiples viajes los principales santuarios marianos del mundo, ha hecho especial hincapié en ello. Ha recordado esta consoladora y actual verdad en innumerables alocuciones, catequesis, oraciones y Documentos de su Magisterio. Recientemente, al iniciar su peregrinación apostólica por tierra mexicana, en su primera homilía, dijo: «Cristo, Redentor del mundo, está presente en la historia, generación tras generación por medio de su Santísima Madre, la misma que lo dio a luz en Belén, la misma que estaba junto a la Cruz en el Gólgota... *Cristo por medio de la Virgen María, ha entrado en las vicisitudes propias de todas las generaciones humanas...* El lugar en que nos hallamos, la venerada Basílica de Guadalupe, confiere a este *hecho salvífico* un testimonio de insuperable elocuencia» (40) (el subrayado es nuestro).

Si por medio de Ella se ha hecho Hombre, es de su agrado que también por su medio su presencia salvadora se muestre a los hombres. En las luchas que han de combatir el Espíritu de Cristo y sus proyectos amorosos contra el espíritu del mal y su avance en el mundo, María, la Mujer del Génesis que con su descendencia aplasta la cabeza de la serpiente y que tendrá enemistad perpetua con ella, y que en el Apocalipsis aparece también en lucha, tiene un papel protagónico central. Así, muchos cambios en la historia, en los que se juega la libertad de la Iglesia y de la fe, así como la dignidad humana que es imagen de Dios, evidencian

(40) «Segunda visita pastoral a México»; Conferencia del Episcopado Mexicano, México 1990, p. 11.

esa presencia amorosa de la Santísima Virgen María.

El testimonio de Juan Pablo II

Es inmediatamente evidente que los frutos de los actuales cambios en la Europa centro-oriental son positivos, aun cuando la consolidación de los proyectos de los hombres y de los pueblos sigan en curso. El Papa ha insistido ya en innumerables ocasiones que «son un don de Dios», porque además de su signo, se han realizado muy rápido y, salvo una o dos excepciones, han sucedido pacíficamente, sin violencia ni derramamiento de sangre.

En su viaje a Checoslovaquia (21-22 de abril de 1990), al preguntarle en el avión un periodista sobre «el papel de la Iglesia para explicar lo sucedido en estos países», el Santo Padre contestó, entre otras cosas: «sobre todo me inclino profundamente, con gran humildad y confianza profunda ante la Providencia Divina que guía la suerte de los pueblos, de las naciones, de todo hombre y de la entera humanidad» (41).

Lo positivo de los acontecimientos de 1989 se puede resumir del modo siguiente: se abren fronteras y muros entre los pueblos, los cuales antes los separaban violentamente; se estrechan lazos de amistad entre las naciones, en un diálogo y una concertación libre y de respeto mutuo; las personas y las naciones recobran derechos y libertades antes negados sistemáticamente; comienzan a estructurarse regímenes democráticos de participación ciudadana, como emergiendo de la «subjetividad» propia de las naciones (42); se desechan ideologías utópicas y totalitarias, tratando los pueblos de recuperar su propia identidad cultural y espiritual; casi por principio, aunque con la prudencia necesaria, se está excluyendo el armamentismo y la alineación en bloques militares, por parte de las naciones recién liberadas. Con esto se ha quebrado el anterior esquema de equilibrio mundial, que era la guerra fría y la hegemonía de las grandes potencias militares; y los cambios, en sí mismos, han repercutido y repercuten en todo el planeta. Para la vida de la Iglesia, igualmente los acontecimientos han sido favorables: se rehabilitan Obispos y sacerdotes antes perseguidos, se lava la memoria de los antaño vilipendiados; se restablecen orgánicamente las sedes episcopales antes sin pastor, así como las conferencias episcopales nacionales; nuevamente, las naciones sojuzgadas por el marxismo, entablan relaciones diplomáticas al más alto nivel con la Santa Sede; también, para las Iglesias locales, se reabren los seminarios y casas de formación de diversas órdenes religiosas; la Iglesia católica, lo mismo que otros credos, empieza a recuperar sus templos y demás edi-

ficios para las actividades que les son propias; asimismo, recupera nuevamente sus derechos a enseñar religión en sus propias escuelas y a fundar y administrar sus propios instrumentos de difusión religiosa (43).

Lo anterior, casi de modo uniforme, se vive ya actualmente en Polonia, Hungría, Checoslovaquia, Alemania Oriental, Bulgaria, Rumanía, y el oleaje de reacomos positivos que comienza a tener ecos en las repúblicas soviéticas del Báltico y en Ucrania, naciones de tradición cristiana que no sin obstáculos anhelan restablecerse en su propia soberanía. Aunque en muchos puntos ciertas cosas no se aclaran del todo, y aunque los proyectos de los hombres en lo económico y político adolecen de fallos y de una relatividad sustancial, lo que ha acontecido en poco menos de un año, era apenas un sueño hace años.

El Papa ha testimoniado que estos cambios tan admirables se deben a la acción de María, como vehículo de la Providencia extraordinaria de Dios. Durante el vuelo de su primer viaje del año a Cabo Verde y demás países del Sahel africano, el 25 de enero, a la pregunta de un periodista sobre las predicciones de Fátima y los actuales acontecimientos en la Unión Soviética, el Pontífice contestó: «...sabemos bien que Ella es la Madre de los pueblos, y lo que ahora se vive en Rusia, en la parte oriental y centro-oriental de Europa, ocurre ciertamente para respetar mejor los derechos humanos. Podemos atribuir esta solicitud a la Madre» (44).

Pero la ocasión en la que el Santo Padre ha dado últimamente la clave para entender el «sello mariano» de los actuales acontecimientos, ha sido durante su tradicional «saludo a los peregrinos», después de la Catequesis del 23 de mayo de 1990 (45). Al dirigirse a sus compatriotas, en lengua polaca, ha recordado la solemne consagración del «Milenio Polaco», realizada el 3 de mayo de 1966 en Jasna Gora «desde la profundidad de un gran dolor, desde el centro de tantas aflicciones y limitaciones», ha dicho el Papa evocando la

(41) L'OR: 29-IV-90, p. 7.

(42) En las palabras del Papa a sus compatriotas, durante el «saludo a los peregrinos» después de la Catequesis del sábado 21 de julio de 1990, refiriéndose a la nación húngara, dijo: «Un camino difícil para llegar a ser 'sujeto' de la vida social. Para llegar a la existencia soberana de una nación que durante la historia de Europa ha tratado muchas veces de trazar su propia identidad». L'OR: 29-VII-90, p. 2.

(43) «Chrétiens de l'Est, Faits et Temoignages». Revue trimestrelle d'information de AIDE A L'EGLISE EN DETRESSE. 4^o trim. de 1989 et 1^o trim. de 1990.

(44) L'OR: 4-II-90, p. 8.

(45) L'OR: 27-V-90, p. 3.

situación de la Iglesia y de la nación polacas en aquella no lejana fecha. Ha recordado a los polacos que aquella consagración se hizo «POR LA LIBERTAD DE LA IGLESIA EN EL MUNDO CONTEMPORÁNEO Y POLONIA». Y luego les ha recomendado: «*no podemos olvidar estas palabras*. No las podemos olvidar ahora mientras somos testigos de los cambios que se están produciendo en Polonia y también entre nuestros hermanos afines y los vecinos. Estos cambios son para mejor». «Los cambios y las transformaciones que en estos países se van abriendo camino —señaló—, sólo los comprenden del modo más justo aquellos que han experimentado los tormentos, las discriminaciones, las persecuciones, las cárceles y los campos de concentración» (46).

Para encontrar nosotros el sentido de aquellas palabras consagradoras, que el Papa pide a sus compatriotas «no olvidar», es conveniente remontarnos a otro momento de su Pontificado en el que ahondó en tales palabras. En el año 1979, al visitar por primera vez su Patria como Pontífice de la Iglesia Católica, Juan Pablo II recordó y sintetizó con profundidad, en su homilía en Czestochowa (lugar mismo en que el Cardenal Wysinski, encabezando al Episcopado, a la Iglesia y a la nación polacas, hizo la consagración), el 4 de junio, el espíritu de aquella histórica entrega a María Santísima, Madre de Dios y de los hombres. Fue un «acto de total esclavitud a la Madre de Dios, por la libertad de la Iglesia en Polonia y en todo el mundo..., ante el Papa Pablo VI, presente en espíritu, como testimonio de esta fe viva y fuerte que esperan y exigen nuestros tiempos, dijo el Papa en aquella ocasión. Luego explicaba: «él habla de la 'esclavitud' y esconde en sí una paradoja semejante a las palabras del Evangelio, según las cuales, es necesario perder la propia vida y encontrarla de nuevo (Mt 10, 39). En efecto, el amor constituye la perfección de la libertad, pero, al mismo tiempo, 'el pertenecer', es decir, el no ser libres, forma parte de su esencia. Pero este 'no ser libres' en el amor, no se concibe como una esclavitud, sino como una afirmación de la libertad y como su perfección. El acto de consagración en la esclavitud indica, pues, una dependencia singular y una confianza sin límites. En este sentido, la esclavitud (la no libertad) expresa la plenitud de la libertad, del mismo modo que el Evangelio habla de la necesidad de perder la vida para encontrarla de nuevo en su plenitud» (47).

Esta admirable paradoja sólo se da en el plano de la fe y en la perspectiva de la vida divina. Su primer analogado humano es aquella entrega en la fe que hizo María de sí misma al amor solícito del Padre, como «la esclava del Señor», alcanzando con ello el acto más

sublime de libertad y haciendo posible la Encarnación del Verbo. El analogado absoluto de esta paradoja, raíz y principio de toda otra, es la Muerte, el anonadamiento extremo de Cristo, y su gloriosa y triunfante Resurrección. Para el cristiano es el reconocimiento de la voluntad de Dios «en la tierra como en el cielo», en la propia vida personal y social, con lo que se rescata en plenitud el sentido de la vida y de las cosas. «¡Démos —pide el Papa— a la voluntad de Dios derecho y poder en esta tierra! (48). Así que en este plano se movía la consagración de Polonia a la Virgen María.

Y bien, esa entrega en la esclavitud ha hecho el milagro de la libertad. Así lo reconoció el Santo Padre ante sus compatriotas en la Catequesis antes mencionada: «La materna esclavitud como precio de la libertad de las conciencias humanas, el precio de la libertad religiosa, de la Iglesia, de la persona y de la sociedad» (49), concluye rotundo.

Posteriormente, una semana después, ha vuelto sobre el tema al hablar de la libertad religiosa según la enseñanza conciliar (*Dignitatis Humanae*, nn. 1, 2, 3), dirigiéndose igualmente a sus compatriotas: «es difícil —ha dicho— olvidar de qué modo tan terrible se han violado en el curso de nuestro siglo estas verdades y principios fundamentales, especialmente en algunos períodos y en algunos países. De este hecho proviene, pues, la elocuencia enorme del acto de consagración de Jasna Gora para la libertad de la Iglesia en el mundo y en Polonia» (50).

La fe puede mover montañas

Sin temor a exageración, sino seguros por la orientación del Sumo Pontífice y por el reconocimiento del gran amor de Dios, podemos catalogar los acontecimientos trascendentales del año pasado como provenientes de la Providencia sobrenatural de nuestro buen Padre, que ha escuchado el clamor de sus hijos y ha visto su fidelidad en el crisol de las pruebas. Por eso el Papa ha reconocido a los checoslovacos, durante su histórico viaje a esas naciones: «vuestra victoria tiene sus raíces

(46) *Ibidem*.

(47) *Peregrinación apostólica a Polonia*. BAC-minor, Madrid 1979, p. 75-76.

(48) Mensaje del Papa a los participantes en el 90º 'Katholikentag', de los católicos alemanes, reunidos en Berlín el 23 de mayo de 1990. L'OR: 24-VI-90, p. 4.

(49) L'OR: 27-V-90, p. 3.

(50) Saludo a los peregrinos, después de la Catequesis del 30 de mayo de 1990. L'OR: 3-VI-90, p. 3.

en el corazón de vuestro sufrimiento. Vuestra victoria es fruto de vuestra fidelidad, que es un aspecto importante de la fe..., de esa fidelidad ha nacido vuestra liberación. No os ha sido dada desde el exterior, ha nacido desde el interior, de la cruz plantada en vuestra vida» (51). Ha sido, les dijo, «la fidelidad a Cristo crucificado en el momento de vuestra propia crucifixión, y la fidelidad al Espíritu que os conducía a través de las tinieblas» (52).

Después de Dios y María Santísima, pero en la misma órbita de la Providencia divina, el factor humano que más ha contribuido a reformar la faz de las naciones centro-orientales de Europa, ha sido la confianza y el abandono en la fe a la misericordia divina, el sufrimiento ofrendado en la Cruz del Redentor y la oración continua. De allí el reconocimiento del Santo Padre de la trascendencia de la consagración de Jasna Gora, lo mismo que las anteriores palabras a los checos. A éstos, en su llegada al Aeropuerto de Praga, ya les había dicho: «los sufrimientos de los perseguidos por la justicia (Mt 5, 19), la solidaridad de cuantos se han unido en el empeño por la dignidad del hombre, el ansia sobrenatural ínsita en el alma humana, y la oración de los justos, han contribuido a que se encuentre el camino de la libertad en la verdad» (53).

Lo volvió a recordar a los católicos de Alemania Oriental, el 18 de mayo, cuando les habló en su primera peregrinación a Roma, después de los acontecimientos de 1989: «durante las semanas —ha observado— de las subversiones, se dijo muchas veces que la oración había producido los cambios. El Señor escuchó vuestra plegaria y la nuestra. Dirigirse al Señor con la oración significa cambiar el mundo... Todos los muros y las defensas humanas aparecen como efímeras y superables ante el poder de Dios. Dios oye la oración de sus hijos, la escucha y les da todo bien» (54).

¡Qué admirable es el poder del sufrimiento, de la oración y del cuidado del prójimo! Afianzados en la fe y en la confianza total a Dios, atraen la omnipotencia divina para renovar la faz de la tierra. En ese espíritu y frente a los acontecimientos, el Papa ha recordado últimamente la constancia con la que se ora a la Madre de los hombres y de la Iglesia en Jasna Gora, «por las naciones, a las que de diverso modo la historia nos acercó en el pasado...» (55). Y en el discurso que dirigió a los Obispos católicos de rito ucraniano reunidos en Roma, les manifestó: «creemos que su sacrificio y su oración nos han obtenido la gracia de este momento, de este nuevo comienzo» (56). La Iglesia Católica uniata o ucraniana ha sufrido como pocas los excesos del régimen marxista soviético. Ha sido despojada de todos sus templos, que han convertido en edificios públicos o se han entregado a la Iglesia Ortodoxa rusa; sus fieles han sido puestos completamente fuera de la ley

y han tenido que vivir en la clandestinidad y en las catacumbas durante varias décadas. Apenas se empieza a encender una luz para ellos. De allí el fuerte significado de las anteriores palabras del Papa a los Obispos ucranianos sobre el valor de su sufrimiento y de su oración, así como de su pueblo, pues a pesar de todo siempre se han mantenido fieles al Evangelio y a la Sede de Pedro.

* * *

Ese es el espíritu que campea en todas sus «Enseñanza al Pueblo de Dios», y en su devoción tan tierna a la Madre de Dios y Madre de los hombres, la cual se ha dejado sentir muy especialmente en la consagración que ha hecho del mundo en Fátima (1982), y luego en 1987. Esta consagración al Inmaculado Corazón de María, tiene su fuente en el Mensaje de Fátima, dado por la Virgen María a la vidente Lucía en 1917 y 1929, donde la Virgen dijo: «ha venido el momento en que Dios pide al Santo Padre que en unión con todos los obispos del mundo haga la consagración de usía a mi Corazón, prometiendo salvarla por este medio» («El mensaje de Fátima, habla Lucía». Ed. Sol de Fátima, Madrid 1970, p. 29). S.S. Pío XII había respondido a la petición consagrando el mundo con mención especial de Rusia, el 31 de octubre de 1942; y él mismo, después, en 1952, con la consagración especial de Rusia. El Papa Pablo VI hizo también un acto de consagración similar en 1965 donde late el Corazón traspasado de su Hijo. (A este respecto se puede meditar especialmente la Homilía del Santo Padre en la explanada de Fátima: «El mensaje de María para nuestros tiempos», así como las palabras de la Consagración que le siguió, el 13 de mayo de 1982. En «Viaje Apostólico a Portugal», BAC-popular, Madrid 1982, pp. 49-62).

Todo hace ver que hoy está sucediendo que Ella «nos quiere hacer conscientes de todos los derechos que tenemos, gracias a la muerte de su Hijo en la Cruz, los cuales no aprovechamos y nos comportamos como esclavos» (Movimientos de Familias de Nazareth: «Algunas cuestiones sobre el amor al bien que hay en los demás», México 1989, p. 3).

(51) Alocución en la Catedral de San Vito, Praga, 21 de abril de 1990. L'OR: 29-IV-90, p. 2.

(52) Ibidem.

(53) Discurso en el aeropuerto de Praga, 21 de abril de 1990. L'OR: 29-IV-90, p. 1.

(54) L'OR: 24-VI-90, p. 9.

(55) L'OR: 24-VI-90, p. 9.

(56) 25 de junio de 1990. L'OR: 8-VII-90, p. 11.